



# AL TRAVES DE MI VIDA

CARLOS GAGINI



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

92

**G134g Gagini, Carlos, 1865-1925**

**Al través de mi vida [recurso  
electrónico] /**

**Carlos Gagini -- 1a ed. -- San José :**

**Imprenta**

**Nacional, 2012.**

**1 recurso en línea (84 p.) : pdf ; 3083**

**Kb**

**ISBN 978-9977-58-362-4**

**1. Gagini, Carlos, 1865-1925. I. Título.**

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

AL TRAVÉS DE MI VIDA  
-CARLOS GAGINI-

EDITORIAL DIGITAL  
[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)

COSTA RICA

AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## AL LECTOR

Preocupación muy extendida es la de que solo deben escribir sus memorias los hombres ilustres, aquéllos que por haber descollado en la política, en la guerra, en las ciencias o en las artes, reservada su hornacina en las venerables galerías de la Historia; mientras que los demás, los del montón anónimo, debemos contentarnos con aplaudirles desde abajo, sepultando en el olvido nuestros humildes recuerdos y experiencias.

Lejos de participar de tal prejuicio, tengo para mí que quienes han sido, no actores, sino meros espectadores de los acontecimientos pueden juzgarlos, ya que no con la amplitud y elevación de los que en ellos figuraron, sí con más imparcialidad y menos reticencias, máxime si quien escribe es uno que, como yo, jamás se ha ingerido en la política ni ha padecido por su causa.

Se me perdonará que sea algo prolijo al tratar de mi infancia y de mi adolescencia; pero si mi relación pareciera enfadosa a muchos, estoy seguro de que será leída con agrado por quienes fueron mis condiscípulos en las escuelas y en el colegio, en cuya memoria están vivas aún las emociones y diabluras de aquellos felices tiempos. A ellos, y no al público, dedico este libro.

AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## I. MI INFANCIA

Nací en la casa de mis abuelos, –la misma que ocupa aún la familia de mi tío Ramón Chavarría<sup>1</sup> el 15 de mayo (quinto mes del año) de 1865. Desde niño tengo cierta superstición por el número 5, y en efecto, los grandes acontecimientos de mi vida tienen fechas terminadas en esa cifra o en cero. De mis primeros cuatro años conservo tres recuerdos indelebles: los zuecos de doña Concha, el primer temblor que vi y un susto mayúsculo que di a mi familia.

Esa nuestra vecina más inmediata, era anciana en extremo, inteligente y simpática –doña Conchita de Fernández– la cual me profesaba particular cariño. ¡Cuántas veces me llevó a su casa para darme una manzana rosa, un caimito o algunas otras de las sabrosas frutas que el Dr. Macaya, su vecino, traía de su finca Las Ánimas! La buena señora, como todas sus contemporáneas, solía ir a misa con zuecos (especie de calzado con una simple faja de cuero y una suela de madera como de tres pulgadas de espesor) que las beatas dejaban a la entrada del templo, ni más ni menos que los mahometanos, al entrar en sus mezquitas. Una noche le robé los zuecos a doña Concha y los escondí detrás de la puerta de mi casa. Poco después llegó la viejecita, gritando: “¿Dónde está ese Judas?” Mi madre me sacó de la cocina, en donde me había refugiado; pero fue lo bueno que los zuecos nunca aparecieron, y cuando me iban a castigar, doña Concha se echó a reír, y exclamo: “¡Pobrecito! Tal vez no fue él, sino el *Pisuicas*”. Desde entonces conservé un vago temor por ese personaje, complicado en mi primer delito y a quien nunca había oído mentar.

Lo del temblor que vi sin sentirlo, es un ejemplo de las originales asociaciones de ideas que hacen los pequeñuelos. Un día la familia se echó a la calle gritando: “¡Temblor, temblor!” , llevándome a remolque hasta la acera. Como yo no había sentido nada y veía el espanto pintado en los semblantes, traté de explicarme la causa. Todo el vecindario estaba en la calle y me pareció que miraba con inquietud el único objeto que transitaba por ella, –una carreta cubierta con un toldo de lona–, y ya no me cupo la menor duda de que aquel era el temido temblor. Vine a salir de mi error algún tiempo después, un día en que jugando en la acera miré a corta distancia una carreta semejante. Corrí azorado a buscar a mi madre, gritando: “Un temblor ¡Ahí viene!” Grande fue la risa de la familia cuando se enteró de mi simpleza.

---

(1) Local en que actualmente se halla el negocio de Palma y Cía., calle 1ª y avenida 1ª (N. del E.).

En cuanto al susto atrás mencionado, ocurrió como sigue: Una noche mi madre, que me estaba desnudando, salió un momento del dormitorio y yo entonces me oculté debajo del colchón. Cuando volvió y no me encontró en todo el aposento, pensó que me habían robado, pues la habitación daba a la calle. ¡La batahola que se armó! ¡Gritos, llantos, carreras, vecinos que llamaban al sereno de la esquina! Entretanto, yo medio asfixiado entre los dos colchones, sentí un miedo horrible al pensar que era yo el causante de toda aquella trifulca. Mis movimientos me denunciaron y fui sacado ignominiosamente de mi escondite. Esta vez no estaba allí doña Concha para defenderme y recibí de la diestra materna algunas rudas caricias en la parte más blanda de mi individuo.

El 27 de abril de 1870 me sorprendió en otra casa, propiedad de mi padre, situada enfrente de la gallera o *cancha*, hoy lechería de los señores González Soto<sup>2</sup>. De tal trascendental acontecimiento, sólo recuerdo que estaba yo en el patio jugando en un montón de arena, entró precipitadamente mi tío Abundio, coloso con corazón de niño, sacó de su cuarto la escopeta, saltó por encima de mí, él, que jamás salía de su paso lento y reposado, y fue a apostarse en la puerta de la casa. Recuerdo que mi padre llegó a tiempo de evitar una desgracia, pues mi tío iba a hacer fuego sobre un soldado que apareció en la esquina. Los detalles del asalto del cuartel, del arresto del Presidente Jiménez y del asesinato del comandante Biscoubí, los oí referir más tarde.

Mayor impresión que este grave suceso de nuestra historia, me produjo la guerra franco-alemana, ya porque las aficiones bélicas son casi instintivas en los niños por fatal herencia de la vida salvaje primitiva, ya porque mi padre, entusiasta francófilo como todos los suizos de sangre latina, comentaba a menudo las noticias que en aquel entonces llegaban con uno o dos meses de retraso, por no existir todavía el cable.

Desde mi casa hasta la esquina occidental de la manzana, se extendía un vetusto caserón que servía de bodega al almacén de don Juan Khnör<sup>3</sup> y estaba al cuidado de un prusiano tísico, llamado don Julio, que de cuando en cuando me regalaba algunos cincos. Una tarde sacó a la acera un gran cajón con triquitraques y comenzó a arrojar paquetes a los muchachos que en breve instante se reunieron en bandadas, llenando la calle de ruido y de humo. Acertó a pasar por allí un francés, quien dirigió una pregunta al prusiano; y al escuchar la contestación, descargó tan tremenda bofetada sobre las escuálidas mandíbulas del súbdito de Guillermo, que le hizo rodar por el suelo.

Al anoecer, mi padre me llevó consigo a la panadería de Villenave, situada en la esquina que hoy ocupa el Almacén Robert<sup>4</sup>, y allí cenamos en compañía de una docena de franceses. Como hablaban en su lengua, no entendí una palabra; pero sus gestos, sus ademanes furiosos y más que todo, las lágrimas que vertieron después de un canto patriótico, me hicieron profunda impresión, y una palabra mil veces repetida, se grabó en mi memoria: *Sedán*.

---

(2) Despacho González Lahmann (N. del E.)

(3) Actual Aduana de Paquetes Postales.

(4) Hoy Oficinas de Lacs y Agencias Westinghouse.



## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

Algunos meses más tarde, me compró mi padre no sé cuántas cajas de soldados de plomo que él mismo ordenó en la mesa del comedor, cuya superficie casi desaparecía bajo los uniformes. De un lado alineaban unos soldaditos rechonchos, con pantalón rojo, en actitud de atacar a la bayoneta (eran zuavos); del otro, unos soldados aplastados, con uniforme azul y gris (prusianos); detrás de cada ejército estaba la respectiva caballería, y al frente de cada uno, dos cañoncitos que disparaban balas de cristal.

La batalla duró hasta la hora de la comida; y tomé tan a lo serio mi papel de *Deus ex machina* de aquella contienda, que a cuantos combatientes de uno u otro bando caían derribados por mis certeros proyectiles, les cortaba la cabeza según la práctica turca.

Había en el patio un gran tonel para recoger agua llovida, porque la de la cañería era infame y ese fue el cementerio elegido por mí para dar sepultura a mis muertos.

Un día, mi padre advirtió cierto saborcillo desagradable en el agua y mandó vaciar y limpiar el tonel. ¡Cuál sería su sorpresa al encontrar confundidos, como en los verdaderos campos de batalla, los cadáveres de tirios y troyanos y hasta una pieza de artillería desmontada!

En poco estuvo que mi familia no sufriera también, en forma de una intoxicación colectiva, las desastrosas consecuencias de la guerra del 70.

AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## II. APRENDIENDO A LEER

A los seis años, mi bagaje intelectual consistía en esas vagas nociones del mundo que los niños adquieren por medio de su propia observación, de sus relaciones con amiguitos y criados y de las conversaciones que en su presencia sostienen las personas mayores, no siempre discretas cuando las escuchan oídos infantiles. Fuera de esta ciencia empírica, mis conocimientos se reducían a unas cuantas oraciones enseñadas por mi abuela materna, santa viejecita que se pasaba todo el día con el rosario entre los dedos. No creo que San Pablo ni los valientes misioneros que van a predicar el Evangelio entre los salvajes, tuvieran nunca un catecúmeno más rebelde que el de mi abuela; pero la excelente anciana recurrió a un expediente que no podía fallar, y que fue el de ofrecerme cada noche un cigarrillo si rezaba con ella el rosario, convenio que desagradó sobremanera a mis padres cuando se enteraron de él. Afortunadamente, si aprendí el rosario, no aprendí a fumar, aunque sospecho que a esto último contribuyó más que nada una estupenda borrachera que me puse, cuando tenía seis años, fumando un puro que sustraje del escritorio de mi padre. Arrimado a una pared, pálido y tembloroso, con las ansias y bascas del que se embarca por primera vez, me encontró mi madre y me llevó acongojada a la cama. El médico, el doctor Reitz, llamado a toda prisa, se quedó perplejo y a punto de diagnosticar un caso de cólera morbo; por dicha observó que yo tenía el puño fuertemente apretado, y abriéndomelo, encontró el cuerpo del delito: una colilla apagada.

Considerando mi padre que ya era tiempo de sacarme de la clase de los analfabetos, enviéme a la escuela de mi tía Juanita Acuña, maestra de varias generaciones, de quien decía el general don Federico Fernández: “Si todos los que han sido discípulos de doña Juanita contribuyeran con cinco centavos, habría de sobra para erigirle una estatua de plata”. No puedo pensar en mi tía sin que se me vengan a la memoria tres cosas: la terrible mirada que por encima de los espejuelos dirigía a los alumnos díscolos, el no menos terrible lápiz con que daba coscorriones a los desaplicados, y la celebración de su onomástico.

El 24 de junio una verdadera romería de niños, señoras y caballeros visitaba a mi tía, llevando sendos regalos que la fiel Jesús, su criada, iba clasificando y guardando en dos armarios monumentales.

Ella, a su vez, obsequiaba a los visitantes invariablemente con figurillas de alcorza, mistela de leche y duraznos en aguardiente.

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

El primer *lapizazo* que recibí de mi tía fue la señal de mi salida de la escuela, pocos días después de haber entrado, pues mi padre, que jamás me aplicó castigos corporales, era enemiguísimo de este enérgico modo de enderezar a los niños.

Fui trasladado a la escuela de mi tía Mercedes Acuña madre de don Mauro Fernández. Bajita, enjuta, de ojos vivos e inteligentes y expresión benévola y risueña, algo bromista y dotada de extraordinaria energía, se hacía querer y respetar de sus alumnos, a quienes inculcaba principios morales y buenas maneras.

Con ella aprendí a leer en corto tiempo, menor que el hoy empleado con los métodos fonéticos modernos. El día que acabé la cartilla, la colocó en una gran bandeja llena de dulces y flores con un cohete encima y me envió a casa acompañado de Manuel, su sirviente, quien llevaba la bandeja e iba tocando una campanilla. Las mujeres, pensando que era el viático, se arrodillaban en las puertas; y yo, muerto de vergüenza, eché a correr para no oír sus risas.

La cartilla, atada a la caña del cohete, subió majestuosamente al espacio, anunciando a la capital que un minúsculo ciudadano, acababa de salir de las tinieblas.

Después de la *mazamorra* con que se celebró el fausto acontecimiento y a la cual asistieron todas mis condiscípulas y condiscípulos (la escuela era mixta), me llevó a su cuarto mi tío Nicolás Chavarría, el hombre más callado, metódico y honrado que he conocido, y sentándome sobre sus rodillas, me puso delante un ejemplar de La Gaceta y me invitó a leer. Sin duda quedó satisfecho de la prueba, pues tomando su sombrero, salió sin decir palabra y regresó a poco con un paquete de cuadernos impresos en colores chillones.

¡Simón el bobito, El gato con botas, Michín y otros cuentos divinos que constituían la delicia de la gente menuda! Muchos regalos he recibido en mi vida, pero ninguno me ha causado emoción tan deliciosa, como aquellas abigarradas estampas y aquellas historias y versos que en pocos días me aprendí de memoria.

### III. EN LAS ESCUELAS PÚBLICAS

Como en las escuelas mixtas de primeras letras sólo se enseñaba a leer de corrido, a escribir y a rezar, y algo de costura a las niñas, me matricularon en una escuela pública para iniciarme en otros ramos del saber humano. La primera a que concurrí se hallaba instalada en un espacioso edificio situado en la esquina que hoy ocupa la plazoleta del Teatro Nacional.

Mi primer maestro fue don Alejandro González, padre de mi discípulo el Lic. Claudio González Rucavado. Instruido y hábil para inculcar conocimientos, habría sido un maestro perfecto sin la extremada severidad con que nos trataba. En sus manos vi por primera vez el instrumento de tortura llamado *la palmeta*, que enrojecía con lamentable frecuencia las palmas de las manos infantiles y ante cuyo escozor eran tortas y pan pintado los coscorriones de mi tía Juanita.

Las circunstancias en que recibí el primero y último palmetazo de mi vida, no dejan de tener su lado cómico y por lo mismo no quiero pasarlas en silencio.

Había en la clase un diablejo cuyo nombre he olvidado, a quien don Alejandro “le tenía tema”, en opinión de todos nosotros. Un día en que, con el fin de evitar la lección, permaneció en el patio más tiempo del permitido, el maestro se armó de una regla y me envió a llamar al desertor. Le encontré encaramado en un guayabo y le expuse el peligro que le amenazaba; pero al verle tan asustado y trémulo, le aconsejé que metiera en los fondillos del pantalón un pedazo de lata que estaba en el patio, y así amortiguaría el dolor de la paliza. Yo le ayudé a acorazarse y algo más tranquilo se dirigió a la clase. Jamás se me despintó la cara que puso don Alejandro al descargar el primer reglazo: imaginando que le había roto un hueso al culpado, le hizo dar media vuelta y aparecieron entonces por las desgarraduras de los calzones las puntas del pedazo de lata. Todos soltaron la carcajada, menos el maestro; el desagradecido muchacho me delató como autor de la idea y un sonoro palmetazo premió mis buenas intenciones. Dolióme mucho tan negra ingratitud; ¡pero qué insignificante me parece hoy y comparada con las muchas que he experimentado al través de mi vida!

Sospecho que estuve muy poco en aquella escuela, pues de ella no conservo más que las reminiscencias ya apuntadas. Registrando el montón de tan lejanos y borrosos recuerdos, me veo poco después sentado en los bancos de la Escuela del Sur, situada a corta distancia del actual Palacio de Justicia.

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

Dirigíala don Ángel Romero, hijo del distinguido profesor gaditano don Manuel Romero, fundador de nuestra primera Escuela Normal.

Era don Ángel un cojitranco alegre y decididor, que enseñaba ante todo una cosa nueva en las escuelas: el canto. Y fue tal la furia filarmónica que se apoderó de sus alumnos, que después de tres horas de ejercicio vocal volvíamos a casa extenuados y roncós.

Había adoptado el sistema de monitores, esto es, los alumnos más crecidos se encargaban por turnos de dar clase a los pequeños. Uno de ellos, Vidal Quirós, se granjeó mi cariño porque tuvo la deferencia de decencia de sentarme a su lado.

A los diez años de edad ingresé en la Escuela del Norte, regentada por otro hijo de don Manuel Romero, don Adolfo, que más tarde fue Director del Instituto Nacional. Poco después se encargó de la dirección el poeta Pío Víquez, que supo interesar grandemente a sus alumnos en los estudios gramaticales.

No sé si porque allí comenzó a disciplinarse mi inteligencia, capaz ya de darse cuenta de las cosas, o bien porque en aquel plantel se incubaron mis primeras amistades, o ya porque en él era la enseñanza más seria y metódica, lo cierto es que los recuerdos de aquellos tres años pasados en la Escuela del Norte se precisan en mi mente con la nitidez de contornos de una imagen recién vista.

Estaba la escuela a cincuenta varas de la casa llamada de los Leones, enfrente de la cual había una calle o sabaneta que era el campo elegido para nuestras *guerrillas*, en una de las cuales estuve a punto de matar de una pedrada en la frente a mi condiscípulo Juan Gutiérrez, quien conservó la cicatriz toda la vida. Otra vecindad peligrosa tenía nuestra escuela: el río de Torres, adonde iban a sumergir sus tiernos cuerpos los que se *zafaban* (las clases comenzaban a las diez y terminaban a las tres).

Con don Pío Víquez seguimos un curso de gramática, original suyo, en nada parecido a los textos entonces en boga, practicando frecuentes análisis lógicos y gramaticales que nos habituaron a desentrañar pacientemente los pensamientos de los libros.

El texto de lectura de mi sección era una antología de trozos clásicos. Uno del Quijote, que comenzaba: “La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta... “ me producía un deleite inexplicable, aunque a veces los conceptos del sublime manco se escapaban a mi escasa comprensión. Recordando esto en la edad adulta pensé cuán conveniente es poner a los niños en contacto con el genio cuyas obras maestras han de saborear más tarde.

El precioso librito fue sustituido por las poesías de Zenea cuando don Manuel Veiga, recién llegado de Cuba, se encargó de las asignaturas de Lectura y de Religión. Porque todos los maestros eran especiales: don *Chepe* Céspedes daba las clases de Geometría y Cosmografía de un modo objetivo, obligándonos a fabricarnos sendas colecciones de figuras planas y sólidas de cartón con aristas de colores, y a ejecutar evoluciones en el patio para explicarnos las de los planetas; don Félix Pacheco y don José Montero (de San Vicente), enseñaban Aritmética; don Amadeo Madriz, Geografía, etc.

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

Quiero referir cómo este último fue destituido por causa mía, para que se vea que los niños suelen ser tan injustos como los adultos cuando los ciega la pasión.

Hallándome un día distraído, don Amadeo me tocó la cabeza con el puntero usado para señalar en el mapa. Mi sobresalto produjo la hilaridad de la clase y yo, avergonzado, me eché a llorar. A la tarde fueron dos o tres camaradas a decir a mi padre que el maestro me había pegado con un palo. Interrogado yo, negué enfáticamente el hecho; pero mi padre, creyendo que yo trataba de salvar a don Amadeo, presentó al día siguiente su queja al Director, el cual tomó declaración a mis compañeros. Como éstos no querían al maestro por su excesivo rigor, declararon unánimemente en su contra; no valieron mis vehementes protestas y don Amadeo fue destituido,

Durante mucho tiempo ese remordimiento me torturó la conciencia; por fortuna pude pagar mi deuda años más tarde, consiguiendo a don Amadeo un buen destino. Sin duda el sentimiento de lo justo es ingénito en mí, porque el recuerdo de las injusticias es el que se ha grabado con más fuerza en mi memoria. Por lo mismo no he olvidado el castigo que me impuso en cierta ocasión don Félix Pacheco.

Había tenido mi padre el raro capricho de comprarme para los domingos un terno de levita, un sombrero hongo y un bastoncito que me transformaron en un minúsculo petimetre, con gran regocijo de los transeúntes, que no se cansaban de admirar y comentar tan incongruente indumentaria. Cuando el paño comenzó a raerse, dejé mi traje para semanear. ¡Aquí fue lo bueno! Al aparecer en la escuela vestido de rigurosa etiqueta, me rodearon todos los chiquillos con grande algazara y si no se propasaron, fue por respeto a mis puños, que habían heredado algo del vigor de los de mi padre. En la clase de Aritmética me senté en una banca sin respaldo, entre dos zagalones que aprovechando una corta salida del profesor, asieron los faldones de mi levita y, tirando cada uno por su lado, me la rasgaron hasta el cuello. Abrí los brazos y descargué sobre los bromistas tal par de bofetones, que cayeron de espaldas en el momento en que entraba don Félix, que sin meterse en averiguaciones, me plantó de rodillas en una ventana. Una vecina caritativa, tuerta por más señas, me cosió la negra levita que sepulté en el fondo de mi baúl, en donde pereció a manos de la polilla.

¡Cuántas gratas memorias de aquella Escuela del Norte! Las heroicas batallas en que Narciso Blanco, que había heredado el talento estratégico de su padre, nos puso más de una vez en vergonzosa fuga; las otras incruentas en que divididos en dos bandos –Roma y Cartago– nos hacíamos mutuas preguntas, y en las que los vencedores recibían de don Pío un premio en efectivo, una peseta para los capitanes (que generalmente éramos Arturo Ulloa y yo), y un cinco los soldados, dinero que se invertía concienzuda e invariablemente en cajetas de coco; los deliciosos paseos a pie o a caballo; las charlas, no siempre santas, en que Faustino Sáurez lucía su privilegiada inteligencia y su malicia, y que escuchábamos embobados Nicolás Chavarría, Carlos Alvarado G., Manuel Monge, Octavio Quesada y yo; y más que todo, las escapatorias a las pozas del Torres, a mediodía; el peñasco sobre el cual nos desnudábamos bautizado por nosotros con el nombre de las *Nalgas de Sansón*, que con harta frecuencia vio a los muchachos que ya se habían vestido, *echar bizcocho* (nudos apretadísimos) en las ropas de los que aún no habían salido del agua.

Los exámenes eran públicos y a ellos concurrían casi todas las familias. Dos años consecutivos obtuve el primer premio de toda la escuela (un Atlas y las obras de Flammarion lujosamente encuadernadas).

No terminaré mis notas sobre aquella risueña época de mi vida escolar sin decir algo de un maestro que en el último año reemplazó a don Chepe Céspedes en las clases de Geometría. Llamábase don Antonio Escalante y era oriundo de Santo Domingo. Me dio un curso de geometría razonada, tan serio, que vimos más de doscientos teoremas; pero nos proponía solamente el enunciado para que nosotros buscásemos la demostración. ¡Qué admirable gimnástica intelectual! ¡Qué curso tan completo de lógica! Era tal el entusiasmo de don Antonio, que nos daba lecciones también por las noches en su casa, situada en la esquina donde se levantó después el malhadado edificio de *La Información*.

Si a don Pío Viquez debí mis aficiones literarias, don Antonio me facilitó la llave para abrir las puertas de la más abstracta de las ciencias, de las matemáticas, que durante mis estudios de Humanidades fueron para mí un juego de niños.



## IV. EN EL HOGAR

Mi padre, constructor de puentes y edificios, era un trabajador incansable, a quien no veíamos en casa sino a las horas de comida y en la noche. El construyó los puentes de la Quebrada del Fierro, el del Tiribí, el de Torres y otros, así como varias casas particulares y edificios públicos, entre ellos el antiguo Palacio Presidencial (hoy Comandancia de Plaza, enfrente de la Artillería), cuyas columnas jónicas labró con sus propias manos, por no haber en el país quien pudiera hacer ese trabajo.

Tenía una cuadrilla de unos cuarenta peones escogidos, a quienes obsequiaba con una fiesta cada vez que concluían una obra. Logró amasar un capital regular que habría asegurado el bienestar de sus hijos, si una larga enfermedad y numerosas fianzas no le hubiesen arrebatado lo que adquirió a costa de su sudor. Muy serio, poco comunicativo, puntual y metódico, enemigo acérrimo de la mentira y de la ociosidad, era a la vez franco y dadivoso con los suyos y con los extraños; no habiendo nada que le repugnase tanto como la tacañería, gustaba de que en su casa hubiese de todo en abundancia. Por eso yo nunca aprendí a ahorrar y he llegado a viejo sin conseguirlo.

A mis hermanas y a mí nos amaba mucho, quizás a mí un poquito más por ser el único varón; pero no acostumbraba prodigarnos caricias y su cariño sólo se traducía en sus cuidados y en el gusto que nos daba. Para mí eran los juguetes más caros, los más bonitos vestidos de las tiendas, y en una ocasión llegué a tener cuatro caballos de silla, como el hijo de un millonario. Cuando venían compañías de zarzuelas o de óperas tomaba un abono para él y otro para mí, porque ambos éramos apasionados del teatro.

Jamás me pegó: su reprensión ordinaria era: “¡Cuidado otra vez!” y sus castigos se reducían a meterme en la cama por horas o días, según la gravedad de la falta. Así el descubrimiento de los baños furtivos en horas de clase me acarreó una prisión de dos días en el lecho de Procustes. La manera como se hizo el descubrimiento bien vale la pena de contarse para edificación de los padres demasiado confiados. Nunca pensé que mis escapatorias fueran conocidas, porque entonces las escuelas no comunicaban las ausencias diaria, sino mensualmente. Una noche sentí un terrible escozor en la espalda y llamé a mi madre para que me hiciese algún remedio. Apenas me levantó la camisa dijo con asombro: “¡Muchacho, tú has estado desnudo al sol!” Quedé aterrado. En efecto, aquel día al salir del baño encontré mi ropa hecha un bizcocho y durante más de media

hora permanecí en las *Nalgas de Sansón* bajo un sol africano, desatando con uñas y dientes los intrincados nudos. Mi turbación y mis negativas acrecentaron las sospechas de mi madre, y es de suponer que las comunicó a su marido. Como mi dormitorio estaba contiguo al suyo, a media noche percibió mi padre que yo estaba hablando en voz alta. Tomó una vela y al abrir mi puerta presencié lo siguiente: yo me había puesto de pie en la cama, y juntando las palmas de las manos por encima de la frente como quien va a zambullirse en un río, me lancé de cabeza al suelo. Una gruesa alfombra y una peluda piel de cabra que había al pie de la cama me libraron de morir desnucado. Cuando volví e: mí, se lo confesé todo, pues en mi vida me atreví a mentirle.

Mi madre era una santa que jamás tuvo el menor altercado con su esposo. Eso sí, algo colérica y con frecuencia me zurraba la badana; aunque es preciso confesar que yo me tenía la culpa, porque así como era sumiso y tímido con mi padre, era desobediente y respondón con ella.

Jamás pudo convencerla mi padre de que debían trasladarse a Suiza con sus hijos, o por lo menos, que me dejase ir a hacer allí mis estudios. Una vez preparó él mi viaje secretamente y me llevó como de paseo a Puntarenas, en donde debía embarcarme con un amigo suyo que iba para Italia; pero la misma noche que llegamos al puerto recibimos por telégrafo la noticia de que mi madre estaba gravísima, por lo que tuvimos que regresar inmediatamente. ¡Cuán otro habría sido mi destino a no mediar aquel incidente!

Registrando con la lente de los recuerdos hasta los últimos repliegues de mi alma infantil, puedo hoy estudiar mi psicología con la imparcialidad e indiferencia del médico que hace una preparación anatómica. La pretendida unidad del yo no es más que un resabio de la antigua escolástica, pues en el individuo hay tantas personas diferentes como edades. El joven se ríe de las tonterías que hizo y dijo cuando niño; y el anciano suspira al pensar que del ardor, entusiasmo e ilusiones juveniles no queda más que la ceniza y a veces ni aún eso.

Cuando pequeño era yo de una sensibilidad y timidez exageradas: pues a la menor cosa me ruborizaba o me echaba a llorar. Era tal mi cortedad, que todavía a los quince años me quedé en más de una ocasión parado en las esquinas por no atreverme a pasar delante de alguna señorita asomada a su ventana.

Sin embargo, en los exámenes no había nadie más despreocupado que yo, aún delante de numeroso público; y mi encogimiento desaparecía como por encanto cuando se trataba de acometer alguna empresa arriesgada o de medir mis fuerzas con los gallos de la escuela. De carácter en extremo violento, me enloquecía de tal modo cuando me provocaban, que habría sido capaz de cometer cualquier atrocidad. Una vez, porque un criado viejo no quiso lustrar mis zapatos primero que los otros, le amenacé con pegarle un tiro; y como él sonrió con cierto desdén, cogí del escritorio de mi padre un revólver y el pobre hombre, amedrentado, me obedeció al punto. Tal atentado de homicidio me costó un día de cama.

Mi *alter ego*, mi compañero inseparable, era mi primo Nicolás Chavarría, cuatro meses menor que yo: todo el día jugábamos juntos, y todas las tardes, invariablemente, nos separábamos después de cambiar algunos mojicones, en los cuales llevaba él la peor parte. Si el lector curioso se fija en las arrugas que cubren hoy la cara de *Tata Lucas* (apodo que le puse por encontrarle cierto parecido con un viejecito así llamado), podría descubrir las indelebles marcas de mis uñas.

Fuera de él no tuve otro amigo íntimo en mi vida escolar. Amaba la soledad, rumiando mis propios pensamientos e imaginaciones, y prefería jugar solo, sin duda para hacerlo más libremente, sin sujetarme a la voluntad de los camaradas.

Poseía mi padre, además de la casa frontera a la cancha de gallos, una propiedad que se extendía desde la plaza de la fábrica hasta la línea férrea, formando allí un martillo hacia el norte. Se llamaba *La Ladrillera*, y entre la familia, *El Cerco*. La casa de corredor, construida por mi padre, está allí todavía. Los hornos, las pilas y enramadas cedieron el lugar a un molino, y los frutales, la frondosa huerta, el jardín, las caballerizas y el potrero han desaparecido.

Su recinto era para mí el del paraíso terrenal, máxime en los días festivos, cuando ausentes los trabajadores quedaba yo como señor absoluto de aquellos dominios.

Mi primo José Ramón Chavarría poseía una regular biblioteca, compuesta en su mayor parte de novelas por entregas muy en boga en aquel entonces. ¡Cuántos días pasé allí de turbio en turbio, atracándome de docenas de volúmenes de Pérez Escrich, Antonio de Padua, Fernández y González y de Dumas! Particularmente *El Mártir del Gólgota* y *El Conde de Montecristo* me produjeron hondísima impresión. No me contentaba, sin embargo, con leer las novelas, sino que las vivía allí en *El Cerco*: un carretón de resortes era un castillo y yo imitando al bandido Dimas del *Mártir del Gólgota*, escalaba sus muros con mi puñal de madera entre los dientes. Esta manía de representar las escenas novelescas estuvo a punto de costarme la vida. Tenía mi padre varios revólveres en su escritorio, que cerraba cuidadosamente con llave, desde mi incidente con el criado; pero un domingo en que toda la familia se había ido a misa, encontré casualmente el escritorio abierto. En una gaveta había un revólver pequeño con puño de plata, que mi padre me había prometido regalar al terminar mis estudios. Lo saqué, lo amartillé, y recordando un grabado de no sé que novela, en que un caballero arrellanado en un sillón se pega un tiro en la sien, me senté en una poltrona y apoyé la boca del cañón en la frente, no sin mirar el tambor del arma para cerciorarme de que estaba descargada. En el momento de disparar escuché los pasos de mi padre en el zaguán. Dejé el revólver sobre el escritorio, sin tener tiempo de guardarlo, y corrí a esconderme en mi habitación, a donde a poco rato fue mi padre a buscarme, llevando el revólver en la mano. Agitado me preguntó si yo lo había tomado, y habiéndole contestado que sí, abrió el arma y me mostró algo que me dejó helado: el único cartucho que tenía el revólver había quedado dentro del cañón al amartillarlo, de manera que yo no pude verlo cuando examiné el tambor. Esta vez no hubo cama, sino una severa reprimenda por mis lecturas malsanas y una explicación de los peligros de las armas de fuego. Aquel maldito revólver tuvo un fin trágico. Mi padre me lo regaló cuando cumplí quince años, y un día, probándole unos cartuchos que me dio Mariano Jiménez, se me escapó un tiro que me rompió la yema del dedo pulgar y pasó rozando la frente de Jorge Castro. Dos años más tarde, una noche

de luna en que iba a batirme con un enemigo en la Plaza de la Fábrica, la policía, avisada por él, me lo quitó y no me lo devolvió nunca, por fortuna para mí, pues ¡quién sabe cuántas desgracias estaba llamada a producir aquella condenada pistola!

La primera inclinación artística que se despertó en mí fue la de la música.

A los cinco años no perdía las lecciones de piano que a mis hermanas mayores daba don Pilar Jiménez, llevando el compás y desaprobando los acordes falsos que tocaban ellas. Observólo el bueno de don Pilar, y entusiasmado se ofreció a darme clase gratis, asegurando que yo llegaría a ser un Beethoven por lo menos. Las lecciones comenzaron al día siguiente, de seis a siete de la noche; pero, cuál sería mi desencanto cuando en lugar de las armonías que esperaba oír brotar de mis dedos, me tuvo don Pilar media hora tocando *do re, do, re*. A la tercera noche, al entrar mi padre en la sala, vio a don Pilar roncando, recostado en un ángulo del piano, mientras yo, de bruces sobre el teclado, repetía en sueños *do, re, do, re*. Allí terminaron para siempre mis estudios de piano.

Mi segunda manifestación estética ocurrió en la Escuela del Norte. Habíame comprado mi padre una *pizarra*, que no era de pizarra, sino de mármol blanco, y sobre ella se escribía con lápiz. Como fue la única que vino al país, causó en la escuela una novedad extraordinaria y al fin me la hurtaron cuando apenas tenía dos o tres semanas de estar en mi poder.

Un día vi al general don Federico Velarde, sentado a la puerta del Cuartel de Artillería, del cual era comandante, y en clase me entretuve en retratarlo de memoria. Sorprendióme el Director y se guardó la pizarra. A la noche se presentó en mi casa, y mostrando el dibujo a mi padre, mientras yo me echaba a llorar, temeroso del castigo, le preguntó si reconocía al muñeco. Contestó mi padre afirmativamente y entonces don Adolfo le aconsejó que me pusiera maestro de dibujo porque tenía raras aptitudes para la pintura. La respuesta de mi padre se me grabó para siempre: “Si resulta un buen pintor, tendrá que vivir en Europa; si sale malo se morirá de hambre aquí y en cualquier parte”. Nunca aprendí dibujo: ya hombre toqué el piano, de oído, y pinté algunos mamarrachos al óleo y a la acuarela, una de las cuales me valió un premio en un concurso celebrado en El Salvador, pero siempre he lamentado no haber estudiado esas dos artes que amaba con delirio.

No menos poderosa fue mi afición por el teatro; el espectáculo me producía una excitación febril y aún hoy día las grandes obras dramáticas me dan calentura. ¡Con qué ansiedad contaba a las siete y media de la noche, los jueves y domingos, los cohetes que anunciaban si había o no función! Esta se suspendía en aquel tiempo por la más ligera llovizna y entonces disparaban sólo dos cohetes, en lugar de los tres reglamentarios.

Esta pasión dio origen a otra de muy diversa índole, anuncio precoz de un temperamento erótico. A los once años estaba enamorado como el Dante, aunque quiso mi mala suerte que sólo en esto nos pareciésemos. Mi primer amor fue una corista de la compañía de Villalonga. Nunca, ni en los mejores tiempos, ha habido tanto entusiasmo por una *troupe*. El público estaba dividido en dos bandos: el de la Villalonga (la soprano), y el de la Esperanza (la contralto). Mi padre y yo éramos *esperancistas*. Recuerdo que nuestra heroína recibió la noche de su beneficio regalos por valor de veinte mil pesos. Pero yo no tenía ojos para las dos estrellas rivales, ni para el don Lope de las

*Hijas de Eva*, ni para el marqués del *Juramento*, ni para Jorge el de la *Marina*, sino para mi ídolo, confundido en las filas del coro. Aquella mujer debía ser muy hermosa, pues varios bebían los vientos por ella y al fin uno más afortunado se la apropió y la hizo quedarse en Costa Rica.

Yo nunca la había visto fuera del teatro; figúrese, pues, el lector, mi emoción un día en que al salir de casa tropecé de manos a boca con ella. Recuerdo que en el cordón de la acera había unos adobes y yo me subí sobre ellos para cederle el paso, contemplándola alelado y con el corazón palpitando con el estruendo de un bombo. De pronto se volvió a mí y me dirigió la palabra. Me flaquearon las piernas y se me nubló la vista, como ante una aparición divina; ella preguntaba por la dirección de una costurera que vivía allí cerca. Le di las señas balbuciente, y ella me dijo con la más amable y maliciosa de las sonrisas: “Mil gracias, jovencito”. Me quedé parado sobre los adobes hasta que la vi entrar; pero antes de traspasar el umbral, volvió la cabeza para mirarme. Sí, ¡para mirarme! De eso no me cupo la menor duda. La felicidad me quitó aquel día el apetito y a la noche el sueño. Mi amor se apagó como por encanto, cuando ida la compañía, vi a la corista convertida en una de tantas, paseando con su amante y en vísperas de ser madre. ¡Cosa extraña! Mientras mis condiscípulos tenían novias de su edad, a mí me llamaban la atención solamente las *grandes*, manía que conservé durante los años de colegio.

No quiero cerrar el libro de mi infancia sin apuntar dos graves delitos que por mucho tiempo turbaron la paz de mi conciencia.

Al lado de La Gallera, casi enfrente de mi puerta, tenía su tiendecita un pastelero suizo, autor de los mejores pastelillos de crema que han recreado la vista, el olfato y el paladar de los josefinos. Innumerables fueron los *cinco*s con que contribuí a aumentar sus modestas ganancias y no menos numerosas las ferias de caramelos o confites con que me obsequiaba el bondadoso don Luis cuando las compras ascendían a la respetable suma de un *diez*. Un día puso en el mostrador una fuente llena de los sabrosos pastelillos, cuyo olor llegó hasta mis narices que estaban asomadas a la ventana. No tenía un céntimo en el bolsillo. ¿Qué hacer? Jamás me había atrevido a pedir dinero a mis padres. Una idea cruzó por mi mente, facilitándome la solución del problema. Tenía mi padre una preciosa pipa de espuma de mar, que representaba a Guillermo Tell armado de su ballesta. Darla en cambio de un pastelillo me pareció demasiado; pero la cabeza del héroe bien valía un *diez*, según mis cálculos, y... ¡perdónenme los suizos! decapité a Guillermo Tell. Me dirigí a la pastelería, pedí azorado un pastelillo, y arrojando la cabeza sobre el mostrador eché a correr como un venado, perseguido por las carcajadas del bonachón de don Luis. Refirióle éste el lance a mi padre y recibí una dura reprimenda. Más aún: el autor de mis días colocó la diminuta cabeza sobre mi mesa de trabajo, diciéndome: “No la quites de ahí para que te recuerde tu mala acción y no vuelvas a cometer otra”.

Reincidí, sin embargo; aunque en diferente forma. Mi tía Mercedes, la que me enseñó a leer, ponía todos los años por Navidad un hermoso *portal* o nacimiento, cuyo adorno más conspicuo era una caterva de indios de Guatemala, que llevaban a la espalda ollitas de barro, petates y otros artículos comerciales. Sólo ella en la capital poseía una indiada tan preciosa, y era de ver el día de Reyes con cuánto cuidado volvía a meter en su caja a los inocentes indígenas, encerrados allí hasta la siguiente Nochebuena. Indecible era la fascinación que sobre mí ejercían aquellas graciosas

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

figurillas de trapo y alambre; el deseo de poseer algunas fue tan vehemente, que no viendo otro medio de adquirirlas, resolví robármelas. Una tarde, mientras la familia estaba comiendo, trasladé una media docena de indiecitos a mis bolsillos y fui a guardarlos apresuradamente en la gaveta de mi mesa. Esa noche me desperté sobresaltado una porción de veces, esperando ver aparecer en la puerta a mi tía acompañada de una pareja de polizontes.

Por espacio de tres días mis indios me causaron más sinsabores que a Hernán Cortés los suyos: entreabría apenas la gaveta para contemplarlos, sin atreverme a jugar con ellos, temeroso de ser sorprendido, y al cabo, no pudiendo soportar tal mortificación, me decidí a volverlos a su sitio, con las mismas precauciones empleadas para hurtarlos. Nadie me quita de la cabeza que la de Guillermo Tell tuvo buena parte en mi arrepentimiento. ¡Ojalá que todos los niños tuviesen una cabecita como aquélla sobre su escritorio!

## V. EL INSTITUTO NACIONAL

A fines de mi último año escolar ocurrió un suceso que alteró considerablemente el tranquilo curso de mi existencia. Asistí a una velada que dieron en el teatro los alumnos del Instituto el día del acto público. Hubo discursos, coros, un dúo cómico cantado en carácter por José A. Kauffmann y Jorge Castro, y una linda zarzuelita, con música de don Pilar Jiménez, profesor del Colegio.

El entusiasmo del público fue indescriptible y mayor aún el de los escolares, que no nos cansábamos de contemplar el piquete de alumnos que elegantemente uniformados y armados de retacos (fusiles cortos) formaban la guardia de honor del Presidente de la República. Otro día muy temprano andábamos los chiquillos rondando el edificio del Instituto –cuya existencia apenas de oídas conocíamos– con la esperanza de ver de cerca a los héroes de la víspera. A la hora de la comida expuse mi ardiente deseo de ingresar en aquel colegio que me imaginaba repleto de maravillas, como un palacio encantado, y al finalizar las vacaciones me llevó mi padre a matricularme. El director, don Adolfo Romero, le preguntó a cuál profesión pensaba dedicarme; y habiéndole contestado que a la Ingeniería, me señaló las materias que debía cursar, después de hacerme un examen oral y escrito (educación vocacional como diría cualquier pedagogo improvisado). Una semana después mi tío Francisco, recién venido de Suiza, me llevó a los toros (porque entonces había corridas todos los domingos, en un circo igual a los españoles, situado al norte de la Plaza de la Fábrica). A la salida tomamos un coche; pero en vez de dirigirnos a casa, me condujo al colegio, en donde quedé interno desde aquella tarde, sin despedirme de mi familia. La impresión fue terrible. ¡Adiós baños en el Torres! ¡Adiós mis correrías en *El Cerco*, mis armas de palo, mis caballos de carne y hueso, mis paseos los domingos al potrero de San Isidro! ¡Qué estrecha me pareció aquella jaula, aunque en realidad un edificio enorme! Consoléme un tanto al ver entre los escasos alumnos que llegaron esa noche a un compañero de la escuela, Octavio Quesada, y con él estuve charlando hasta la hora de acostarnos. Al abrir mi baúl, colocado a los pies del angosto lecho reglamentario, comprendí que comenzaba una nueva vida. ¡Cómo me enternecí al adivinar, en el arreglo de los mil objetos del cofre, la solicitud de las manos maternas, y en la superior calidad de mis ropas y cepillos, el constante afán de mi padre de hacer que su hijo luciera siempre lo mejor! Ahora tenía yo que arreglar la cama, dar a lavar mi ropa y atender a otros menesteres de que antes se encargaban mis hermanas o mi madre.

Cuando me metí entre las sábanas y eché una ojeada sobre el vasto dormitorio, mal alumbrado por una lámpara de petróleo; cuando vi aquellas cien camas casi todas vacías, alineadas en dos filas como las de los hospitales; cuando reinó el silencio más profundo, interrumpido apenas por el *tic-tac* del reloj del corredor, me figuré que todos los habitantes del globo habían perecido en una gran catástrofe y yo, rodeado de sepulcros, era el único sobreviviente. Tuve tentaciones de salir huyendo de allí; sentí frío en el corazón, frío intenso que no provenía del aire, sino de la falta de calor del hogar; y cubriéndome la cara con la frazada lloré por largas horas. ¡Ah! si las madres se diesen cabal cuenta de la tristeza de esas noches solitarias, no habría niños internos en los colegios.

Pero en la niñez las penas se disipan pronto, y las mías se atenuaron considerablemente con la llegada de nuevos colegas entre quienes se contaban bastantes de mis camaradas de la Escuela del Norte. Pocos días después comenzaron las clases. Un cuarto antes de las cinco nos levantaban, y practicando el aseo, pasábamos a la sala de estudio hasta las seis, hora del frugal desayuno, que consistía en cuatro galletas y una bebida sobre cuya naturaleza jamás nos pusimos de acuerdo, pues mientras unos sostenían que era chocolate, otras opinaban que era té (salimos del colegio sin salir de la duda). Desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche alternaban los estudios y las clases, con sólo dos recreos de una hora después de las comidas y el rato de conversación en los corredores de ocho a nueve de la noche, hora de ir a la cama. Hoy los flamantes pedagogos pondrían el grito en el cielo contra semejante *surmenage*, pero la verdad es que a pesar de que las comidas no eran de lo mejor, nos sentíamos perfectamente y al fin del curso estábamos tan frescos como al principio. Contribuían a este resultado los frecuentes ejercicios gimnásticos, para los cuales disponíamos de una colección de aparatos que hasta hoy no ha poseído aquí ningún colegio; los juegos, sobre todo el *cuartel inglés* o marro, en el cual nuestro Director no se desdeñaba de tomar parte, y los ejercicios militares, a los que éramos muy aficionados. Íbamos a nuestras casas cada quincena, saliendo el sábado por la tarde y regresando el domingo por la noche. Los días festivos en que no teníamos salida, nos llevaban antes del almuerzo a La Sabana, a mediodía al baño y por la tarde a la calle de la Estación, en cuyos poyos que se extendían desde el viaducto de la Fábrica hasta la esquina del Parque Nacional, se sentaban de un lado todas las bellezas josefinas y enfrente los galanes, a escuchar el concierto de la banda militar y a cruzar un nutrido tiroteo de miradas.

El paseo a La Sabana acabó por fastidiarnos y como don Luciano, (*Musiú*) el inspector, no diese oído a nuestras protestas, mi primo José María Chaves, uno de los *diablos* del colegio, nos prometió poner término a dichos paseos. El domingo de siete a ocho de la noche teníamos estudio, y esa hora, después de las diversiones del día, era la única realmente fastidiosa, a extremo de que con frecuencia inspector y alumnos se dormían.

En uno de esos estudios, una noche en que no se oía más que el ruido de los libros y de las plumas comenzó a revolotear zumbando con estrépito un enorme abejón, y después otro, y otro, y mil que metían un ruido infernal, chocaban contra las lámparas y caían sobre los pupitres. Se suspendió el estudio... y también el paseo a La Sabana, porque de allí procedía el ejército de escarabajos recogido por Chaves. Otra noche oí en la sala de estudios cuchicheos y risas mal reprimidas: levanté los ojos del libro y me quedé estupefacto: don Luciano fingiendo leer, dormía sobre su cátedra, mientras descendía por el aire un gran sombrero de papel hasta tocar su cabeza. Cuando



despertó, el sombrero subió rápidamente hasta perderse en la penumbra del cielo raso. Una garrucha y un hilo negro bastaron a Chaves para hacer aquella original travesura. ¡Cuántas hicimos todos! Saqueos de la cocina, a media noche, capitaneados por Manuel González Zeledón, Luis Urbina (*El Cholo*) o Toño Lara; bombardeo de zapatos en el dormitorio, que nos valía seguramente un castigo inhumano, cual era el de levantarnos y tenernos una o dos horas formados en el patio; pianos que sonaban solos durante las clases de inglés (mediante un hilo pegado con cera a una tecla y disimulado debajo de la tapa); gatos encerrados en la gaveta del profesor... ¿Qué colegial no tiene cargadas a su debe una docena de diabluras semejantes? Una más quiero recordar porque tuvo gran resonancia en nuestro barrio. Una noche se introdujeron al Laboratorio unos alumnos, entre ellos el *Macho* Kauffmann, si mal no recuerdo, y llamando por la reja de la ventana un enorme perro de la vecindad, lo embadurnaron de fósforo. En aquel tiempo había apenas un simulacro de alumbrado, consistente en faroles de petróleo colocados de cincuenta en cincuenta varas, apagados las más de las noches, ya porque el farolero no se tomaba el trabajo de encenderlos, ya porque los apagaban (¡yo también me acuso!) los interesados en acercarse a oscuras a alguna ventana. Precisamente en aquellos días circulaban rumores alarmantes sobre la aparición del diablo por el lado de La Soledad. Imagínense los lectores el tremendo efecto que causaría en medio de las tinieblas aquel perrazo echando fuego y dando aullidos. Hubo personas que cayeron accidentadas en la calle y más de un trasnochador no volvió a salir de su casa en una semana.

No se crea, por todo lo referido, que nosotros no pensábamos más que en pasatiempos: lejos de eso, en mi larga carrera de profesor no recuerdo haber visto más interés y entusiasmo por el estudio ni más noble emulación entre los alumnos.

El Director don Adolfo Romero era hombre de pequeña estatura, delgado, con ancha y reluciente calva, aunque frisaría apenas con los cuarenta, fisonomía sonriente y atractiva, con el eterno cigarrillo entre los labios; sin embargo, todos temblábamos en su presencia, porque aquel hombrecillo, que a veces se mezclaba en nuestros juegos, estaba dotado de extraordinaria energía, de ese don de mando innato en algunos, a quienes basta una simple palabra, un gesto, para hacerse obedecer. Concurría al Club todas las noches y regresaba tarde; mas no por eso dejaba de vigilarnos y estaba siempre enterado de nuestras fechorías, de nuestros planes y aún de nuestras conversaciones dándonos de vez en cuando aterradoras sorpresas.

A la derecha de mi cama estaba la de un condiscípulo ausente hacía varias semanas, y enseguida la de Julio Millet, a quien debo el vicio del fumado que no había vuelto a practicar desde la aventura del puro en mi infancia; Julio acostumbraba pasarse a la cama desocupada y cuando todos dormían fumábamos debajo de las frazadas. Una noche vi a Julio en el lugar acostumbrado y ya iba a incorporarme para pedirle fuego, cuando del otro lado de la cama ajena se acercó una figura en camisa diciendo al fumador: “*Macho*, (tal era mi apodo) dame fuego”. ¡Era Millet!

Antes de volver de mi sorpresa, se levantó el de la cama desocupada, y mi compañero y yo quedamos petrificados. ¡Era el Director!

Mi desgraciado amigo amaneció en un calabozo; por la mañana fui llamado a la Dirección y mi baúl fue objeto de minucioso registro. Hoy todavía no puedo explicarme cómo hizo don Adolfo para cogernos infraganti.

¡Pobre Romero! Al terminar el curso tuvo un disgusto con el Ministro, dejó la Dirección, y después de probar fortuna en El Salvador, murió tristemente en México. Una sola vez vino a Costa Rica y todos sus discípulos fuimos a saludarlo cariñosamente.

En el selecto cuerpo de profesores del Instituto descollaba el de matemáticas y dibujo lineal, el ingeniero Rodolfo Bertoglio, el más eminente, en su ramo, de los extranjeros que han trabajado en nuestra enseñanza. De hermosa presencia, siempre correctamente vestido, sin perder el tiempo en vano palabreo, exponía la materia de un modo tan conciso y a la par tan claro, que hasta los más duros de mollera aprendían y cobraban afición a la más abstracta de las ciencias. Formó escuela y dejó tras de sí una pléyade de discípulos distinguidos, como Luis Matamoros, Manuel A. Quirós, Alberto González R., Nicolás Chavarría, Leonidas Carranza, Rafael Ugalde, Juan Umaña, Carlos F. Salazar, Silviano Matamoros y otros más. Reducido años más tarde a un miserable sueldo (setenta y cinco pesos), él también hubo de emigrar como nuestro Director, como emigraron después Torres Bonnet, el doctor Ferraz y otros, y murió en Nicaragua, en donde sus discípulos le recuerdan con admiración y cariño.

¡Así ha recompensado nuestra patria a los que han contribuido a su progreso! ¿La “gratitud costarricense” llegará con el tiempo a convertirse en frase proverbial, como la “fe púnica” o la *vendetta corsa*?

Otro profesor notable por su ilustración, el calor de su palabra y la exageración de sus ideas liberales era don Juan Trejos, encargado de las clases de historia y geografía, que al cabo abandonó el magisterio para echarse los hábitos.

Don Pilar Jiménez era el profesor de música y con él aprendimos no sé cuántas misas. Una que cantamos en Guadalupe, el día de la fiesta patronal, nos valió un banquete en casa del cura; la solemne, que cantamos en La Merced cuando los funerales de Pío IX, tres días de asueto. Hay que advertir que Carlos Alvarado G., y yo éramos *las sopranos* del coro.

Además de las misas que cantábamos oíamos una a las seis de la mañana en El Sagrario, los domingos que no eran “de quincena”; y si recuerdo este detalle es porque, no obstante lo matinal de la hora, se veía cuajada de bellas señoritas atraídas por “nuestras lindas caras”. No se crea que exagero: algunas de ellas iban exclusivamente a dar cuerda a los apuestos colegiales, procurando arrodillarse lo más cerca posible de su víctima. Yo también tuve mi novia, que naturalmente contaba cuatro o cinco años más que yo; y tomé el juego tan a pecho, que los días de salida me plantaba dos o tres horas en su esquina, mientras ella desde su ventana me dirigía ¡oh cruel! seductoras miradas. ¡Cuántas sorpresas encierra el mundo de nuestros sentimientos! Cualquiera diría al ver mis jaleos dominicales que yo estaba enamorado de aquella señorita; pero era otra la que en la sala de estudios se interponía entre mi pensamiento y las páginas de los libros, un rostro angelical, vaporoso, de infinita pureza como las vírgenes de Rafael; la imagen de una señorita que

vi en un baile acompañada de su novio, notable poeta a quien amaba hacía años y con el cual no llegó a casarse. Mi culto no era terrenal, sino místico y poético, semejante al que por su ideal siente el artista.

Así soñando y trabajando se me pasaban los meses, y en noviembre comenzaron los exámenes, nuevos en verdad para mí, pues en nada se parecían a los de la escuela. Quince días antes cesaron los juegos y las bromas: en los recreos los colegiales aislados o en grupos paseaban por los corredores con los libros abiertos y las caras serias, a la vez que los estudios se prolongaban hasta las diez de la noche. Formaban el tribunal tres personas extrañas al colegio; el examen, que consistía en el desarrollo de una tesis sacada a la suerte entre todas las de los extensos programas, era individual y duraba de veinte a treinta minutos, aunque no era raro prolongarlo hasta una hora.

No existía a la sazón “la extensión escolar” ni “las reuniones de padres de familia” ni las zarandajas con que actualmente se pretende encubrir la ineficacia de las escuelas y colegios; pero la sociedad entera mostraba mayor interés en la educación de “las esperanzas de la patria”, y, a los exámenes concurría numeroso público, cuya presencia servía de estímulo a los aplicados y de castigo a los holgazanes.

Salí mejor librado de lo que esperaba, pues obtuve en todas las asignaturas *tres sobresalientes* y en Historia *especial mención*. Los alumnos calificados con dos o tres *sobresalientes* podían hacer oposición a premios, acto que se verificaba los domingos en la forma siguiente: los aspirantes eran registrados y encerrados en una sala, de donde eran llamados uno por uno para presentarse en la de exámenes, ocupada por numerosa concurrencia. Allí tenían los opositores que desarrollar el tema designado por el tribunal, sin ser interrogados, y después por comparación se adjudicaban los premios. Gané los primeros de Matemáticas y Castellano, y los segundos de Geografía e Historia, por lo cual mi padre me regaló tres libras esterlinas para las fiestas de Diciembre.

Hoy no hay nada parecido a la fiesta con que el Instituto cerraba el curso académico. El vasto salón de actos públicos, hoy ocupado por los Archivos, se llenaba de bote en bote, ocupando los asientos las señoras y señoritas, a quienes los colegiales recibíamos en el vestíbulo y conducíamos del brazo; los caballeros se agrupaban en los extremos o en las puertas. Después de los discursos del Director, del Ministro, o de oradores como Zambrana y Juan Trejos, algunos alumnos disertaban sobre temas científicos o hacían un experimento de Química, un problema de Matemáticas o una traducción de lenguas vivas o muertas, alternando estos actos con coros; y venía por último la distribución de premios.

Detalle altamente significativo: cuando salían del salón los premiados ostentando en el pecho sus medallas de bronce, los primeros en abrazarles eran los vencidos en el certamen, demostrando a la vez que la rectitud con que procedían los jueces, los sentimientos elevados y generosos de la juventud de entonces. Por la noche una velada en el Teatro Municipal anunciaba el principio de las vacaciones, y allí nos despedíamos de los profesores y de los compañeros que por haber terminado sus estudios no volverían ya al colegio. Así vimos irse uno tras otro a los *grandes*, a los formalotes Moisés Rodríguez, Leandro Herrera y Elías Chinchilla, al hercúleo Juan Umaña, al simpático

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

Julián Marchena, al travieso *Magón*, al risueño Isidro Marín, al fogoso Jorge Castro y a tantos otros a quienes los de primer año mirábamos con una especie de veneración, considerándolos como pozos de ciencia.

Quedaban con nosotros suficiente número de camaradas para hacernos llevadera la vida de claustro: los Arias de San Joaquín (*el Viejo y la Vieja*), Cleto Bonilla (*Ña Chica*), Francisco Zamora (*La Mocha*), Luis Urbina (*el Cholo*), Francisco Saborío (*Panchito*), Salvador González (*el Padre Rivas*), y otros muchos a quienes nombrábamos por sus apodos y a cuyo segundo bautizo contribuí en no poca parte. Estos y los que no tenían mote especial, como los Nannes, los Echeverrías, Laco Fernández, Lisímaco Bonilla, Fernández Guardia, etc. se irían también más tarde; el torbellino de la vida había de separarnos, conduciéndonos por muy diversos senderos; pero ni el tiempo ni la distancia han logrado romper del todo los vínculos que nos unieron ni borrar de nuestra memoria el recuerdo de aquellos años felices.

---

(\*) Empleo el presente porque cuando escribo estas líneas el Dr. Ferraz pasea aún su venerable ancianidad por las calles de San José (marzo de 1920).

## VI. EL BACHILLERATO

El segundo año de humanidades me reservaba tres grandes sorpresas. La primera fue el cambio de director: Romero, víctima de una injusticia ministerial, dejó el puesto al ilustre humanista Dr. Valeriano F. Ferraz, fundador del Colegio de Cartago (que pasó a manos de los padres jesuitas). La segunda fue la adopción de otro plan de estudios que introducía nuevas materias y suprimía la electividad de ramos. Como consecuencia de esta reforma tuve que cursar a la vez, estando en segundo, el primer año de Latín, asignatura ya obligatoria para todos. La tercera y más fuerte para mí fue que a mediados del año dejé de ser alumno interno a causa de la mala situación pecuniaria de mi padre.

El nuevo Director era un hombre de más de cuarenta años, alto y delgado, con los ojos escrutadores, los espejuelos y la joroba característica del que pasa inclinado sobre los libros la mayor parte de su vida. Su levita de largos faldones parecía formar parte de su cuerpo, pues ni entonces ni cuarenta años después ha usado otra prenda. Su rostro, de corte aristocrático, ostenta \* la gravedad del sabio que rumia sus propios pensamientos, preocupándose muy poco del mundo que le rodea.

Poseía nuestro Director todos los atributos del hombre de ciencia, aún el de la irascibilidad: con frecuencia se exaltaba y daba grandes voces, gesticulando enérgicamente, y ¡cosa rara! aquellas tormentas nos atemorizaban menos, mucho menos que el rostro impassible y la burlona sonrisa de don Adolfo.

Repetidas veces he observado el mismo fenómeno en mis cuarenta años de labor pedagógica: siempre es más respetado de los niños el maestro ecuánime que el colérico, porque aquellos consideran como signo de debilidad el exaltarse por fútiles motivos.

Como profesor tenía don Valeriano un defecto común a todos los que poseen vastos conocimientos y a la vez imaginación: divagaba mucho y le bastaba en ocasiones una palabra, una letra, para apartarse del tema de la lección y llevarnos por los vericuetos de la historia, de la filosofía o de la política, en amena e instructiva charla. ¡Pero, qué lecciones las tuyas! Su entusiasmo por las lenguas clásicas se nos comunicaba y encontrábamos atractivos unos estudios que en otros colegios son la desesperación de los principiantes. Lo queríamos, porque intuitivamente adivinamos que

se parecía a nosotros; que era un niño grande. Sencillo, ingenuo, franco, sin soberbia ni fingida modestia, era una alma transparente que vivía, no en nuestros tiempos mezquinos y prosaicos, sino en los de Esquilo o de Virgilio.

Más de un terrible apóstrofe, semejante al *quosque tandem*, me dirigió en presencia de mis condiscípulos porque yo concurría más a menudo a la esquina de mi novia que a mis clases, y de acuerdo con mi padre logró hacerme más puntual y aplicado. ¡Cuánto se lo agradecí y se lo agradezco! De los meses que estuve interno recuerdo algunas picardías, tales como el saqueo de la despensa del doctor y la broma de Jenaro Pinto. Había entonces dos dormitorios; yo estaba en el pequeño y tenía por vecino a Lisandro García, uno de los alumnos más dormilones. Con gran sorpresa advertí que dos días seguidos se levantó a las cuatro y media de la madrugada: al tercero me puse en acecho, le seguí y le encontré en el comedor de don Valeriano. La familia de éste se hallaba en Cartago y le enviaba mil golosinas que él guardaba en una cómoda, en donde las descubrió Lisandro. Sorprendido por mí con las manos en la masa, me propuso García continuar a medias el merodeo; no me hice rogar y durante varios días nos atracamos de queso, de mantequilla, empanadas de chiverre y exquisito bizcocho.

Notó la merma don Valeriano, y una madrugada cuando salíamos del comedor con los bolsillos repletos de rosquetes, topamos de manos a boca con él. Trató de detenernos, pero nos escabullimos a favor de la oscuridad del corredor y fuimos a ocultarnos al lugar en donde se refugió uno de los yernos del Cid cuando se soltó el león. Enfrente estaban lavándose dos alumnos de los más aplicados, y sin valerles protestas, fueron llevados sin formación de causa a un calabozo por el irritado don Valeriano.

Jenaro Pinto, huésped del dormitorio grande, me pidió un día un carrete de cáñamo, lo tiñó con barro para hacerlo invisible, y a la hora de acostarnos lo ató del cordón de la campana. Era su intención tocarla a media noche para alborotar el colegio; pero quiso la desgracia que el Director estuvo paseándose con el ecónomo hasta después de las diez, en el corredor cercano a mi dormitorio, sin que Jenaro pudiese oírlos por la distancia del suyo, y cuando comenzó a tirar de la cuerda, los dos se enredaron en ella e hicieron sonar el esquilón. Descubrieron la aña-gaza y siguiendo el hilo al través del patio, fueron a parar directamente a la cama de Jenaro, que aún seguía tirando del cordel, creyendo que él era el autor del repique.

El 15 de setiembre llegué muy temprano a la esquina del Instituto, y como sabía que don Valeriano no era muy madrugador coloqué en su ventana un triquitraque de cincuenta centavos, del tamaño de un obús. Encendí la mecha, y me alejé a buen paso, cuando de improviso cayó sobre mi nuca una manaza, la del portero Ñor Díaz, un canario corpulento, a quien los alumnos volvíamos loco, anteponiéndole a su apellido dos sílabas insolentes.

La explosión fue terrible e hizo añicos un vidrio. Ñor Díaz, sujetando con la diestra mi cuello y con la izquierda la canasta del pan, me condujo ante el doctor, que había salido a medio vestir, creyendo que se había volado el Cuartel Principal. Enterado de lo ocurrido, dijo sonriendo: “¡Qué diablo! Hoy es día de su Independencia y yo soy español. Suéltelo, Díaz”.

¿Qué mejor retrato que esta frase?

Si con el nuevo Director se relajó un poco la disciplina, los estudios, en cambio, ganaron en extensión y profundidad. Hubo grandes cambios en el profesorado: el polígloto don Enrique Twight se encargó de las clases de Inglés y de los cursos libres de Alemán e Italiano; el recordado Director de la Escuela del Norte, don Pío Víquez, desempeñó la cátedra de Retórica y Poética; otro ex-maestro de la misma escuela, don Manuel Veiga, nos deleitó con sus lecciones de Historia; a don Pilar le sustituyó el notable pianista colombiano don Roberto Uricoechea, quien nos enseñó únicamente trozos de óperas; don Benito Salazar, cuñado del Dr. Ferraz, dio cursos de Agricultura teórico-prácticos; y un notable profesor catalán, don José Torres Bonnet, nos enseñó Física, Anatomía y Fisiología.

El señor Torres nos trataba con confianza sin descender hasta la familiaridad, y sus discípulos le respetábamos y le queríamos. Vigilaba nuestra educación moral, nos refería episodios de su juventud, su lucha contra la pobreza, enseñándonos a arrostrar serenamente la fortuna adversa.

Su rica y moderna biblioteca estaba siempre a nuestra disposición: para el acto público de su asignatura, que sostuve yo en la fiesta de fin de curso, me prestó una docena de obras en francés, que acababa de recibir. Cuando terminé mi disertación sobre la circulación de la sangre, explicada objetivamente en el maniquí, el doctor Núñez, fue a felicitar me y me expresó su sorpresa por ciertos datos científicos que él no conocía y que yo había tomado de las recientes publicaciones. “Usted ha hecho un examen como para graduarse de médico”, me dijo. Cito estas palabras no como alarde de pueril vanidad, sino como prueba de la seriedad con que entonces se estudiaba.

El doctor Ferraz estableció las conferencias dominicales que daban por turno todos los profesores, sin exceptuar ni el de gimnástica. Así tuvimos la sorpresa de oír durante casi dos horas al de Música, Uricoechea, disertar sobre la importancia de su arte y contarnos las aventuras de algunos músicos célebres con tanta elocuencia, que le graduamos de tan buen orador como excelente pianista. Numeroso público asistía a tales actos: y no pocos particulares concurrían al curso nocturno de Química dado por el Sr. Bertoglio.

En mi segundo año de Humanidades, no obstante los muchos días que me robó mi desmedida afición a las faldas, obtuve tres *sobresalientes* en todas las asignaturas (\*) el *segundo premio* en Matemáticas y Geografía, el *tercero* de Francés y el *primero* de Latín que disputé a un adversario formidable, el que se llevó todas las demás medallas del Primer Curso, el insigne Octavio Beeche, a quien vencí porque como yo estaba en Segundo apliqué en el ejercicio latino mis escasos conocimientos de la lengua de Atenas que mi oponente no estudiaba todavía.

Si ese año anduve distraído, en el siguiente las cosas fueron de mal en peor, a tal punto que en los exámenes recibí apenas dos *sobresalientes* en tres asignaturas y un vergonzante *tercer premio* en Griego; y si no perdí el curso en Física y Química, fue porque habiendo fundado el Dr. Ferraz y otros profesores una escuela nocturna de señoritas, a la cual asistían casi todas las maestras, Torres Bonnet tuvo la feliz ocurrencia de encomendarme las lecciones de ciencias físicas, obligándome así a estudiar para darlas al simpático auditorio.

Quizá habría fracasado en el Cuarto Año si no me hubiese hecho reaccionar una expresión de Bertoglio. Un día en que no pude resolver un problema trigonométrico, el eminente profesor me dijo enfadado: “Ya usted no sirve para nada”. Aquellas duras palabras hirieron en lo más vivo mi amor propio adormecido, y me esforcé bastante en los últimos meses. Ese postrer año de mis estudios fue decisivo en mi vida, pues en él di los primeros pasos en una carrera que ya no había de abandonar nunca.

Mi primo José Ramón Chavarría había abierto en su casa una escuela privada que frecuentaban unos cuarenta niños, y me propuso que diera allí una lección diaria de Aritmética por cinco pesos mensuales.

¡Qué orgulloso me sentí al recibir el primer dinero adquirido con mi trabajo!

Poco después mi sueldo se elevó a doce pesos, y luego a veinte, cuando me encargué de otras asignaturas.

Me río yo de la crueldad de los antiguos maestros de palmeta y látigo: esos verdugos de la niñez se quedan tamañitos al lado del aprendiz que mi primo metió en los berenjenales de la pedagogía.

Armado de una regla no muy delgada me paseaba por el aula como el toro en el redondel, pronto a hacer respetar el principio de autoridad y a sacudir el polvo a los infractores del orden. Hubo quejas de algunos padres y hasta me parece que uno o dos retiraron sus niños por culpa mía; alegraré no obstante, en descargo de mi conciencia que en la clase había alumnos de mi edad a quienes tenía que meter en pretina, aunque fuera con argumentos contundentes. La práctica fue una magnífica escuela para mí y poco a poco aprendí a dominar mis impulsos; recordé el ejemplo del director Romero, y los niños y yo acabamos por ser buenos amigos.

A fines de 1881 hice mi examen para optar al título de bachiller, prueba que se rendía ante un tribunal de cinco examinadores nombrados por la Universidad.

Durante tres o cuatro horas aquellos señores le zarandeaban a uno en todos sentidos, saltando en Historia de una época a otra muy distante, en Matemáticas de un problema de fracciones a una fórmula trigonométrica, y de una traducción latina a un punto de Psicología. Tuve la honra de ser examinado por hombres eminentes como D. Cleto González Víquez, el doctor Zambrana, D. Ricardo Jiménez O., y Torres Bonnet; salí bien en todas las materias, excepto en Castellano que era mi fuerte, pues a don Cleto se le metió entre ceja y ceja que le explicara la *cantidad* de las sílabas y otras minucias prosódicas en que yo nunca había parado mientes.

Después de defenderme durante cuatro horas contra los despiadados ataques de aquellos señores, recibí el codiciado título a las nueve de la noche y fui a celebrarlo con un baile en casa de *Tata Lucas*, que se había graduado la víspera. ¡Qué felices nos sentíamos! Pero otro día pensamos con tristeza que ya no volveríamos al colegio: sus puertas se habían cerrado detrás de nosotros y delante se abrían las del mundo, de un mundo desconocido, lleno de espinas y de precipicios. Habíamos dejado de ser niños y comenzábamos a ser hombres.



## VII. JUVENTUD

En la primera semana que siguió a mi bachillerato, me llamó mi padre a su despacho y me dijo sin preámbulo:

–Bueno, ¿y qué piensas estudiar ahora? No supe qué responder, tanto porque en realidad no me había preocupado de tan grave asunto, cuanto porque entonces como ahora no había más carrera universitaria que la abogacía.

–No me gusta que sigás trabajando en la enseñanza: eso no ofrece ningún porvenir y acabarás por ser empleado público, la mayor de las desgracias.

Pocos días después me llamó a su bufete mi primo y padrino don Mauro Fernández para persuadirme a seguir los estudios de Derecho, ofreciéndome su ayuda y dirección.

Seguí su consejo, y me matriculé; pero cuando asistí a la primera lección de Derecho Civil y vi que todo se reducía a aprender artículos del Código, cobré tal aversión por unos estudios que se avenían tan mal con mi espíritu inclinado a las ciencias positivas, que no volví más a clases. Las circunstancias obran en nuestro destino con más fuerza que los más firmes propósitos, y así, a pesar de las advertencias de mi padre –cuyas energías había aniquilado una penosa enfermedad y cuyo capital se había evaporado en fianzas– no tuve más remedio que aceptar las numerosas clases particulares que se me ofrecían para ayudar al sostenimiento de mi familia.

En enero de 1882 cuando no había cumplido mis diecisiete años, fui nombrado profesor de Castellano y Latín, en el Instituto Nacional, dirigido a la sazón por Torres Bonnet. Algunos alumnos eran de más edad que yo; afortunadamente en los dos años que desempeñé esas cátedras no hubo desorden que lamentar y los pocos estudiantes que fueron al *cajón* por mi mandato, debieron el castigo más a su desaplicación que a su conducta.

Eran los *cajones* tres a manera de ataúdes puestos de pie con una estrecha ventanilla para evitar la asfixia, dentro de los cuales era imposible moverse. Tales instrumentos de tortura, introducidos no recuerdo cuándo, fueron abolidos en 1885.

La escolita de mi primo José Ramón se había elevado ya a la categoría de colegio y allí también, durante dos años, di clases de castellano, latín y no sé cuántas cosas más.

El año de 1883 es para mí de dolorosa recordación.

Tengo dicho que la situación pecuniaria y la salud de mi padre eran malas.

Para hacer frente a la primera y sin tomar en cuenta la segunda, contrató la construcción de la aduana del incipiente puerto de Limón –en donde había muerto de fiebre amarilla mi tío Abundio– y allí permaneció algunos meses al frente de su cuadrilla de peones.

Sus cartas iban siendo cada vez menos frecuentes, hasta que alarmado yo por esta circunstancia y por la de advertir que su letra de trazos iguales y enérgicos era ya trémula e insegura, resolví ir a verle. Cuántas peripecias me ocurrieron en aquel viaje, que entonces se hacía a caballo hasta Carrillo, y de allí en ferrocarril hasta el puerto. Llegué al fin sano y salvo; pero encontré tan mal a mi padre, que le convencí de que era menester volver a casa. Así lo hicimos tres días después, y nunca olvidaré la satisfacción con que se metió en la cama la noche de su llegada, al verse de nuevo en el seno de su familia. Desde entonces fue extinguiéndose rápidamente como una hoguera que se consume sin ruido, y el 13 de diciembre, después de estar todo el día en la sala y dictarme una carta incoherente, se acostó al anochecer y expiró a las diez, serena y sosegadamente.

Para pagar a los acreedores fue preciso sacrificar *El Cerco*, en parte del cual se levanta hoy el molino de trigo establecido por don Rafael Yglesias, y a duras penas pudimos salvar nuestra casa de habitación.

La situación económica del país era desastrosa. Las libras esterlinas que en años anteriores rodaban por todas partes, se habían ido por donde vinieron. A las diversas intentonas para derrocar al Presidente Guardia, había sucedido una época de modorra, de frialdad política, como si el pueblo se hubiese ya resignado a sufrir la dictadura vitalicia.

Por eso a la muerte del dictador, ocurrida pocos meses después de la de mi padre, no hubo manifestaciones de ningún género y la multitud presencié los suntuosos funerales con la indiferencia con que asiste a cualquier fiesta religiosa. Cuando era yo alumno de la Escuela del Norte, la política era la comidilla cotidiana en todos los hogares y de ahí que trascendiera hasta los establecimientos de educación.

No hay para qué decir que casi todos los escolares éramos enemigos del Gobierno, y cada vez que entraba un nuevo alumno nuestra principal preocupación era preguntarle si era partidario de “don Tomás”.

Yo creo que los latinos tenemos el germen de la anarquía en la sangre.

Mientras los germanos y sajones se someten ciegamente a la ley, porque en su cumplimiento está la libertad de todos, los latinos quebrantamos deliberadamente las nuestras, sólo porque son mandatos. “¿Por qué fuman en la platea, siendo prohibido?”, le preguntaba yo a un español en un teatro de Barcelona. “Pues por eso mismo”, me contestó.

Nuestros gobiernos ideales son los que no gobiernan: apenas quieren hacer sentir el peso de la autoridad, todos gritan, “¡Arbitrariedad! ¡Tiranía!” y como recurren a protestas subversivas, el gobernante echa mano a su, vez de medidas extraordinarias y aparece el dictador. Guardia era un hombre inteligente, enérgico y audaz: suplía su escasa instrucción con un conocimiento admirable de los hombres, que le permitía utilizarlos a su antojo, anulando a sus enemigos y granjeándole adeptos fanáticos. Ningún mandatario costarricense ha tenido servidores más fieles; ninguno ha sentido como él tanta confianza en sí mismo ni tanto menosprecio por el pueblo que tenía metido en un puño.

Nunca se me despinta la figura marcial de don Tomás cuando iba a misa de tropa, con uniforme de gala, capa de forros de grana y sable con empuñadura de oro, grave, sereno, mirando siempre al frente, con la expresión del jefe acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

De los sucesos políticos ocurridos en los años setentas, se me vienen a la memoria naturalmente, los que más impresionaron mi alma de niño. Es el primero el asalto al cuartel Principal, ocurrido en la madrugada del 29 de julio de 1877, y del cual me di cuenta por una mera casualidad. A las cinco se casaba un sirviente, criado desde pequeño en casa de Don Mauro Fernández (el mismo que llevó mi cartilla en una bandeja) y como toda la familia estaba invitada a la boda, yo pasé la noche despabilado, temeroso de perder tan grande acontecimiento. Como mi cuarto distaba del cuartel poco más de cien varas en línea recta, pude percibir claramente los disparos y gritos de “Mueran Guardia” “Mueran esos bandidos”. Me levanté al punto y, aprovechando la confusión de la familia, me escabullí y corrí a la casa de don Mauro, situada a la vuelta de la esquina y allí permanecí en la puerta con varias personas que comentaban el suceso. Pasó corriendo un hombre alto, con el fusil en la mano (era, según dijeron, don Zenón Castro) y poco después me invitó el novio para ir con él a traer las arras que había dejado en la tienda “Fernández y Tristán”, enfrente de la actual Ferretería Macaya. En el momento en que el sirviente metía la llave en la cerradura, nos dispararon del cuartel una bala que pasó zumbando por encima de nuestras cabezas. Afortunadamente al regreso no se repitió el saludo: pero en mi desafortunada carrera me pareció que en torno mío volaban millones de abejas, persiguiéndome con sus fatídicos zumbidos.

Por la mañana vi llegar presos a varios de los comprometidos en la conspiración —en cuenta dos parientes cercanos míos—, vi al doctor José María Castro con grillos en el patio de la casa presidencial; y por último, colándome en casa de José Antonio Chamorro; uno de los revolucionarios muertos en el asalto, le vi tendido en la sala, con la camisa entreabierta, dejando ver en el pecho el espantoso boquete que abrió la bala al salir (pues fue tirado por la espalda, mientras sacaba armas del cuartel para la gente que estaba en la calle y que no se atrevió a entrar).

Era *Toño el león* de la sociedad josefina por su varonil apostura, su exquisito trato, su hidalguía y su valor a toda prueba. Su entierro fue el primero al cual concurrieron señoritas (porque antes no se acostumbraba que las mujeres acompañasen al cementerio el cadáver de un hombre).

El cortejo fúnebre fue imponente y hubo algunas manifestaciones de protesta contra el gobierno. En los días siguientes era público que se iba a fusilar al cabo que abrió la puerta del cuartel a los revolucionarios, por lo cual un grupo considerable de señoras fue a pedir al Presidente que

revocara la sentencia. Una mañana formó la tropa el cuadro en la Plaza (hoy Parque Central). Resonaron las cornetas, y el general Guardia saliendo del cuartel, con uniforme de gala y rodeado de militares fue a colocarse en el centro del cuadro.

Volvieron a sonar las cornetas, y el cabo fue conducido con grillos y esposas al mismo lugar. Todos los muchachos estábamos asustados, porque no nos cabía duda de que iban a fusilar al reo allí mismo; pero Guardia tomó la palabra, afeó la conducta del culpado, y refiriéndose al 27 de abril dijo: “Así se entra a un cuartel, a pecho descubierto”.

En aquel instante un pilluelo que estaba a mi lado silbó, lanzó un gruñido burlón y se escabulló entre el gentío. Guardia se desconcertó un poco, y tres o cuatro cabos se dirigieron servilmente a castigar al atrevido, y creyendo que era yo me asieron de los brazos. Paralizado por la idea de ser fusilado con el cabo, no pude siquiera defenderme: afortunadamente mis vecinos hicieron ver su error a los celosos militares y así me vi libre de sus garras, y eché a correr sin esperar el fin de la fiesta.

También tuve ocasión de presenciar otras manifestaciones de aquel gobierno de fuerza. Yo vi, por ejemplo, a José Bonilla y a Faustino Padilla atados codo con codo, atravesar las principales calles de San José, camino del destierro: Yo vi al anciano don Ramón González, mi vecino, conducido con grillos en una carreta descubierta hasta Puntarenas, para ser deportado a San Lucas por haberse negado a pagar una contribución forzosa de treinta mil pesos. Finalmente, vi al doctor Salvador Jiménez... Pero esto merece párrafo aparte.

D. Salvador Jiménez, honra y gloria del foro costarricense, se conquistó altísima reputación como abogado, como profesor y como autor de notables obras de Derecho; pero su figura toma mayores proporciones cuando se la ve por el aspecto del patriotismo.

De baja estatura, algo grueso, expresión firme y enérgica, poseía uno de esos espíritus de temple férreo en el cumplimiento del deber y de profunda ternura en el seno del hogar. Le conocí muy bien, porque su casa y la mía estaban contiguas y nuestras familias mantenían íntimas relaciones. Guardia logró dominar peligrosos enemigos, humillar a muchos y atraerse a otros; jamás pudo doblegar un ápice aquella alma rígida como una columna de bronce. ¡Curioso pueblo el nuestro! Erige un monumento a un joven salvadoreño que llevado del espíritu aventurero de la raza se unió a un grupo de revolucionarios para invadir el país, y no recuerda siquiera el nombre del ilustrado ciudadano que dio a la juventud tan heroico ejemplo, combatiendo los desmanes de la dictadura y sacrificando su posición, su libertad y su salud en aras de la república.

Estando mi familia de temporada en Alajuela, a causa de la enfermedad de mi padre, supimos que don Salvador había sido trasladado de la capital a aquella ciudad, de paso para el presidio.

Como el cuartel estaba enfrente de nuestra casa, mi madre preparó la comida para el doctor y yo fui el encargado de llevársela. Después de muchas dilaciones, consultas del oficial de guardia, idas y venidas, me dejaron entrar en el patio. Tan extraño fue el espectáculo que presencié, que me eché a temblar, y habría dejado caer la bandeja con los platos si un soldado no me los hubiera quitado.

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

El doctor Jiménez con las manos atadas a la espalda y sujetas de una cuerda pendiente de una polea, estaba así suspendido en un corredor y apenas tocaba con la punta de los pies el suelo: estaba pálido, pero sin quejarse ni decir palabra, con los ojos entornados.

No volví más al cuartel; no por miedo de compartir el suplicio del heroico abogado, sino sencillamente porque sus carceleros me notificaron que era prohibido llevar alimentos a los detenidos.

En presencia de tales cuadros no parecerá extraño que los escolares de entonces tuviéramos nuestras opiniones políticas ni que considerásemos a don Tomás como al Arihmán de la leyenda mazdeísta.

AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## VIII. MIS ESTUDIOS DE INGENIERÍA

El profesor Bertoglio, con la colaboración del ingeniero don Lesmes Jiménez, recién graduado en Bélgica, abrió en 1884 unos cursos de ingeniería en los cuales nos matriculamos unos quince alumnos. Antes de hablar de esas clases, íntimamente enlazadas con la historia de nuestra Universidad, como se verá después, quiero decir algo de las que yo daba en varias escuelas y colegios.

Además de una lección de aritmética en una escuelita privada que Miss Marian Le Cappellain había abierto en mi propia casa y a la cual concurrían las señoritas Rohrmoser, Lauenstein, Cox, Páez y otras distinguidas alumnas; fuera de otras lecciones en el Instituto Nacional y de muchas particulares, el año 83 no había para mí ocupación más agradable que las dos horas de clase que daba en la escuela de doña María Peralta de Rivera.

Era doña Mariquita una anciana de tales prendas, que el maldiciente más suspicaz no se habría atrevido a ponerle la menor tacha. Cuando tuvo colegio de internas y externas en el mismo local donde estuvo mi primera escuela pública –hoy plazoleta del Teatro– fui yo la eterna pesadilla de la excelente señora. Novio de una de sus internas, que por supuesto era un año mayor que yo, según mi costumbre, mantenía con ella correspondencia casi diaria, valiéndome del siguiente expediente. El hijo de la cocinera del colegio iba a la escuela pública y mediante una peseta semanal lo convertí en correo. En su cuaderno de aritmética escribía yo mis cartas, reemplazando las letras por números, conforme a una clave convenida. Ella me contestaba en la misma forma y en el mismo cuaderno, sin peligro de que la vigilante directora pescara al gatuperio.

A veces, cuando se trataba de algún aviso urgente, escribía yo mis cifras con tiza en el portón del Instituto, y la dulcinea desde el patio de su claustro, se enteraba bonitamente de mi mensaje inalámbrico.

Pero no paró allí mi audacia. ¿A que no adivina el lector, lo que hice, viendo que las internas no salían casi nunca? “Puesto que la montaña no viene hacia mí, yo iré hasta la montaña”, me dije filosóficamente; y... ¡Aquí de don Juan Tenorio! asalté el colegio. De siete a nueve de la noche levantaba con mi navaja la aldaba interior de una de las puertas y con los zapatos forrados en pañuelos, para no hacer ruido, atravesaba a tientas las oscuras aulas de la escuela hasta llegar al corredor en donde disfrutaba del inefable placer de conversar un rato con la señora de mis

pensamientos, la que inspiró mis primeros versos. Pero fue lo bueno que alguien enteró de nuestras visitas a la directora, y digo *nuestras* porque si al principio me aventuraba solo en mis asaltos nocturnos, después me asocié con un amigo a quien no nombro para no provocar en su hogar una escena de celos retrospectivos.

La puerta fue condenada, pero en vano, pues nunca nos faltaba ventana o postigo que abrir, siendo inútiles cuantas emboscadas nos tendió la desesperada directora. Su martirio no cesó sino cuando nuestras ninfas salieron de su encierro y también del colegio. Entonces doña Mariquita, por aquello de que *al ladrón darle las llaves*, me propuso que diera dos horas de clase a sus alumnas.

Sin duda parecerá extraño que a un mozalbete de dieciocho años que desde niño mostró tan decidida afición al bello sexo, se le confiase una docena de pimpollos de quince; pero debo declarar en honor a la verdad y mío que dentro de las aulas tenía yo la gravedad de un profesor viejo y mis actos y palabras se ajustaban siempre a la más estricta corrección.

Ocurrió sin embargo, lo inevitable, lo que resulta cuando dos almas jóvenes conviven en esa dulce intimidad que nace insensiblemente entre maestro y discípula. Una de las alumnas comenzó a inspirarme un sentimiento que si no era amor se le parecía mucho, y pude notar iguales síntomas en ella. ¡Ah, aquellas clases de lectura en que poniendo ambos los libros por pantalla, nos contemplábamos sin despertar las sospechas de sus compañeras! Nuestras bocas callaron durante el curso, pero nuestros ojos se lo dijeron todo. No le hablé de amor sino al año siguiente cuando salió del colegio. Una sola imprudencia cometí, que probablemente no pasó inadvertida para la mamá, y fue que todos los domingos, sin faltar uno, asistí a la misa de diez que ella oía con su madre. Como yo me situaba en la nave izquierda, la hermosa e inteligente niña se arrodillaba a la izquierda de la mamá y manteniendo el pañolón tenso del lado derecho para que mi presunta suegra no advirtiese la maniobra, la soltaba del otro para volver sus bellos ojos hacia mí durante toda la misa. Un saludo al salir del templo, una mirada furtiva al doblar la esquina y una última al entrar en su casa, bastaban para hacerme feliz cada día festivo. Mi religiosa tía Juanita no cabía en sí del gozo y elogiaba delante de mi familia mi devoción y actitud extática durante el oficio divino. ¡Pobre tía! ¡Cuán lejos estaba de sospechar que mi adoración no tenía por objeto la Virgen del altar, sino otra de carne y hueso, mejor dicho, de nieve y rosas, que pagaba con dulces miradas las de este humilde pecador!

Pero dejemos a un lado melancólicos recuerdos y hablemos ya de algo prosaico: de mis estudios de ingeniería. Tengo dicho que el profesor Bertoglio y don Lesmes Jiménez habían conseguido que la Universidad estableciera los cursos de ingeniería civil y que yo fui uno de la docena y media de estudiantes matriculados.

La Universidad, despojada de su hermoso edificio –el mismo en donde estuvo el Instituto Nacional, en la esquina opuesta a la del Teatro– había ido a refugiarse en la casa de don Demetrio Yglesias, cincuenta varas al Este del Palacio de Justicia. Dos reducidas aulas separadas por un angosto zaguán, en una los abogados en agraz y en otra los ingenieros en cierne, y pare usted de contar. Los ingenieros no teníamos sillas bastantes, ni siquiera caballete para el tablero, que hubimos



de colocar horizontalmente sobre una mesa, alrededor de la cual nos agrupábamos de pie, como quien juega a los dados, y mientras el profesor escribía sus fórmulas, llegaban a nuestros oídos los artículos del código comentados en la sala vecina.

Un día hilvané un articulillo satírico —el primero salido de mi tosca pluma— con el cual suponía que un extranjero recién llegado a la capital, después de criticar algunas cosillas, fue a visitar de noche la Universidad; pero cuando penetró en el oscuro zaguán y vio en una habitación a unos hombres en torno de una mesa, hablando de números y oyó salir del otro cuarto las palabras asesinato y robo, pensó que había caído en una cueva de ladrones o en un garito y echó a correr para su hotel. Al día siguiente un estudiante leyó en voz alta mi composición, que todos celebraron con risas; luego se conversó del asunto, se recordó que el Gobierno se había incautado del capital (cien mil pesos) y del edificio de la Universidad, y propuse que acto continuo fuésemos a reclamar nuestros derechos ante el Presidente de la República.

Diciendo y haciendo: a las nueve de la mañana estábamos en el Palacio Presidencial solicitando una audiencia que nos fue concedida. Recibiéndonos afablemente el General don Próspero Fernández, en compañía del doctor Eusebio Figueroa, su Ministro de Instrucción Pública, y accedió al punto a nuestra solicitud en lo tocante al edificio, autorizándonos para trasladarnos allí esa misma semana.

¡Después dicen que la literatura no sirve para nada!

Fuimos a La Sabana a celebrar tan fausto acontecimiento con algunos fiambres y dos botellas de *mistado*, y acordamos trasladar en procesión solemne un *Santo Tomás* de madera, patrono de la Universidad, que yacía arrinconado en el cuarto del bedel don Simón Vargas. Enteróse de nuestro propósito el viejo don Simón y para evitar lo que él consideraba como una irreverencia, una noche cargó con el santo y lo trasladó sigilosamente a su nueva morada.

Ya en “nuestra casa”, a pesar de las protestas del bedel, paseamos el santo por los corredores y tuvimos tres días de fiestas.

De mi vida universitaria no conservo recuerdos dignos de mención, salvo el paraguas que José Montúfar le rompió en la cabeza a *Tata Lucas* (y que por poco me obliga a batirme con el acompañante del agresor el famoso Rigoberto Cabezas) y el desafío entre Marcial Rojas y Ramón Castro Sánchez para el cual los padrinos habíamos preparado cartuchos con balas de cera y que desgraciadamente no se llevó a efecto.

No debo pasar en silencio, sin embargo, el magno suceso que me obligó a abandonar los estudios de ingeniería, aunque de todos modos los habría interrumpido pronto, pues la escuela murió de consunción al año siguiente.

Me refiero a las elecciones universitarias. La Universidad, como entidad libre dentro del Estado, tenía el derecho de nombrar periódicamente su Directiva.

Para la designación de candidatos hubo reuniones previas en las cuales tomaron la palabra abogados distinguidos como Zambrana y D. Mauro Fernández, y estudiantes como el talentoso y exaltado Jorge Castro F.

Los jóvenes nos salimos con la nuestra de que el nuevo Rector había de ser el ilustre historiador y hombre público, doctor Lorenzo Montúfar, jefe del Partido Liberal.

Fácil es de adivinar que tal designación alborotó el cotarro de los conservadores y alarmó tanto al Gobierno, que el Presidente nos llamó para reprendernos por nuestra “falta de cordura” y por haber abusado de “la libertad que nos había concedido”.

Salimos indignados y resueltos a mantenernos firmes: y como a la tarde supiéramos que el Ejecutivo había resuelto nombrar por sí y ante sí la Directiva, se nos comisionó a Silvana Matamoros y a mí para ir a elevar nuestra enérgica protesta. El Presidente estaba comiendo y esperamos más de una hora; al fin, yo, considerando aquello como un desaire, me retiré furioso. Más a tiempo no pude haberlo hecho, pues el pobre Silviano... amaneció en un calabozo.

Otro día en la *Gaceta Oficial* el nombramiento de la Directiva, y en vista de semejante atropello, que era el golpe de muerte para la Universidad, propuse que el domingo, al instalarse solemnemente la nueva Directiva oficial, la acogiéramos con un silbido unánime; que a la noche nos introdujéramos por la puerta de servicio y amontonáramos en el vestíbulo todos los muebles para obstruir la entrada y que el lunes no asistiera ninguno a clases. Así se acordó; pero el día de la instalación llegó un respetable escuadrón de policía, y como sólo silbamos al Rector dos estudiantes, Genaro Gutiérrez (a) *Sapo* y yo, los del orden público nos hicieron salir sin miramientos. A la noche sólo Gutiérrez y yo nos presentamos a la esquina para cumplir la segunda parte del programa de protestas; y al día siguiente, sólo Gutiérrez y yo dejamos de asistir a las clases. La falta de entereza de mis compañeros me causó tal indignación que me retiré por siempre de la Universidad y el futuro ingeniero se vio condenado a entregarse en cuerpo y alma a la profesión tan triste como honrosa del magisterio.

Había por aquel tiempo contratado las escuelas públicas de la capital don José Astúa Aguilar, quien puso la de niñas bajo la dirección nominal de doña Mariquita Peralta de Rivero, aunque yo era el director efectivo, encargado del Grado Superior. Los sueldos variaban desde quince hasta veinticinco colones, exceptuando el mío que era de cuarenta. Entre las maestras se contaban mi hermana Mariana y las señoritas Clotilde Alvarado, Julia Lara y Dolores Mata. Mi sección se componía de unas quince alumnas escogidas, de catorce a dieciséis años, entre las cuales estaban las señoritas Teresa León, Rosita Alvarado, María Durán B., Margarita Sáenz, Virginia Madriz, Anita Echeverría y otras no menos inteligentes y laboriosas. A decir verdad, el Licenciado Astúa no obtenía grandes beneficios de su contrato: en cambio trabajaba con un empeño y entusiasmo dignos de encomio, dando lecciones a las alumnas, conferencias a los maestros, y vigilando la buena marcha de las escuelas.

Yo estaba orgulloso de mi clase y creo que mi jefe también, pues de cuando en cuando llevaba extranjeros a visitarla. Mis alumnas conocían toda la Aritmética y el sistema métrico, bastante de Física,

Zoología, Anatomía, Geografía e Historia, en Castellano habrían dado quince y raya al mismísimo Baralt, a Hermosilla o a cualquier otro purista, pues yo, que ya había compuesto dos textos, escribí ese año un tercero cortado por el patrón de la *Gramática Práctica* de E. Isaza y de las *Apuntaciones Críticas* del ilustre Rufino J. Cuervo, dos obras que casualmente llegaron a mis manos.

A este propósito citaré el cómico incidente que ocurrió en el examen público de Castellano. Presidía el Ministro don José María Castro, y para que él y el público tuviesen idea del nuevo método seguido en mis clases, mandé traer los periódicos del día, hice que una alumna tomase uno al azar y que después de leer cualquier cosa, señalase las incorrecciones gramaticales. Acertó a tomar el *Diario Oficial*. Apenas comenzó a leer observé que Astúa me hacía ciertos guiños que no entendí, mientras el señor Ministro parecía interesarse vivamente en el ejercicio. Mi discípula encontró varias faltas de gramática, cuya crítica razonó muy bien. Entonces el Dr. Castro se levantó y gritó con voz estentórea: “Pido un aplauso caluroso para esta jovencita y para su profesor”.

Cuando terminó el acto supe por Astúa la causa del inusitado entusiasmo del Ministro: lo que la alumna había corregido era nada menos que una comunicación diplomática suscrita por el mismo Dr. Castro.

No tomó tan filosóficamente la crítica el redactor de otro periódico corregido en el examen, pues en el siguiente número censuró acerbamente mi original procedimiento, aunque no fue mi intención poner en la picota nuestra prensa, sino mostrar que mis alumnas estaban ya muy lejos de la antigua rutina.

A fines de ese año, el Director del Instituto Universitario—don Juan F. Ferraz— tuvo a bien nombrarme examinador para la asignatura de Castellano, que daba él mismo, y para la de Literatura a cargo de don Pío Víquez. Allí tuve ocasión de aplicar nuevamente mi método y de convencer a los alumnos de que la teoría gramatical es ineficaz sin la práctica. El resultado fue que el señor Ferraz me propuso que me encargase de las clases el año siguiente, a lo cual accedí gustoso.

Trabajé allí pocos meses sin entusiasmo, no por los alumnos, pues los había excelentes y aún sobresalientes como Elías Jiménez R. y Francisco Quesada, sino porque la disciplina general del Colegio dejaba mucho que desear a causa de profundas desavenencias entre el Director y el Sub-Director don Francisco Picado.

Era éste último uno de los más abnegados apóstoles de la enseñanza, a la cual sacrificó su salud y su vida. Notable como profesor, lo fue aún más como inspector de escuelas, pasando hasta quince días en un plantel para dirigir a los maestros. El propagó la enseñanza objetiva, que algunos creen erróneamente posterior a la reforma de don Mauro, y los métodos modernos, publicando notables trabajos, algunos de los cuales pueden verse en la Gaceta Oficial de aquella época. Cuando los costarricenses aprendamos a distinguir la ciencia del charlatanismo, el oro del vano oropel, bautizaremos alguna escuela con el nombre de “Francisco Picado”, más digno de tal honor que algunos que no hicieron gran cosa para merecerlo. No cerraré este capítulo sin apuntar algo relativo al 18 de julio de 1884, día en que por disposición gubernativa fueron expulsados del país los Jesuitas y el señor Obispo Thiel. Dado el espíritu profundamente religioso de nuestro pueblo, siempre creí que una medida como aquella provocaría grandes conmociones. No hubo nada de eso.

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

Los Jesuitas fueron recibidos con manifestaciones hostiles en la Estación del Atlántico y cuando montaron en sendas mulas hubo silbidos que no pasaron a más por la intervención de la policía. En compañía de don José Astúa presencié la salida de Monseñor Thiel, su negativa a ocupar el landó presidencial y la bofetada que el pacífico padre Zamora le dio a don Florencio Castro cuando éste metió a la fuerza dentro del coche al prelado. Concurrí a la serenata dada al diputado Segreda por su famoso discurso, y mi profesor de ingeniería don Lesmes Jiménez y sus discípulos *llevamos* los atriles. También asistí a la que se dio al Presidente del Congreso don Aniceto Esquivel, encabezada por el mismo don Florencio, quien llevaba una bandera en la punta de un paraguas; y recuerdo que después de los ¡vivas! gritó un borracho: “¡Muera la bandera postiza!” lo que le valió unos paraguazos de otro liberal a quien llamaban *Pica*, quien al descargar cada golpe, decía furioso: “¡Muera el borracho! ¡Muera el tonto!”. Hay escenas que sólo tienen gracia cuando se presencian. Carlos Alvarado G. y yo que presenciamos aquella, tuvimos para reírnos una semana.

## IX. DOS AÑOS EN ALAJUELA

Al comenzar el curso de 1885 presenté a D. Juan Ferraz mi *Gramática Práctica* (la que escribí dos años antes era teórica) y de ella hizo un cumplido elogio en su revista *La Enseñanza*, consiguió, además, que el Gobierno me auxiliara con el papel para la edición. Molesto por una gacetilla de *La República*, en la cual se hablaba despectivamente de mi *Gramática Costarricense*, sin conocerla, resolví no publicarla por entonces.

Un grave acontecimiento conmovió a Centro América en marzo de ese año: el General Barrios, Presidente de Guatemala, se proponía realizar por medio de las armas la Unión Centroamericana.

Por ser hartamente conocido ese hecho histórico me abstendré de entrar en pormenores y recordaré solo un dato curioso: el Congreso de El Salvador declaró traidor a la patria al General Menéndez, porque venía a invadir el país con tropas guatemaltecas, y años después lo elevó a la primera magistratura. El entusiasmo por alistarse era grande; yo también corrí a ofrecer mis humildes servicios, que no fueron aceptados porque era hijo de viuda.

Cerráronse las escuelas por disposición del Ministro don Mauro Fernández; pero las maestras me propusieron que continuáramos dando clases sin sueldo para que no se perjudicasen los escolares y a sus instancias publiqué el aviso que puede verse en *La Gaceta* de 9 de abril de dicho año. ¡Conducta levantada y patriótica la de esas señoritas! Yo a lo menos contaba con otras lecciones para pasar, aunque buena falta me hacían mis cuarenta colones; pero ellas que fueron las de la iniciativa, no tenían otros recursos; y sin embargo, jamás se les ocurrió reclamar después de la guerra una indemnización por los meses que sirvieron gratis.

Una mañana me llamó a su despacho don Mauro y me propuso la Oficialía Mayor del Ministerio; pero yo que siempre he detestado el trabajo oficinesco, me excusé y le propuse a don Buenaventura Corrales. Me encargó entonces el Ministro un proyecto de programas para las escuelas primarias. Pocos días después le llevé cuatro planes, dos para escuelas urbanas (niños y niñas) y dos para escuelas rurales (niños y niñas), alegando que las materias no podían ser unas mismas para varones y mujeres, y que las escuelas de los campos no podían ser iguales a las de la ciudad. Mi proyecto no agradó a mi padrino, pues su intención, era, me dijo, que todas las escuelas se sujetasen a un solo programa. Discutimos largo rato, y no pudiendo convencerle, renuncié a hacer el trabajo.

Por esos días la Municipalidad de Alajuela encargó al Sr. Astúa que buscara director y directora para las escuelas públicas de aquella ciudad. Nos propuso dichas plazas a mi hermana Mariana y a mí y las aceptamos con ochenta y cincuenta pesos mensuales respectivamente, es decir, el doble de lo que ganábamos en la escuela de la capital. Trabajo le costó al señor Astúa conseguir que D. Mauro hiciera los nombramientos, pues el Ministro tenía escrúpulos por tratarse de dos parientes suyos; pero Astúa le hizo ver que la proposición venía de la Municipalidad, y en el mes de Junio me trasladé con mi familia a Alajuela.

Mi escuela estaba instalada en un destartado caserón contiguo al Mercado (Mesón). Mis ayudantes fueron don Carlos Cabezas, Rómulo González y Francisco Ocampo; pero en 1886 establecí también una sección de párvulos que regentó primero la señorita Mercedes Rodríguez y luego la señorita Cecilia Cantón.

Ninguna molestia tuve en los dos años que dirigí la escuela: la disciplina fue excelente y los alumnos trabajaron con ahínco. El informe del Inspector Secundino Orozco el 85 y el de su sucesor J. Marcelino Pacheco el 86 fueron muy satisfactorios (v. *Gaceta* de 5 de marzo de 1886).

En Mayo del 85, antes de irme a Alajuela, fui nombrado miembro del Tribunal de examen para maestros y allí se me ocurrieron las primeras tristes reflexiones sobre la espinosa carrera que había elegido; porque ¿a quiénes creerá el lector que me tocó examinar? Nada menos que a varios de mis antiguos maestros, entre ellos a don José Montero, de quien recibí varios castigos en la escuela del Norte.

A principios del 86 fui designado en compañía del distinguido pedagogo colombiano don Marcial Cruz, para presenciar el examen de oposición de dos señoritas que en Heredia se disputaban la dirección de la escuela central, asunto que traía revuelta aquella ciudad. De las oponentes, Srtas. Sérvula Rojas y Vicenta Zumbado, fue agraciada la segunda, aunque ambos exámenes merecieron la nota de admirables. En las vacaciones de ese año fui nombrado examinador de todas las escuelas de la provincia y durante cuarenta días anduve de aquí para allá en compañía de mis excelentes amigos Orozco y Pacheco, destinados ambos a morir trágicamente pocos años después. ¡Qué deliciosa odisea! Tres muchachos de buen humor, visitando cada día un pueblo diferente, agasajos en todas partes con: banquetes, bailes y sonrisas de lindas muchachas ¡Cuántas peripecias y aventuras escritas y aún ilustradas a pluma en el periódico manuscrito que íbamos redactando de camino para enviarlo diariamente al amigo Francisco Jinesta, de cuyas manos pasaba a las de las bellas alajuelenses!

Poco antes de esa expedición perdí para siempre la esperanza de realizar mi ideal, esto es, de hacerme ingeniero. Habiendo creado el Gobierno becas en Europa, solicité una, comprometiéndome a devolver después con mis servicios el dinero recibido. El Presidente Soto, siempre dispuesto a proteger a la juventud, aprobó mi idea y don Mauro me telegrafió que fuera a almorzar con él el domingo.

El sábado dormí en el cuarto de mi primo Nicolás Chavarría (*Tata Lucas*), a quien comuniqué mi próxima partida para Europa, que yo daba por resuelta; y como él fue siempre mi inseparable compañero de estudios, decidió irse conmigo. Era dependiente de la tienda de don Pepe Durán y tenía algunos ahorrillos; una vez gastados, Dios proveería.

¡Qué amargo desengaño el mío! Mi padrino me salió con que él me necesitaba en la enseñanza el año siguiente y que después me enviaría a Europa, sin que bastaran mis argumentos para disuadirlo. Cuando volví a casa de *Tata Lucas*, éste tenía ya arreglado su viaje, que efectuó en la siguiente semana; y yo, a despecho mío, hice lo del Capitán Araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra.

Otro proyecto de muy diversa índole propuse al Presidente Soto: el de fundar en Alajuela una especie de Escuela Normal servida por científicos extranjeros; tomar de cada cantón del país el alumno más distinguido y llevarlo allá como bequista para que al terminar sus estudios fuese a servir en su pueblo natal. También esta vez don Mauro se opuso a mi plan, alegando que el suyo era el de crear en las capitales de provincia colegios en un todo semejantes al de San José. En efecto, a principios del 87 se fundó el Instituto de Alajuela, bajo la dirección de D. Miguel Obregón; pero como su marcha no satisfizo al Gobierno, se trajo un director suizo que tampoco permaneció mucho tiempo en ese puesto. Mi querida escuela fue anexada al Instituto y yo fui nombrado Inspector de la Provincia el 8 de febrero, el mismo día en que se fundó el Liceo de Costa Rica.

¡Qué felices fueron para mí aquellos dos años vividos en Alajuela! Y es natural: en plena juventud, con la mente repleta de ilusiones y el corazón de amor, trabajé y gocé, realicé tiernos idilios y corrí aventuras casi novelescas, sin pensar ni por un momento que tales expansiones juveniles desdecían por mucho de la gravedad inherente a todo pedagogo.

No existían entonces en la patria de Juan Santamaría las divisiones ni los partidos creados más tarde por la maldita política. El pueblo alajuelense formaba una sola familia, se hacían paseos, *melcochas* y bailes casi todas las semanas y no era raro que en el Parque nos reuniésemos por las tardes mozos y mozas a cantar al son de las guitarras.

El alajuelense tiene del aragonés el valor y esa ruda franqueza, reveladora de corazones leales y generosos. Mientras en otras provincias, reciben al forastero con zalamerías para morderle cuando vuelva la espalda, en Alajuela la mano que se estrecha es siempre la de un amigo, pues el que no simpatiza con el recién venido no tiene empacho en manifestarlo. Al menos, así era la gente que traté en 1885. ¡Quiera Dios que no haya cambiado!

Apenas cuatro meses desempeñé la Inspección de Escuelas, con ciento veinticinco pesos de sueldo, pagando de mi bolsillo todos los gastos de viaje, sin tener en mi oficina escribientes ni portero; sin embargo, visité dos veces todas las cincuenta y tantas escuelas, dejé instrucciones escritas a los directores y les dirigí una circular que me valió una felicitación de don Mauro y una mención honrosa en *El Maestro*. Propuse al Ministerio, y lo conseguí, que el Almacén Escolar suministrase a las Juntas de Educación todo el material de enseñanza que les faltaba, a buena cuenta de la renta de destace; también insinué la idea, que no fue aceptada, de destinar parte del producto de la Lotería a la construcción de casas de escuela.

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

Mis visitas, hechas sin previo aviso, dieron resultados inesperados. En una escuela encontré al maestro trabajando en carpintería y los niños solos; otra estaba vacía hacía tres días y sobre la mesa del maestro encontré una carta amorosa, sin terminar, que éste –hombre casado– dirigía a la joven directora de un distrito escolar vecino. Además de estas dos destituciones, hice la de todos los maestros que en los últimos exámenes habían obtenido promedio muy malo, lo que me acarreó no pocos odios. A éstos se sumó el de un Jefe Político, que aprovechando mi ausencia de la ciudad, consiguió que el Gobernador quitase a una directora, por cuanto la virtuosa señorita había dado con la puerta en las narices al hijo del gamonal. Enterado del suceso, pedí por escrito a don Mauro que hiciese justicia o que aceptase mi renuncia. Su respuesta telegráfica fue ésta: “Llame a la directora a ocupar el puesto de nuevo”.

El mismo día presentó el Político su dimisión.

Entonces aprendí que la senda del deber está llena de abrojos y me expliqué cómo los pícaros, plegándose en todos sentidos como los reptiles, llegan a escalar las altas cumbres.



## X. EL LICEO DE COSTA RICA

Estos sinsabores y otros que sería prolijo enumerar me hicieron aceptar en mayo del '87 la plaza que en la División Elemental del Liceo iba a dejar vacante don Austregildo Bejarano con motivo de su viaje a Europa. Trabé entonces conocimiento con los *suiños* y debo confesar que la organización, disciplina y buena marcha de aquel establecimiento sui géneris me sorprendieron agradablemente.

Al principio no me recibió muy bien su Director señor Schönau, porque a la sazón un periodiquito redactado, si no me equivoco, por Aquileo Echeverría, hacía campaña contra los profesores extranjeros y encabezaba con mi nombre la lista de los costarricenses que podían dirigir el establecimiento. Pronto, sin embargo, se convenció el señor Schönau de lo infundado de sus recelos y acabamos por ser excelentes amigos.

Mi clase se componía de unos cuarenta muchachos, de los cuales había cuatro amenazados de expulsión.

Como el aula era muy angosta y larga y los alumnos se sentaban en el orden de sus promedios, resultaba que los malos quedaban en el extremo de la sala, fuera de la vigilancia del profesor. Invertí entonces el orden de suerte que los cuatro diablillos me quedaron inmediatos y eran interrogados con frecuencia. A fin de mes dos de ellos, Carlos Lara y Manuel A. Bonilla, eran los primeros de la clase con gran sorpresa de Schönau, que no se explicaba el milagro. Recomiendo el procedimiento a los profesores que dedican atención preferente a los buenos y descuidan a los fogosos que necesitan emplear constantemente su turbulencia.

Ese año y el siguiente fueron para mí de grande actividad literaria. Además de muchas composiciones en verso, que no me atrevo a llamar poesías, algunas de las cuales figuran en la *Lira Costarricense*, escribí artículos, una novelita *El duende del Encinar* y una novela grande *Elisa*, que comenzó a publicarse en folletín en un diario que redactaban Tranquilino Chacón y Rafael Carranza y me mereció un benévolo juicio crítico de Juan M. Murillo y la indispensable gacetilla hostil de *La República*, enemiga siempre de mis ensayos. Me proponía en ella presentar el tipo de la esposa fuerte, en contraste con las mujeres fáciles de las novelas francesas, argumento que desarrolló años más tarde la Pardo Bazán en *Una Cristiana*.

En *El Maestro* publiqué buena parte de mi cuarta gramática, cuyo prólogo fue reproducido en el *Diario Oficial* de Caracas. La tercera la escribí el 86 para un concurso que para la provisión de textos abrió la Secretaría de Instrucción Pública, al cual se presentaron dos obras únicamente, la de D. Alberto Brenes C. y la mía. Don Mauro fue a Alajuela a felicitarme, pues era seguro que yo recibiría el premio de 500 colones y la primera edición del libro; pero el Jurado no otorgó el premio, porque ambos libros seguían el método crítico de Isaza, que no era muy pedagógico (cosa que advertía yo en el prólogo de mi obra), sin tener en cuenta que ésta era una de las bases del concurso. Don Mauro se disgustó y me pidió mi libro para adoptarlo, a lo que yo me negué; entonces publicó los “Ejercicios Gramaticales” de Brenes Córdoba, previo un informe que me pidió oficialmente (v. *Gaceta* del 6 de octubre de 1887).

El año 88 pasé a la división Inferior del Liceo y tuve una clase excelente, tanto, que a fin de año su promedio fue en los exámenes el mejor de todo el colegio. Conservo todavía entre mis papeles una cariñosa despedida que me dirigieron aquellos alumnos al salir a vacaciones en julio, firmada por Adolfo Osborne, Mariano Guardia, Roberto Brenes Mesén, Manuel Castro Quesada, Emilio Robert, etc.

Schönau, como don Adolfo Romero, no era hombre de vastos y profundos conocimientos, pero sí un disciplinista de primera clase, favorecido por otra parte, con la asidua colaboración de don Mauro. “El Liceo de Costa Rica” fue organizado según el plan de los de Ginebra y hasta se adoptaron los programas de éstos, que yo traduje en su mayor parte, encargándome a la vez de redactar los de Castellano. Era en realidad un plan extraño para los profesores nacionales; pero casi todos se penetraron muy pronto del nuevo espíritu de la enseñanza y trabajaron en armonía y con verdadero entusiasmo, como si el del insigne reformador se hubiese comunicado a sus subalternos. La experiencia fue revelando poco a poco los defectos del plan y muchos se corrigieron. A mi juicio, el error fundamental fue la adopción de un plan exótico sin tener en cuenta su adaptabilidad a las necesidades y condiciones del país; y otro que pude observar más tarde cuando pasé a la División Superior, fue la poca profundidad con que se hacían ciertos estudios, defecto que motivó la reforma de que hablaré más adelante. También don Mauro tenía el suyo: la manía de extranjerismo. Cuando pidió a Suiza un profesor de Matemáticas, le hice ver que había varios discípulos de Bertoglio que podrían perfectamente desempeñar esa Cátedra; no me dio oídos, vino el profesor y pocos meses después hubo que enviarlo a su tierra, pagándole por supuesto, una fuerte indemnización. Lo mismo ocurrió con otros que se pidieron para Trabajos Manuales, Gimnástica, etc.

Antes de hablar de mi labor durante los cuatro años que fui profesor de Gramática y Literatura (e interino de Historia) en la División Superior del Liceo, quiero recordar un suceso del año 88, que por más que parezca inverosímil, fue de gran trascendencia en mi vida. Me refiero al terremoto ocurrido el 30 de diciembre. ¡Qué admirable correlación hay entre todos los fenómenos, así físicos como morales, del Universo! Un dolor de muelas puede ser causa de un crimen; un abanicazo, de una guerra; una llovizna, del hundimiento de un imperio. ¿Qué mucho, pues, que un terremoto produjera otro en mi existencia?

A mi regreso de Alajuela había continuado mariposeando en la capital y las horas que me dejaban libres mis clases y mis pasatiempos literarios las dedicaba a cortejar beldades, sin pensar ni remotamente en formalizarme. Una noche en el teatro vi allá en el fondo de un palco una rubia vestida de negro que me interesó vivamente. La seguí, averigüé quién era y al día siguiente fui a plantarme en su esquina. Al principio hubo correspondencia de miradas y ventaneo diario; pero de improviso la bella cambió de actitud, lastimando mi amor propio con algunos desaires. El 30 de Diciembre hubo en su casa un baile, al cual fui invitado y por primera vez hablé con ella y trabé conocimiento con su familia. Tan mal se presentaron esa noche las cosas, que resolví desistir de mi empeño, no sin despecho, pues acostumbrado a tales lides y a fáciles conquistas, no podía resignarme a la idea de ser derrotado por una chiquilla de dieciséis años. El fuerte sacudimiento que se sintió a las once hizo retirarse a muchos de los concurrentes; los demás seguimos bailando hasta las dos, hora en que me despedí, anunciando un temblor más fuerte. En efecto, a las cuatro de la madrugada ocurrió el terremoto y con ese pretexto fui inmediatamente a la casa de mi prometida; volví a mediodía y esa noche la pasé en vela, acompañando a la familia. En dos o tres días se estrecharon las relaciones a extremo de que habiendo las señoras de la casa dispuesto ir a pasar una temporada a Puntarenas, me ofrecí para acompañarlas. A todo esto, ni una mirada ni una palabra para la desdeñosa; poco a poco fue desapareciendo su despego, y en la primera jornada del viaje, en Alajuela, conversé un rato con ella. Instalóse la familia en amplio carretón de resortes en cuya puerta se sentó *ella*, y yo iba detrás a caballo, en platónico *flirteo*, pero no contento con las miradas que naturalmente cesaban al oscurecer, al cruzar el monte del Aguacate fingí un desmayo con tanta habilidad, que la familia, alarmada me trasladó al carretón y así pude llegar hasta Esparta al lado de mi novia. El sitio continuó en toda regla en Puntarenas y una semana después de llegados obtuve el ansiado sí. El terremoto del 88 fue, pues, la causa de que en los primeros meses del 89 me encontrase formalmente comprometido con una estimable señorita, severamente educada, nieta del general Cañas por la línea materna y del general don José J. Mora, por la paterna, de quienes heredó rectitud, sinceridad y energía.

Ese año 89 presencié la mayor agitación política provocada en Costa Rica por las elecciones presidenciales. *Esquivelistas* y *Rodriguistas* luchaban a brazo partido: los periódicos eran obuses, los discursos andanadas de metralla; cada pueblo era un campo de Agramante y en las ciudades reinaba la discordia entre vecinos y aún en el seno de los hogares. No parecía sino que la salvación o la ruina del país dependían de que el presidente se llamase José o Ascensión; tal era el encarnizamiento con que luchaban ambos partidos, comparable al de carlistas y cristinos en España.

Tanto porque la juventud liberal se había alistado en las filas del esquivelismo, como porque yo no conocía al otro candidato, figuré en el partido de don Ascensión como simple soldado; pero no le manifesté mis simpatías sino cuando dejó la presidencia que ocupaba interinamente, temeroso de que mi actitud pudiera interpretarse como servilismo. Conservo todavía la carta en que el candidato elogia mi proceder.

Si no hubiese yo estado entonces tan enfrascado en mis amores, acaso no hubiera podido sustraerme al entusiasmo político y habría tomado muy a pecho la apasionada lucha; pero entonces no pensaba más que en mi dulcinea, a quien hacía dos o tres visitas diarias, y no me preocupaba en absoluto el triunfo de los rojos o de los tricolores (¡Perdónenme el partido liberal y la patria!). No dejé, sin embargo, de pasar algunos sustos por culpa de mi filiación política, especialmente en Cartago, adonde durante un mes iba casi todas las tardes a ver a mi prometida que estaba allá de temporada. En una ocasión creo que no habría salido vivo de las garras de una caterva de furiosos rodriguistas, a no haber intervenido oportunamente el licenciado don Manuel Vicente Jiménez.

Nunca ha habido en Costa Rica oposición más formidable contra un candidato que la hecha por el pueblo en aquella época contra el Licenciado Esquivel, a quien miraba como el Anticristo o el diablo en persona: por eso cuando algunos años más tarde vi a ese mismo pueblo dejarse mandar alegremente por ese mismo odiado candidato, me convencí de que la política no es más que un juego de ajedrez en el cual unos cuantos intrigantes mueven a su antojo las piezas inconscientes, y nuestras repúblicas democráticas una comedia en que unas cuantas docenas de listos manejan a su capricho algunas docenas de miles de comparsas imbéciles.

Digna de todo elogio fue la conducta observada en medio de la tempestad electoral por el Presidente don Bernardo Soto, a cuyo progresista Gobierno debe el país su posterior florecimiento. La Historia le hará justicia, si es que algún día este sentimiento logra echar raíces en el alma costarricense.

Al comenzar el curso de 1889 el señor Schönau se empeñó en que se me dieran las clases de Castellano y Literatura en la División Superior y consiguió su deseo venciendo la resistencia de don Mauro, que se negaba a nombrarme por ser pariente mío. Considero los cuatro años que desempeñé esas cátedras como los más tranquilos y fructuosos de mi larga carrera. Nunca tuve la menor molestia con mis alumnos algunos de los cuales tenían apenas tres o cuatro años menos que yo. Me respetaban y querían y su trabajo era excelente. Entre los más grandes recuerdo a Teodoro Picado, Alberto Brenes, Roberto Fonseca, Ricardo Castro M.; y de otras clases, a Luis Anderson, a Juan Félix González, Ramón Zelaya, Melico Aragón, Víctor Guardia, Alejandro Alvarado, Gregorio Martín, Carlos Pupo, Fabio Baudrit, Francisco Ugalde, Francisco Segreda, etc.

Hasta entonces las clases de Literatura en nuestros colegios se habían reducido a nociones teóricas de Retórica y Poética, de las cuales poca o ninguna sustancia extraían los estudiantes. Yo suprimí el texto, explicaba la historia literaria mientras los alumnos tomaban notas, di mucha extensión a la lectura y crítica de obras y sobre todo a la composición libre. Por primera vez se leyeron y analizaron en clase obras de escritores españoles y franceses contemporáneos, además de los clásicos, y se despertó entre los colegios grande afición a la lectura. Como muestra de las composiciones de los alumnos pueden verse algunas que publiqué en *El Maestro*, revista pedagógica de la cual yo era redactor. Estando un día en clase llegó el cajista a pedirme material, pues faltaba para una columna. Puse entonces a mis discípulos a escribir sobre este tema: ¿"Qué es un libro"? y media hora después el impresor se llevó la composición de Ramón Zelaya, sin cambiarle una letra. Recuerdo que en otra ocasión propuse un problema judicial interesante: uno de los alumnos hizo de reo, otro de defensor, otro de fiscal, etc., y compusieron sendos discursos que me llamaron la atención, no sólo por la forma, sino por la lógica con que estaban escritos.

Ese año (1889) comencé a escribir un texto de Lectura Explicada para las escuelas, del cual publiqué cuatro o cinco ejercicios en *El Maestro*. Don Mauro me felicitó (conservo su tarjeta) y llamándome a su despacho me propuso hacer en Leipzig una edición de veinte mil ejemplares, de los cuales el Gobierno me daría la mitad; pero como pocos meses después dejó el Ministerio, no se realizó su proyecto, porque su sucesor don Ricardo Jiménez, a quien hablé del asunto, manifestándole que yo cedía toda la edición al Gobierno sin pedir un centavo por mi trabajo, me salió con que el Erario estaba muy pobre. Como el nuevo Secretario de Estado había suprimido la revista *El Maestro*, no teniendo dónde publicar mi libro, lo rompí.

Han pasado treinta años y nadie ha vuelto a pensar en escribir una guía para los maestros que, en su mayor parte, son incapaces de explicar todas las lecturas de los textos corrientes.

Mis estudios gramaticales, orientados hacia la crítica de las incorrecciones de nuestro lenguaje, me sugirieron una obra más seria que las cuatro gramáticas que llevaba ya escritas, y en 1891 compuse un *Diccionario de Barbarismos y provincialismos de Costa Rica*, que el Presidente Rodríguez mandó editar en la Imprenta Nacional. En la misma época me encargué de la redacción de *Costa Rica Ilustrada*, importante revista literaria fundada por Próspero Calderón; y habiéndose empeñado éste en que le escribiera yo al Presidente para que le enviase a Europa a estudiar el fotograbado, no vacilé en hacer el servicio a mi amigo, aunque yo no tenía relaciones con el Sr. Rodríguez, quien accedió a mi solicitud, y en consecuencia quedé yo al frente de la revista, *ad honórem*, hasta que la suprimió el Presidente por haber publicado yo en ella una poesía de Díaz Mirón que fue considerada como subversiva.

Era el Licenciado don José J. Rodríguez el tipo genuino del antiguo costarricense, hoy desaparecido bajo las capas sucesivas de importaciones extranjeras que han borrado por completo los brotes espontáneos del carácter nacional: sencillo, campechano, sensato y enérgico, aunque quizá demasiado apegado a la vida tranquila y carente de esa actividad y espíritu emprendedor de su yerno y sucesor don Rafael Yglesias. A mi juicio, don José J. Rodríguez es el ejemplar más característico de la raza costarricense: ordenado, económico, religioso, conservador y misonéista, sentía aversión por lo extranjero y manifestó abiertamente su hostilidad hacia los suizos que gobernaban el Liceo de Costa Rica. Por orden suya fueron a visitar este colegio el Dr. Ferraz y el profesor español Montorio, quienes dieron un informe desfavorable y bastante apasionado, informe que yo como profesor del establecimiento combatí por la prensa, sin dejar de estar de acuerdo en que se imponía una reforma del plan de estudios para hacer menos elemental la segunda enseñanza que allí se impartía. Don Mauro me atacó entonces, cegado por su amor de padre, pues no admitía reforma alguna en el plan del Liceo; y muy a pesar mío me vi obligado a contestarle, como contesté a mi querido maestro el doctor Ferraz, porque para mí, sobre todas simpatías y gratitudes está el divino sentimiento de la justicia. La justicia es la ley de gravedad de las sociedades humanas: podrá pervertirse, invertirse, como los líquidos de diferente densidad sacudidos en un tubo; pero poco a poco el mercurio volverá al fondo y sobrenadará el aceite. Este equilibrio inevitable que a la larga recobran todas las acciones humanas en virtud de fundamentales leyes sociales, es lo que el vulgo llama la *justicia providencial*.

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

El Gobierno resolvió reformar el plan de estudios de segunda enseñanza y para ello nombró una comisión que integramos el Dr. Ferraz, como Presidente, yo como Secretario, y como vocales los profesores Montorio, Umaña, Biolley, Liltmann y Michaud. Presentamos el proyecto de reformas Montorio y yo, y las primeras sesiones fueron de discusión cuerda y pacífica; pero surgieron luego desavenencias y por último el Ejecutivo, sin tener en cuenta las juiciosas reformas propuestas, decretó por sí y ante sí el plan original. Yo me encargué de redactar los programas de Castellano, Literatura Castellana, y Literatura Comparada. La segunda enseñanza adquirió entonces una densidad inusitada y los programas, detallados con lecciones numeradas, obligaron a los profesores a una preparación concienzuda. ¡Nuevo y glorioso triunfo del ilustre don Valeriano, a quien Costa Rica debe la mejor parte de su cultura! En los años de 90 a 93 escribí bastante: encargado *ad honórem* de la redacción de *Costa Rica Ilustrada*, llenaba la revista con versos y cuentos originales o traducidos y uno que otro artículo crítico, como el en que censuraba a Aquileo Echeverría por tomar asuntos españoles para sus romances, en lugar de buscarlos en nuestro terruño. El poeta agradeció el consejo y sus celebradas *Concherías* me dieron la razón; no así don Ricardo Fernández Guardia, quien entabló conmigo una cuasi-polémica sobre el regionalismo literario, alegando que nuestro pueblo es estúpido y que no hay por acá asuntos poetizables. Fuera de esa polémica, tuve otra con don Juan F. Ferraz, en la cual le demostré que la mitad de sus *Nahuatlismos de Costa Rica* no lo eran, y que procedían de fuentes castellanas o de diversas lenguas de América. Por ese mismo tiempo recibí varios diplomas de sociedades extranjeras, como el de miembro de la “Asociación de Escritores y Artistas Españoles”, presidida por el ilustre Núñez de Arce, de la “Academia de Historia y Geografía del Brasil”, de la “Academia de Ceará” (Brasil), de la Academia Salvadoreña y de la de Guatemala, etc.

Desempeñé *ad honórem* algunas comisiones oficiales, como la de examinador del Instituto de Alajuela (v. *Gaceta* de 10 de julio de 1890) y del Colegio de Señoritas durante una semana, sin cobrar honorarios.

## XI. EL INSTITUTO DE ALAJUELA

En los cuatro años que fui profesor en la División Superior del Liceo de Costa Rica, no tuve molestia alguna y entre mis discípulos y yo reinó siempre la más perfecta armonía. Fuera de mis clases de Castellano y Literatura en la Sección Clásica, tenía yo a mi cargo las de Literatura Castellana en la Sección Normal, compuesta apenas de tres alumnos entre los cuales descollaba por su laboriosidad Roberto Brenes Mesén, a quien yo enseñé a leer en la escuela de párvulos y que fue mi discípulo en la División Elemental del Liceo el año 88. Con dichos alumnos analizamos los primeros monumentos de la literatura española de tal manera que años más tarde, cuando mi predilecto discípulo Brenes Mesén fue a estudiar a Chile, me escribió que habiéndole encomendado el Dr. Lenz la Gramática del poema *Santa María Egipciaca* no tuvo dificultad en su trabajo, gracias a lo aprendido en mis clases. (Conservo la carta de mi *agradecido discípulo y amigo*).

En el mundo pedagógico, además de la reforma de que he hablado y que acabó con la bifurcación de estudios merece citarse una ley de segunda enseñanza que en 1892 presentó don Mauro Fernández.

En las vacaciones de 1892, cuando me preparaba para una excursión a Talamanca con el objeto de completar mis estudios sobre las lenguas y costumbres indígenas, recibí de Alajuela una proposición de los del *partido de arriba* para aceptar la dirección del Instituto de aquella ciudad.

La Alajuela que yo había conocido el año 85 tan unida, tan generosa y franca, estaba dividida en dos facciones, los de *abajo* y los de *arriba*, que se hacían guerra despiadada sin tener en cuenta los sagrados intereses de su provincia ¡Fatal herencia española! ¡Odios y guerras de campanarios, en las que por satisfacer ruines pasiones se hace un daño incalculable a toda la comunidad!

El señor Schönau, a quien comuniqué la propuesta, trató de disuadirme; pero por una parte la idea de trabajar libremente, y por otra el considerable aumento del sueldo, pues yo ganaba en el Liceo 150 colones y en Alajuela me daban 250 y habitación, me decidieron a aceptar. Mi situación pecuniaria era entonces difícil: para casarme contraí deudas que amortizaba mensualmente, y un sábado para comprar leña tuve que vender por la mitad de precio la *Gramática Comparada* de Bopp. Acepté, pues, no obstante que algunos *amigos* me hicieron cruda guerra; pero todos los trabajos fracasaron; y estando yo en el Limón, listo para embarcarme para Talamanca recibí el nombramiento y la orden de trasladarme inmediatamente a Alajuela. El magnífico edificio de dos pisos, hoy en ruinas, estaba recién construido y pintado y a él llegamos una tarde mi esposa y yo

enteramente solos, pues ella pensaba contratar criados en aquella ciudad. El portero no dormía en el colegio por varias razones, entre ellas la principalísima de que allí salía a media noche un *padre sin cabeza* (en ese lugar habían asesinado muchos años antes a un sacerdote).

A media noche me despertó un ruido de vidrieras que se golpeaban y saliendo sin llevar luz a la galería del segundo piso, comencé a cerrar las ventanas. Iba ya a acostarme cuando vi que en el piso bajo se cerraba una puerta con estruendo. Bajé entonces y el aspecto del claustro me recordó el de los conventos medioevales. La luz amarillenta de la luna entraba de soslayo iluminando la parte superior de las paredes, mientras el resto del corredor y el patio estaban sumidos en espesa sombra. Avancé por el claustro hacia la puerta del fondo, que era la que se golpeaba, y al llegar estaba cerrada; pero cuando alargué el brazo para buscar la cerradura, las dos hojas se abrieron sin ruido y vi adelantarse a mi encuentro un fantasma blanco. Como siempre me acostumbré al dominio de mis nervios, no retrocedí un paso y me arrojé sobre lo que yo creí un ladrón o un bromista. Era... una larga toalla que el portero había colgado de una pequeña escala o tijera con la cual había estado limpiando los vidrios. En la semana que siguió a mi llegada me di cuenta de lo difícil de la tarea que había echado sobre mis hombros; se trataba de dar vida a un cadáver, de resucitar un colegio desacreditado, arruinado, pues casi todos los estudiantes habían emigrado a la capital en busca de mejores horizontes. Escasísimo fue el número de alumnos de segunda enseñanza; y si el Instituto no pareció desierto, fue porque el Ministerio resolvió anexar la Escuela Pública, poniéndola bajo mi dirección.

Al día siguiente de mi llegada se presentó en el Colegio el Presidente Municipal y me indicó la necesidad de que yo marchase siempre de acuerdo con los de *arriba*, que me habían propuesto. Le manifesté que yo no tenía más jefe que el Secretario del ramo, y que no admitía la ingerencia de influencias extrañas, porque yo solo podía manejar mi colegio.

Esos dos años de dirección en Alajuela fueron tan plácidos como los cuatro anteriores en el Liceo de Costa Rica. No visité a nadie, no acepté invitaciones a fiestas de ninguno de los partidos y conservando con tirios y troyanos las más corteses relaciones pude disfrutar de perfecta tranquilidad.

Fueron mis colaboradores en la segunda enseñanza los profesores don Daniel González, don Adolfo Casorla, Elías Salazar, Federico Solórzano, Eduardo Talero, Aquiles Acosta, Secundino Orozco y otros; y en el primario, mis discípulos Brenes Mesén y Ricardo Castro M., vigilantes del internado, Leoncio Martínez, Indalecio Ribera y otros.

En el internado tuve algunos alumnos de Heredia y de San José, como Juan R. Dobles, Franco Cordero, Ernesto Martín, José Roig, Alfonso Iglesias, etc., y en las vacaciones del 94, me hablaron de la capital para 24 alumnos más, de modo que el Instituto habría seguido una marcha altamente progresiva, si no se le hubiera ocurrido al presidente Yglesias suprimirlo.

Los alumnos sobresalientes del Instituto en esos dos años fueron Francisco Arana, que más tarde se hizo médico en Alemania y murió trágicamente, y Alberto Calvo que no se desdeñó de desempeñar la portería de la biblioteca con tal de poder continuar sus estudios.



Presentóse en el Instituto una cosa rara que no quiero pasar por alto para ejemplo de la juventud esforzada. Un muchacho del campo, de dieciséis años, ingresó en la escuela anexa en el primer grado, y sufriendo las burlas de los chiquillos practicaba con los párvulos hasta los ejercicios calisténicos.

Estudiando contra la voluntad de su padre, quien le negó todo auxilio, recorrió en un año todos los programas de enseñanza primaria y en 1894 pudo matricularse en la Preparatoria del Instituto. Aunque tenía que caminar diariamente unos cinco kilómetros no faltó ni un solo día, y se quedaba en la plaza sin almorzar, esperando las clases de mediodía. Un día lo vi y lo mandé llamar, ofreciéndole darle el almuerzo en el colegio; por delicadeza me mintió, diciendo que él traía de su casa algunos comestibles.

Un amigo suyo, el generoso joven Mariano Carranza, muerto trágicamente algunos años después, descubrió la verdad y se hizo cargo de dar de almorzar al esforzado campesino.

Sabedor del caso, escribí al Presidente Rodríguez para que premiase tan loable conducta; y él dirigió al estudiante una carta que fue leída en sesión solemne en el salón de actos, y además un regalo de unas cuarenta obras científicas y pedagógicas. Al inaugurar el curso de 1893 solicité de las municipalidades de todos los cantones la creación de una o dos becas para aumentar la población del colegio; todas se negaron a ello; pero en cambio tuve varios internos de la ciudad, como Emilio y Raúl Acosta, Rafael Huete y algunos más.

La disciplina en el colegio fue perfecta: Mrs. Ada Fernández, quien pasó unos días en compañía de mi señora, se reía de ver cómo los niños de la escuela, unos doscientos, al toque de campana y sin estar presentes los maestros, que por conversar en el parque se retrasaban unos minutos, formaban en el mayor orden y en perfecto silencio mientras yo pasaba la revista de aseo.

En la escuela introduje el método objetivo y arreglé un Museo Saffray, que encontré abandonado. Establecí, además, las conferencias semanales en esta forma: cada jueves, en la última hora, todos los maestros presenciaban una lección del encargado de la clase, y despedidos los alumnos se discutía el método y los procedimientos empleados.

En mi informe de fin de año, que no se publicó porque no hubo Memoria de Instrucción Pública, propuse la rotación de los grados, esto es, que el maestro de 1° siguiera con sus alumnos en el 2° y así sucesivamente. De este modo se evitaba que los maestros se especializaran en un grado, en vez de recorrer todos los del programa de enseñanza primaria, y se uniformaban las dotaciones para evitar chocantes desigualdades. En 1894 adopté ese sistema sin esperar la autorización oficial, pues estaba convencido de que un maestro que acompaña a sus alumnos desde el 1° hasta el 5° grado, es el único capaz de conocer su psicología y de ejercer sobre ellos una acción verdaderamente educativa.

Acerca de mi labor en la Escuela Anexa puede verse el informe del Inspector en *La Gaceta* No. 1144 del año 1893, y sobre mi trabajo en el Instituto el informe del Dr. D. Valeriano F. Ferraz, Inspector de Colegios.

En esos dos años desempeñé *gratuitamente* algunos cargos, como el de examinador de obras de texto propuestas al Ministerio, y el de Delegado para exámenes del Colegio de Señoritas. En 1894 se produjo un fenómeno curioso: el Presidente Municipal se presentó en el Instituto y me instó para que solicitara la creación de cuatro becas, pues aquella Corporación, que el año anterior no había tenido fondos para atender mi solicitud, ahora sí podía. Hice la solicitud, y el Municipio, en vez de cuatro, decretó la creación de seis becas.

Al día siguiente, nueva visita del Presidente Municipal; “esas becas eran jóvenes pobres que necesitaban unos veinticinco colones para proveerse de ropa”, además, “el Internado requería una subvención para alumnado y yo para los primeros gastos debía pedir que se me adelantasen seis meses de pensiones de bequistas”. Quedé realmente maravillado de la munificencia de la ilustre Corporación, y pedí lo que se me indicaba, lo que me fue concedido sin reparo alguno; sólo más tarde me convencí de que no había tal espíritu progresista y que todo obedecía a que habiendo triunfado en las elecciones el *Partido de abajo*, sus enemigos se proponían dejarles sin fondos. ¡Qué amargas reflexiones sobre nuestra moralidad política me sugirió ese desprendimiento del Municipio!

A fin de promover el acercamiento de todos los colegios de la República y de despertar una noble emulación entre los estudiantes, provoqué a fines de 1894 un certamen, sostenido por el mejor alumno de cada Curso de todos los Colegios, sobre una asignatura y una lección del programa sacadas a la suerte. El nuevo Municipio acordó generosamente pagar los gastos de profesores y alumnos de las otras provincias. El resultado fue desfavorable al Instituto de Alajuela por las razones siguientes: en el 4º año habiendo salido la asignatura de Inglés, se llevó el premio el campeón del Liceo de Costa Rica, Salomón Castro, que había tenido clases especiales durante varios años, mientras que el de Alajuela había recibido lecciones únicamente de don Elías Salazar, aprendiz en la materia.

En el 3er. año tocó Geografía: el campeón de Alajuela, Juan Alfaro Vargas tuvo la suerte de que saliera precisamente la tesis que había desarrollado brillantemente en su examen de fin de curso; pero uno de los compañeros le pidió un atlas, y como el profesor Biolley le vio sacar algo del pupitre, lo excluyó del examen, en el cual indudablemente se habría llevado la medalla.

Sorteada la asignatura en el 2º año resultó Castellano, materia que el sustentante del Instituto de Alajuela –Ernesto Martín– conocía perfectamente; pero como los alumnos de los otros colegios alegaron que no habían visto la lección sorteada, por cortesía permití que se eligiera otra asignatura –Historia– cuyo premio fue adjudicado al alumno del Liceo de Costa Rica. El único premio obtenido por el Instituto de Alajuela fue el de la Preparatoria, que ganó en buena lid Pablo Herrera, el muchacho campesino de que hablé anteriormente como modelo de esfuerzo y constancia.

Por esa época escribí un artículo en *La República* para demostrar que la labor de los colegios de segunda enseñanza es más perjudicial que útil, pues tal y como estaban (y están) organizados, fomentan exclusivamente las profesiones parasitarias; forman apenas abogados o empleados públicos y restan brazos a la agricultura, porque los jóvenes del campo trasladados a las ciudades se avergüenzan de volver a las faenas agrícolas en que se criaron y hasta de sus rústicos padres.

Muchos se creyeron aludidos y se enojaron conmigo. ¡Cómo ha de ser! No puedo prescindir de mi carácter ni de mi franqueza habitual, que me ha llevado siempre a posponer mis propios intereses a los sagrados de la patria. ¡Cuánto habría medrado con mi adhesión o mi silencio! Pero la conciencia habría protestado, y por eso siempre he señalado defectos en lugar de adular, siempre he censurado las incorrecciones y los abusos, a trueque de acarrearle perjuicios: léanse todos mis informes oficiales y se verá que en vez de frases laudatorias para los gobernantes, sólo hay fuertes censuras por lo que han dejado de hacer; siempre he combatido y combatiré la injusticia, la intriga, la mezquindad, porque mientras no se arranquen de raíz tales vicios no hay que pensar en la armonía de la familia costarricense ni en su progreso.

Alejado sistemáticamente de la política, procuré durante mi Dirección en Alajuela mantener las menos relaciones posibles con el Ministerio y gracias a esa independencia el colegio anduvo bien.

A fines de 1894 la Municipalidad invitó al Presidente Rodríguez a pasar en Alajuela los tres días de las fiestas cívicas y el Gobernador fue a comunicarme que yo estaba en el número de los invitados para acompañar a aquel Magistrado. No fui a recibirle ni a visitarle; pero a la hora de almuerzo llegó un edecán a decirme que el Sr. Presidente me estaba esperando para sentarse a la mesa, y por no parecer grosero fui a su casa. Me recibió cordialmente y al punto se sirvió el almuerzo (la municipalidad había contratado con el Sr. Mangel el servicio por *mil pesos diarios*, que bien hubieran podido invertirse en obras útiles a la comunidad). Frente a frente estaba el Sr. Rodríguez, a mi derecha el general Leonidas Plaza. Don José me dirigió a menudo la palabra y entonces aprendí a estimar su valer. Tenía a su izquierda a un diputado cuyo servilismo me quitó el apetito. –”Señor Presidente, voy a cerrar esa puerta porque le da aire en la nuca”. –”No se moleste, a mi me gusta el fresco”. –”Todavía no le han traído su leche cocida; voy a pedirla” (el Presidente estaba a dieta). –”No se moleste, ahora viene el criado y la trae”.

Don José me miraba maliciosamente y yo comprendí que a él le producía tanto servilismo, la misma repugnancia que estaba leyendo en mi rostro.

No volví. El Presidente aburrido se marchó el mismo día, dejando en el ánimo la impresión de que si todos los gobernantes recibiesen con igual desagrado tan bajas adulaciones, otra sería la suerte de nuestra patria.

En Alajuela tuve oportunidad de conocer a dos futuros presidentes del Ecuador. Cuando la inauguración del Monumento de Juan Santamaría hubo un baile oficial al que concurrí y en la cantina tomé café enfrente de un hombrecito de tipo indígena, cabello blanco y expresión seria y enérgica. Conversamos, y resultó ser el General Eloy Alfaro, hombre de una pieza que jamás conoció el miedo y que murió despedazado en las calles de Quito, como pudiera haberlo sido entre la más feroz de las tribus apaches. El otro fue el general Leonidas Plaza, cuya conversación vulgar e insustancial me causó tan mala impresión, que cuando me aseguró que después de Eloy Alfaro él sería Presidente del Ecuador, no pude menos de reírme de semejante audacia. La Historia nos proporciona despampanantes sorpresas: Plaza llegó a ser presidente del Ecuador.

Recuerdo que conversando una vez con don Mauro Fernández me dijo riendo: “¿Qué te parece? Rafael Yglesias me ha asegurado que llegará a ser Presidente de Costa Rica y sin robar llegará a ser rico”. Y así sucedió, aunque lo de la riqueza no puedo asegurarlo.

¡Querer es poder! Una voluntad enérgica puesta al servicio de un ideal puede realizar milagros que, para quienes ignoran la psicología de los hombres de acción, parecen utopías.

Estaba yo en Alajuela cuando el astuto Ministro de la Guerra don Rafael Yglesias, le birló la presidencia al candidato de la Unión Católica, don José Gregorio Trejos. El general Plaza, comandante de Alajuela, recurrió, para obtener el triunfo, a un expediente que no podía fallar: encerró en el cuartel a los electores y les obligó a firmar un pagaré por dos mil colones que haría efectivo si el interesado no votaba por Yglesias.

Yo vi a los infelices campesinos salir del cuartel entre dos soldados para ir a votar al Palacio Municipal que estaba enfrente y en cuya acera la tropa presentaba la bayoneta a todo el que intentaba acercarse.

Hubo un rasgo espartano que la prensa calló, como calla casi siempre todo lo noble y patriótico para dar lugar a la noticia corruptora y al procaz insulto. La mujer de uno de los electores, rompiendo la valla de soldados, se presentó en la sala de la votación y dijo: “Mi marido está encalabozado, porque no quiere firmar un pagaré; pero yo traigo su voto en favor del Lic. Félix Montero”. Excusado es decir, que no se lo recibieron y que la sacaron del salón con la policía. ¡Cuánto siento haber olvidado los nombres de ese par de patriotas!

## XII. DIRECTOR DEL LICEO DE COSTA RICA

Cuando el presidente Yglesias concurrió al certamen de que atrás hice mención, me expuso su propósito de suprimir los colegios de segunda enseñanza en las provincias y de dejar solamente el de la capital. En vano recurrí a todos los argumentos imaginables, entre otros, el de que el vecindario se disgustaría y por política convenía tenerlo contento. El me contestó: “Un colegio se quita como se quita un cuartel. Yo suprimí el cuartel de aquí y nadie dijo nada”.

La idea del señor Yglesias era dar protección decidida a la enseñanza primaria y dejar la secundaria a iniciativa particular o de los Municipios. Después de un cuarto de siglo me he convencido de que el señor Yglesias tenía razón; los colegios han formado una legión de parásitos y un dos por ciento de ciudadanos útiles, mientras que la masa del pueblo permanece en la mayor ignorancia y continúa siendo la máquina formidable que utilizan en su provecho los tiranos.

Me dolía verdaderamente ver morir a un colegio que yo había levantado con tantos afanes y que prometía progresar por la afluencia de alumnos de las otras provincias. Una numerosa comisión de padres de familia y municipales fue a la capital a pedir al Presidente, la conservación del Instituto; pero sus gestiones fueron infructuosas y yo recibí oficialmente la proposición de la dirección del Liceo de Costa Rica. Manifesté mi deseo de servir como simple profesor e indiqué los nombres de otros profesores para el puesto que se me ofrecía, entre ellos el de don Juan Umaña, director del Colegio de Cartago. Insistió el Gobierno en que fuera yo el Director y al fin acepté interinamente.

Creo que nadie ha llegado a ponerse al frente de un colegio, con peores auspicios que yo. Poco antes los profesores presentaron al Ministerio una solicitud para que removieran el Director Interino, mi amigo Francisco Montero Barrantes, a quien se le dejaban las clases de Historia; muchos alumnos querían al estimable profesor y otros me conceptuaban como un tirano. Agréguese a esto que los colegiales en su mayoría eran enemigos del gobierno, y yo, sin darme cuenta de ello, era representante del mismo. Para colmo de males, se contrató el internado con una familia muy distinguida de la capital, de modo que yo tenía a mi cuidado la vigilancia y la responsabilidad, sin provecho alguno para nadie. Ni siquiera pregunté al Ministro por mi sueldo; se me fijó el mismo de mi antecesor, trescientos colones, aunque él cerraba a las 3 p.m. y se iba tranquilamente a su casa, mientras que yo no podía salir por las tardes ni por las noches, ni los domingos, temeroso de

algún desorden. Y me asistía sobrada razón para ello: las familias que no podían sacar partido de hijos mal inclinados o rebeldes, se apresuraron a llevarlos como internos al Liceo, convirtiéndolo en casa de corrección. Se dio el caso de un joven que tenía una querida y a quien su padre llevó como interno; poco después se presentó la mujer a solicitar plaza de lavandera; pero descubrí el pastel y avisé a la familia encargada del Internado para que no recibiera a la solicitante. El joven trató de escaparse por las noches y habiendo sido sorprendido, ordené su expulsión. Y aquí viene lo bueno. El Ministro era pariente cercano del culpado y se negó a aprobar su expulsión que sólo fue ratificada por su sucesor al año siguiente, aunque yo la hice efectiva, separando desde el principio al inmoral alumno.

En los dos primeros días de clase el Inspector don Juan Umaña, me hizo ver que era imposible establecer la disciplina, que estaba del todo relajada. En efecto, los alumnos entraban en las aulas con el sombrero puesto, empujándose y gritando, y los profesores no podían dar sus lecciones por la algazara de la clase.

Al día siguiente ordené que todos los colegiales se quitasen el sombrero en la puerta de la calle, los formé en filas y los obligué a entrar en las aulas marcando el paso, medida que acabó de recrudecer la mala voluntad que me tenían los grandes. Como estaban acostumbrados a llegar tarde, media o una hora después de la reglamentaria, hice cerrar la puerta a las siete y diez. En los primeros días dos hijos de don Mauro Fernández hicieron escándalo en el recreo y Modesto Martínez habiendo llegado tarde, entró por una ventana. Expulsados por quince días, don Mauro se enojó y protestó por la prensa contra mi régimen dictatorial, alegando que el señor Schönau no había expulsado a ningún alumno. Le probé con documentos de las actas del Consejo que dicho señor había expulsado a más de sesenta.

Con la supresión de la Preparatoria se aglomeraron en el Liceo ciento dos alumnos de primer año, y aunque hice ver al señor Ministro que esto era un absurdo pedagógico, me contestó que por economía no era posible dividir tan considerable grupo en dos secciones.

Solicité cincuenta fusiles Remington y mil cartuchos para los ejercicios militares y de tiro al blanco; y el día en que iban a distribuirse las armas, llegó mi antiguo alumno de Alajuela, Juan Alfaro V. a avisarme que los grandes preparaban una sublevación a las doce m., hora de la clase de milicia. Apenas almorcé me dirigí al patio en donde estaban ya formados unos cincuenta alumnos de 17 a 20 años, armados de fusiles. El profesor Montandón estaba nervioso, pues advertía algo insólito en la fila. Me coloqué en la cabeza de ella y tranquilamente, con las manos en la espalda, pasé revista, alineando con el codo a los estudiantes. El último de la fila se sonrió y entonces volviéndome al profesor le dije: “Mande este alumno arrestado una hora, porque en la fila ni se habla ni se ríe”.

La clase transcurrió sin incidente alguno y entonces me convencí de que en la juventud costarricense no está muy desarrollada la más esencial de las virtudes ciudadanas: la firmeza de carácter. Un periodista (entre nosotros cualquiera que publica a su costa una hoja de disparates se llama periodista) a quien no quise dar empleo en el colegio, comenzó a atacarme en una serie de gacetillas a las que puse término revelando el motivo de la hostilidad del autor.

Logré implantar la disciplina, aunque a pesar mío tuve que recurrir a medidas extremas; y durante los cinco años de mi dirección me esforcé en enseñar a mis discípulos que la libertad no consiste en el desorden ni en la insubordinación, sino en el respeto de la ley.

La labor de 1895 fue seria; así pueden atestiguarlo las honorables personas que integraron los tribunales examinadores. Pero como suprimí el acto público, en vista del espíritu revolucionario de los alumnos, el Ministro se manifestó disgustado. En febrero de 1896 dicho funcionario, descontento de la marcha del internado, resolvió que lo administrase directamente el gobierno (como debiera haberse hecho desde el principio) y pensó en un primo suyo para ecónomo.

Varias veces fui a su despacho para que obligase a la familia encargada anteriormente del internado a entregar por inventario el menaje recibido, y para que él nombrase inmediatamente el nuevo administrador. Dos días antes de abrirse el curso, un sábado, nombró al fin el ecónomo quien se presentó en el Liceo en momentos en que partía yo para Alajuela a formalizar la venta de un terreno. Dije entonces al primo del señor Ministro que hiciese un inventario y le dejé lista de lo que debía comprar, encargándome de traerle de Alajuela un cocinero negro que me sirvió allá. El domingo por la mañana, después de haber despachado de Alajuela al cocinero, dándole dinero mío, recibí del señor Ministro un telegrama concebido en estos términos (lo conservo): “Extraño mucho que se haya ausentado sin permiso mío. Si el internado no se abre mañana es culpa suya”. Al cual contesté: “Si el internado no se abre mañana, es culpa sólo de usted. No estoy acostumbrado a que nadie me hable en ese tono. Busque otro Director”.

En la tarde llegué a San José y encontré que todo estaba listo para abrir el internado. Al día siguiente fui al Palacio a entregar la Dirección, pero el señor Ministro, después de cumplidas explicaciones, se negó a aceptar mi renuncia. Y me prometió acoger sin reparos las infructuosas solicitudes que en bien del Liceo, había yo hecho anteriormente.

En la fiesta de la inauguración del Monumento de la Guerra del 56, en el Parque Nacional, los alumnos del Liceo, elegantemente uniformados, llamaron la atención por su severa disciplina, aunque los profesores ni yo los acompañamos, pues estaban bajo el mando militar del profesor Montandón.

En el curso de 1896 se mostró el Ministro menos autoritario que en el anterior. Habiendo yo separado por un mes a cuatro alumnos, pertenecientes a las principales familias de la capital, por faltas repetidas contra el Prof. de Inglés, los culpados dijeron a sus compañeros que pronto volverían al Liceo, pues sus padres habían hablado con el señor Ministro. En efecto, éste se presentó dos días después en mi oficina, acompañado de los expulsados, y me dijo que ellos estaban dispuestos a portarse mejor y que me rogaba que los aceptase. Mi contestación fue la siguiente: “Siento mucho no poder complacer a usted; pero estos jóvenes han sido separados por un mes, y antes de un mes no volverán al Liceo”.

El señor Ministro entonces se volvió a los alumnos y les increpó duramente. Total que cumplieron su mes de expulsión y se salvó la disciplina. Entre ellos estaba un joven que años más tarde fue Sub-Secretario.

No quiero entrar en detalles sobre mi labor realizada en el Liceo de Costa Rica de 1895 a 99, pues en las memorias respectivas constan mis informes, los de los tribunales examinadores y las reformas propuestas por mí, como las del plan de estudios, la supresión de los exámenes, la fundación de colonias de vacaciones, etc.

Lo que más obstaculizaba una labor tranquila y fructuosa en el Liceo, era la actitud abiertamente hostil de los alumnos hacia el gobierno del señor Yglesias, fomentada por algún profesor. Yo guardé siempre mi actitud correcta de Director: prohibí dentro del Liceo toda discusión política y el uso de divisas, y tengo la satisfacción de declarar que mis órdenes se cumplieron estrictamente. Cuando el señor Yglesias trató de reelegirse y suspendió el orden constitucional, el profesor don Elías Jiménez atacó abiertamente la medida en su clase de Química, sin reparar en que entre sus alumnos estaban un hermano del señor Yglesias y dos alumnos civilistas que fueron a quejarse ante mí. Como el profesor se había ya retirado, le dirigí una nota en la cual le prohibía tratar de asuntos políticos en clase, nota que, como protesta, el profesor puso en el tablero para que la viesan sus alumnos. A la una p.m. el Presidente nos envió a llamar y me pidió cuentas de lo ocurrido: entonces le dije que el profesor allí presente podía informarle mejor, y después de una escena algo violenta, el señor Yglesias nos expuso las dificultades de su gobierno y el móvil patriótico que inspiraba su conducta, dejándonos casi convencidos. A fines del año, sin embargo, nos destituyó a todos, en circunstancias que más adelante expondré.

Don Rafael Yglesias, a quien tuve ocasión de tratar antes de verle en el solio presidencial, es uno de esos hombres nacidos para mandar. Desde muy joven era él quien ordenaba en su casa más que su padre y por su energía, su amor al orden y su moralidad, su familia le respetaba y obedecía. Inteligencia despejada y sutil, aunque no muy bien nutrida de conocimientos científicos, posee una intuición clara y profunda de los hombres y de las cosas, un tacto político y un don de gentes admirable que habrían hecho de él el gobernante ideal si no le dominara el afán de decir la última palabra en todos los asuntos. A pesar de la admiración que por él sentía y de las atenciones de que por parte suya fui objeto, no voté por él en ninguno de sus períodos. Soñaba yo para mi patria con un gobierno de democracia y de libertad, dirigido no por la voluntad de un solo hombre, sino por la opinión pública. Después por triste experiencia he adquirido la convicción de que nuestro pueblo no tiene aún la preparación cívica necesaria para un gobierno autónomo, y de que por ahora lo que nos conviene, mientras conseguimos hacer pueblo, es una dictadura benévola y progresista, honrada y enérgica, que impulse con mano firme a la nación y la lleve de la mano hasta que pueda marchar sin apoyo. Triste es confesarlo, pero es la pura verdad. ¿Quiénes forman hoy nuestra república? Trescientos mil analfabetos a quienes se utiliza como una máquina para los más sórdidos intereses políticos; algunos millares de honrados artesanos casi sin instrucción, que constituyen la mejor palanca de los ambiciosos, pues se les engaña y arrastra con unas cuantas frases oratorias y falsas promesas; y unos dos millares de explotadores, hábiles en sacar partido de las masas inconscientes. Los pocos centenares de ciudadanos patriotas y conscientes, dispersos por todo el país y ahogados bajo el alud de la masa inerte, se revuelven y claman en vano sin ser oídos y sin poder aunar sus esfuerzos ante el irresistible tormento del rebaño que todo lo atropella a su paso. Yo heredé de mi padre, –hijo de la más libre de las repúblicas– un amor a la independencia,



a la libertad y a la patria que los muchos años de sujeción administrativa no han conseguido hacer desaparecer. Como empleado, en vez de incensar a los gobernantes, siempre señalé los defectos, los vicios y los abusos para ponerles remedio.

El deseo de elevar a mi patria, de verla ocupar un lugar entre las naciones cultas, me hizo siempre exagerar mis críticas y me atrajo multitud de ataques y enemistades. ¡Qué cómodo y provechoso habría sido para mí declarar anualmente en mis informes que nuestros gobiernos se desvelan por la cultura, que nuestras escuelas no dejaban nada que desear y que en materia de enseñanza, ocupábamos en el mundo el segundo lugar, como decía un informe de la Inspección General de Enseñanza (creo que en 1897)! Nunca pensé en las personas ni me guió en mis críticas interés personal alguno: mi celo, nacido de mi devoción profesional, fue mal interpretado por muchos y desde entonces comencé a probar las amarguras destinadas a los que procuran el bien general y a los que dicen la verdad desnuda. Yo no he nacido para odiar sino para amar: no hay para mí mayor satisfacción que ver felices a los demás, y desde muy niño uno de mis mayores placeres era dar de comer a los animales. Cuando estudiante, ningún rey me entusiasmaba tanto como Enrique IV, porque decía que su anhelo era ver que “todo francés pudiera cada domingo echar en su olla una gallina”. ¡Cuántos planes forjé de joven para cuando llegase a ser millonario! Casas higiénicas para obreros, un barrio para viudas de maestros, hospicios y hospitales. ¡Ver a todo el mundo libre de la miseria, sin pensar en el hambre ni en el frío; no oír llantos sino risas, no ver vicios sino trabajo, fraternidad y paz...!

En cambio, objeto de una saña que entonces no logré explicarme, comencé a ser víctima de ataques violentos, tuve que responder a agresiones y entablar numerosas polémicas. Hago constar que yo fui siempre el atacado y no hice más que defenderme. Si en la contestación hubo algo de rudeza, culpa fue de mi pluma, que pronta a sostener las causas justas, sabe también irse a fondo cuando la provocan. Jamás he solicitado directa ni indirectamente ningún puesto en la enseñanza: he aceptado los que se me han ofrecido y que podía desempeñar. Nunca he visitado a ningún Presidente ni he concurrido a ninguna ovación, ni tomado champaña en la casa presidencial: sólo a un mandatario he felicitado, a don Ricardo Jiménez, porque su triunfo me pareció el de las instituciones republicanas; pero después eché de ver mi error, pues a quien debiera haber felicitado fue al Lic. González Víquez, quien se abstuvo de hacer presión en las elecciones. A don Federico Tinoco, de cuya esposa soy primo, le manifesté mi aprobación por haber puesto término, aunque de modo poco recomendable, a un Gobierno ilegal y arbitrario hijo de una vergonzosa componenda política que pisoteó nuestras libertades confinando a tres periodistas a un clima mortífero, violentando descaradamente las elecciones de diputados y disponiendo del Erario en provecho de su familia. Jamás visité al señor Tinoco en sus treinta meses de administración (de la cual hablaré más adelante), a pesar de que yo fui al principio su candidato para el Ministerio de Instrucción Pública, al decir de los periódicos. Al Lic. don Claudio González Rucavado expresé mi resolución de no aceptar aquella Secretaría, pues siempre he mirado con aversión todo lo que se relaciona con la política, prefiriendo a los altos puestos mi humilde misión de educar a la juventud. Ni un momento he desatendido este deber: en las épocas más difíciles, como cuando el Sr. Yglesias y su Subsecretario Facio dieron de alta a algunos de mis alumnos del Liceo y los obligaron a asistir a clases y aún a graduarse de bachilleres con uniforme de soldados rasos, no desperdiqué ocasión en mis clases de Literatura para infundir

en mis discípulos el amor a la libertad bien entendida y para formar su conciencia de ciudadanos. Tanto es así, que algunos alumnos como Leonidas Briceño iban a mi casa para que les corrigiese sus artículos políticos, que sacaban de sus casillas al Ministro.

Dentro del colegio era yo el jefe imparcial; fuera, el amigo y guía de mis alumnos.

Al Sr. Tinoco no debí sino atenciones recibidas indirectamente por medio del Ministerio, después que renunció mi enemigo y discípulo Brenes Mesén; sin embargo, ni un solo instante dejé de llamar la atención de la juventud sobre nuestra corrupción política, como puede verse en mis artículos sobre la Escuela Normal en 1917, la conferencia que en el mismo año di en el *Centro Bohemia*, mi novela *El árbol enfermo* y mi trabajo sobre *Educación Nacional*, cuya primera parte se publicó en Noviembre de 1918 y la segunda en Abril de 1919, cuando casi todos los *patriotas* callaban prudentemente.

Un día (creo que fue en 1898) me citó el Secretario de Instrucción Pública para ir a su casa a las siete de la noche. Acudí puntualmente; pero me dijo que fuera al día siguiente al Ministerio, pues se había excedido algo en la comida y no se sentía bien. Fui al siguiente día a su despacho, y con mil rodeos me dijo que según mi informe de 1896, yo deseaba dejar la dirección del Liceo, que el Gobierno veía con malos ojos la orientación literaria del establecimiento, debida a mi influencia como literato, etc., etc.; que el Ministerio tenía entre manos una combinación difícil, en la cual yo podría ayudarle si me quedaba como profesor con el mismo sueldo de dirección, añadiendo, que el nuevo Director era amigo mío, aunque no podía todavía darme su nombre, pero que siempre acataría mi opinión. Le argumenté que yo más bien trataba de apartar a los estudiantes de la senda literaria, ridiculizando a los que no manifestaban aptitudes; que esa inclinación estaba en la sangre, pues los alumnos llegados de las escuelas redactaban ya dos periódicos manuscritos que prohibí; y que no tenía inconveniente en seguir como profesor si el nuevo Director era tal como él me lo describía.

Al salir del despacho me llamó el Oficial Mayor don Manuel Monge e indignado me cantó que todo se reducía a que el Sr. Ministro deseaba deshacerse del Inspector General de Enseñanza don Miguel Obregón, a la sazón en Chile, para poner en su lugar a don Buenaventura Corrales.

Pocas semanas más tarde regresó el señor Obregón y al saber lo que pasaba se negó a aceptar la combinación, aunque el Sr. Ministro le ofreció un sueldo de ¢ 400 por la Dirección del Liceo. A fin de mes fui a ver al Ministro y le dije que tenía mi oficina lista para entregarla al sucesor. “El Director es usted” –me dijo. “–¡Cómo! ¿y lo que hablamos hace un mes?”. “–No se pudo hacer la combinación; de modo que le suplico seguir en su puesto” “–No tengo inconveniente, pero con dos condiciones: primera, que Ud. me dé por escrito una explicación de que su propuesta no obedecía a que el Gobierno estaba descontento de mis servicios; segunda, que se me pague el sueldo que Ud. ofreció a esa *otra persona*, porque si nunca he reclamado en esta materia, no sería decoroso ganar menos”. “–Es muy justo”– replicó, y se puso a escribir la satisfacción que conservo.

Según me contaron después, mientras el Presidente Yglesias andaba en Europa, se trazó en el Ministerio el plan siguiente: traer de Chile un Director para la Escuela Normal, apalabrado ya por el Sr. Obregón, y dar la Dirección del Liceo al Sr. Facio, cuya hermana se encargaría del internado.

Vino el señor Salinas y regresó el señor Yglesias, quien desaprobó lo hecho y resolvió que el profesor chileno se encargara de la Dirección del Liceo con un cuerpo de profesores constituido por los jóvenes que habían ido años atrás como bequistas al Pedagógico de Santiago. A todos los profesores del Liceo nos trasladaron al Colegio de Señoritas, exceptuando al de Francés don Luis Charpantier, quien por ser amigo del señor Facio, continuó en su puesto.

En el Colegio de Señoritas, dirigido por Miss Marian Le Cappellain con esa seriedad característica de los educacionistas ingleses, trabajé por espacio de cuatro años para mí inolvidables, tanto por la tranquilidad de que allí disfruté y que no conocí en mis seis años de Dirección del Liceo, como porque las alumnas me profesaban sincero cariño. Ensayé allí un nuevo procedimiento para la enseñanza del Castellano: en el Primer Año practiqué ejercicios de vocabulario con varios cuadros, y así por ejemplo, tomando uno de Hoetzel, El Verano, enseñé a las alumnas los nombres de las cosas en él contenidas. En el Segundo Año leímos modelos literarios referentes a los mismos asuntos, como un trozo del *Idilio* de Núñez de Arce que coincidía admirablemente con el cuadro atrás citado. En el Tercer Año las alumnas componían sobre temas semejantes, para lo cual disponían del vocabulario suficiente y del modelo. El resultado superó a mis esperanzas. En un examen practicado creo que en 1902, propuse al tribunal que diera un tema de composición y se señaló un naufragio, y aunque las alumnas no habían presenciado ninguno, hicieron trabajos que no vacilé en calificar de admirables y que discutieron entre ellas en presencia del tribunal. Hubo composición de ocho páginas sin una sola falta de ortografía ni de gramática y escrita con una elegancia que hoy en vano se buscaría entre los trabajos de los estudiantes del Liceo.

Lidia Foster, Heloísa Bonnefil, María Alfaro, Fidelina Brenes, Delfina Collado, María Isabel Carvajal, Elena Mata y otras muchas alumnas que sería prolijo citar, fueron mi orgullo de maestro.

En 1900 comencé a escribir un drama nacional, destinado a interesar a la juventud en el estudio de la historia del país. Don Eduardo Cuevas, fundador de la Escuela de Música, me propuso convertirlo en zarzuela y así se hizo. El 24 de noviembre se estrenó la obra, y aunque la compañía era pésima, el entusiasmo del público fue indescriptible. Las localidades se vendieron a doble y aún a triple precio, no obstante lo cual hubo lleno completo. Atribuyo los aplausos y frenéticas demostraciones del público a la presencia de muchos antiguos discípulos. La obra se representó ocho veces en la capital y en provincias; pero la prensa se mostró injusta con el músico señor Cuevas. La obra de este artista se ha perdido; en cualquier país civilizado el Gobierno la habría adquirido para el archivo del Teatro Nacional; en el nuestro, se permitió que la viuda del músico la vendiera por partes. ¡Y luego se habla de la cultura del pueblo costarricense!

Si yo fuera vanidoso, habría tenido motivo para serlo entonces, cuando vi a enemigos gratuitos míos, como el poeta Soto Hall, dedicar largos artículos a la obra e ir a visitarme y a felicitarme calurosamente. La *Prensa Libre* me dedicó un número especial con artículos de mis discípulos Leonidas Briceño, Ramón Zelaya, García Monge, Yoyo Quirós, y otros, además congratulaciones de cada uno de los Cursos del Liceo de Costa Rica. Pocos días más tarde el Gobierno adoptó mis libros de lectura para las escuelas –*El Lector Costarricense*– y dispuso que fuera yo a España a imprimirlos, en compañía de don Manuel Monge C., en calidad de fiscal. No quiero decir el papel que en todo este asunto desempeñó mi detractor el Subsecretario Justo A. Facio.

Mi viaje fue resuelto de un día para otro, gracias a las gestiones que ante el Presidente Yglesias hicieron su tío don Francisco María Yglesias y mi discípulo Ramón Zelaya.

¡Ir a Europa! ¡Mi sueño dorado, la aspiración de toda mi vida! Me pareció mentira cuando dos días más tarde veía alejarse de las costas patrias el vapor *Labrador*.

¡Tres meses en España –en Santander, Bilbao, Zaragoza y Barcelona– en donde pude apreciar en todo su valor el carácter hidalgo de la raza hispana, perdido en ciertos lugares de América al contacto de pueblos indígenas; un mes en París –alma intelectual del mundo– de donde no se quisiera salir nunca cuando se saborea el perfume de su vida intensa y divina; quince días en los Estados Unidos, suficientes para apreciar las diferencias entre las civilizaciones latina y sajona, aquella tan eminentemente sensitiva, generosa y altruista, ésta tan profundamente egoísta, localista y práctica! Y luego el regreso a la madre patria, en donde me esperaban una amante esposa y una niña de un año, sobrina recogida al nacer, a quien miraba como hija propia.

Al llegar a Puerto Limón se anunció mi llegada a mis antiguos alumnos del Liceo de Costa Rica; y esa noche, después de cenar con mi familia, se presentaron los antiguos discípulos y uno de ellos –Rubén Coto– me ofreció la manifestación a nombre de sus compañeros.

Al día siguiente estallaron sublevaciones en el Liceo, con muertes a Chile y disparos de bombas; tuve que ir en coche al Colegio de Señoritas, pues grupos de muchachos me vivaban en las esquinas. Me vi obligado a llamar a los cabecillas y prohibirles que usasen mi nombre para sus manifestaciones subversivas, diciéndoles que me perjudicaban con su conducta y que nada obtenían, puesto que yo estaba firmemente resuelto a no aceptar la dirección del Liceo durante esa administración. Se consiguió aplacar a los liceístas mediante un paseo al Río Grande, y yo lo celebré porque no deseaba ver mi nombre mezclado en tales asuntos. Mis discípulas del Colegio de Señoritas me recibieron con tal cariño, que me apenó de veras, porque tales muestras de simpatía fueron dadas delante de mi sustituto el conocido poeta colombiano Isaías Gamboa. Por eso éste en un artículo publicado después de su partida, dijo que yo era el profesor más querido en Costa Rica. Mi infortunado amigo Manuel Argüello de Vars, redactor de *El Fígaro*, me pidió algo para su periódico; y habiéndole enviado un trabajo sobre Educación Centroamericana, que no se refería precisamente a Costa Rica, mi eterno enemigo Justo A. Facio salió a la palestra con una serie de artículos virulentos, en los que, sin tocar la cuestión científica, se desató en ofensas personales. Lo que no impidió que algunos meses después, cuando Brenes Mesén atacó duramente la enseñanza y en particular a don Miguel Obregón, Inspector General, Facio propusiera que se nombrase una comisión para reorganizarla, y entre las personas designadas *estaba yo*. Júzguese de la buena fe de mi detractor.

Cuando llegó al poder don Ascensión Esquivel, impuesta por el dictador Yglesias, razón por la cual yo no quise darle mi voto, su Ministro de Instrucción Pública, el Lic. Leonidas Pacheco me llamó a su despacho y me trató con una deferencia que agradecí, diciéndome que fuera a verle con frecuencia; pero a poco su actitud para conmigo varió notablemente, sin que yo acertara a explicarme el motivo. Sin embargo, cuando en el Congreso se atacó rudamente la labor de Instrucción Pública, el señor Pacheco, creyéndome infundadamente inspirador de la Comisión

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

del Ramo, me prodigó en plena sesión elogios que me avergonzaron, y entonces me di cuenta de que el empeño de muchos maestros e inspectores para que asistiera a dicha sesión tenía un fin interesado. ¡Ah! Si el doctor Benjamín de Céspedes autor del dictamen que tanta conmoción provocó en las esferas oficiales y que los diputados no supieron defender debidamente, me hubiera consultado, yo habría podido suministrarle datos suficientes para probar que aún se había quedado corto en las apreciaciones hechas por él acerca de nuestras escuelas y colegios. Mis aplausos a las razones del diputado don Rafael Rodríguez –en cuyo lugar habría yo deseado estar– para combatir los sofismas del Ministro Pacheco motivaron una reprimenda del Presidente del Congreso –don Ricardo Jiménez– para las barras, y una reprobación general de mis compañeros de banco, los de la Inspección General. Comprendí que desde entonces, estaba yo oficialmente perdido. En efecto, al año siguiente el Lic. Pacheco comenzó a obstaculizarme directamente, reduciendo progresivamente mis sueldos en el Colegio de Señoritas. Un apasionado informe que el señor Facio publicó sobre exámenes que presencié en el Colegio de Señoritas, provocó una protesta de mi parte; la polémica se renovó con mayor intensidad; y yo, comprendiendo que mi presencia no era grata para el Gobierno, acepté una proposición del Gobierno de El Salvador, y sin decir nada a nadie me embarqué a bordo del *Newport*, en enero de 1904.

AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## SEGUNDA PARTE (1904- ..... )

### I. CUATRO AÑOS EN EL SALVADOR

Al distinguido Dr. don José Dolores Corpeño, Cónsul de la noble nación en donde encontré consideraciones y afectos que nunca hallé en mi patria.

C. Cagini

Una tarde de enero del año 1904 contemplé desde la cubierta del *Newport*, el puerto de Puntarenas que se escorzaba ante mis ojos entristecidos, hasta esfumarse en la lineal desigual y azulada de las montañas costarricenses. Don días antes no pensaba yo en tal viaje: había recibido una proposición de la Municipalidad de Cartago para dirigir el colegio de aquella provincia y casi simultáneamente otra del gobierno de El Salvador que me invitaba para fundar un Liceo en la ciudad de Santa Ana. Contesté por telégrafo a este último diciendo que tenía aquí una buena propuesta y necesitaba saber condiciones.

—¿Por qué no vas mejor allá y arreglas eso personalmente?— me dijo mi esposa siempre resuelta y efectiva como buena nieta de dos generales.

—Porque no tengo un céntimo y debo unos mil colones.

Salió sin decir palabra y a la tarde volvió con el dinero, que había pedido a un tío suyo. Así fue como al día siguiente iba yo camino del puerto, en busca de una tierra más hospitalaria en donde poder ganarme la vida sin amarguras, ¡Qué doloroso es dejar en tales condiciones la patria! Nadie fue a despedirme en la estación, nadie me acompañó al muelle; y a bordo de aquel barco que me conducía a lo desconocido, contemplaba aquellas playas, en donde quedaban los seres queridos, mi pasado y mis recuerdos. ¿Volvería alguna vez a ellas? ¿Estaba destinado a perecer en un país extraño como mis antiguos profesores Bertoglio, Romero y Torres Bonnet víctima de la ingratitud de mis paisanos? ¿Hallaría en la tierra cuzcatleca trabajo y buena acogida o me vería forzado a continuar mi peregrinación? De todos modos estaba resuelto a no volver a Costa Rica durante una Administración que me había hostilizado sin motivo alguno.

Afortunadamente encontré a bordo a una comprofesora del Colegio de Señoritas y en Corinto se embarcaron el doctor Irías y su señora, paisana mía, y la compañía de tan amables personas disipó un tanto mis lúgubres pensamientos.

Aquella navegación a lo largo de la costa centroamericana, por un mar apellidado con tanta propiedad *Pacífico*, no ofrece las emociones de las grandes travesías, como la que efectué cuando fui a Europa navegando ocho días en medio de un ciclón; pero tampoco presenta esa insoportable monotonía de un mar y un cielo siempre iguales, sin nada que desvíe el curso de una preocupación. Sin perder nunca de vista la tierra, cuando uno va hacia el norte desde Puntarenas ve desarrollarse como cinta cinematográfica una serie de volcanes cónicos, de picachos irregulares, extensiones casi planas, ensenadas en donde rocas de colores se adornan constantemente con níveos festones de espumas; islotes, arrecifes, inmensas manchas de sardinas que forman un incesante hervidero sobre el cual se ciernen trillares de alcatraces, gaviotas y gavilanes marinos; y todo esto iluminado a mediodía por un sol rojizo y abrasador, y de tarde por espléndidos celajes que no tienen rival en ninguna parte del mundo.

Y cada día un nuevo puerto y en él nuevos aspectos de poblaciones, nuevos tipos de diversas razas, diferente lenguaje y hasta distintas formas de lanchones de carga, como son también diferentes los artículos comerciales que los botes vienen a ofrecer a los pasajeros y las monedas con que se ajustan los tratos.

Parece mentira que a tan corta distancia haya tal variedad de aspectos nacionales y esta observación hace meditar sobre los tropiezos para realizar la anhelada “Unión Centroamericana”. Aisladas entre sí las cinco repúblicas, como si sus gobernantes se hubieran propuesto deliberadamente cortar todo género de relaciones con sus vecinos, los cinco pueblos han crecido aparte, en medios diferentes, adquiriendo especial fisonomía que los hace aparecer como extranjeros el uno para el otro. Luego la maldita política, la criminal ambición de tiranuelos sin escrúpulos que no han vacilado en desencadenar guerras fratricidas a fin de perpetuarse en el poder y continuar sus inicuas depredaciones. Salvadoreños y guatemaltecos se odian más que franceses y alemanes; nicaragüenses y *ticos* se miran con recíproco menosprecio, olvidando que hace apenas doce o quince lustros que a las universidades de León y Guatemala iban muchos jóvenes de las otras repúblicas a seguir sus estudios profesionales y volvían a sus respectivos países llenos de gratitud hacia aquellas ciudades y conservando toda su vida el recuerdo de los buenos amigos que allá dejaron.

Esta consideración me sugirió un artículo que hace treinta años publiqué en *Guatemala Ilustrada*. En él proponía que cada república fundase una sola escuela profesional montada a la europea – Medicina, Derecho, Ingeniería, Agricultura y Escuela Normal– con veinte o treinta becas para los jóvenes pobres de los otros Estados. De este modo se educarían como amigos los intelectuales llamados más tarde a regir los destinos de sus respectivos países y se encargarían de borrar las fronteras de éstos. ¡Predicar al desierto!

A bordo de los incómodos vapores norteamericanos que constituyen nuestra única vía comercial, se me ocurrieron otras reflexiones no menos desconsoladoras. Nuestros pueblos parecen no preocuparse de lo más elemental, de vivir: miran la existencia como el hindú que desea librarse de ella para hundirse en el nirvana. No tienen ambiciones ni ideales; cualquier cosa les sirve de alimento: si no pueden proporcionársela con un rato de trabajo, la piden o la roban. Tienen también del indostánico esa indiferencia, esa pasividad con que se someten al yugo extranjero:



parecen ignorar la fraternidad, los sentimientos altruistas y generosos que se observan en los pueblos europeos de raza latina. ¿Será resultado del alcoholismo que estos gobiernos fomentan, para procurarse pingües rentas? ¿Deberáse a la mezcla de colonos españoles –en buena parte criminales o aventureros– con pueblos indígenas de feroces instintos? El problema es interesante para los que se dedican a la sociología o a la psicología étnica; yo lo propongo a la consideración de los estudiosos y vuelvo a mi viaje. La víspera de llegar a Corinto pasé casi toda la noche sobre cubierta, con el alma oprimida por lúgubres reflexiones. ¿Qué falta habría cometido yo para verme obligado a expatriarme? ¿No había consagrado toda mi juventud con entusiasmo a la enseñanza? Si mi labor había sido mala ¿por qué me manifestaron repetidas veces mis discípulos su profundo cariño? Nunca me inmiscuí en política. ¿Por qué entonces el Presidente y su ministro me habían hostilizado? No hay pan más amargo que el que va a solicitarse en tierra extranjera; no sonroja, puesto que uno va a ganárselo con su trabajo; pero es una especie de protesta contra la patria y repetidas veces oí en El Salvador censuras acres contra el gobierno que me había obligado a emigrar sin consideración a mis muchos años de servicio.

La llegada a bordo del Dr. Irías y su señora, en Corinto, dispó un tanto mi murria. Él con su ilustración, su talento y exquisita dulzura, y ella con su carácter jovial, inocente y amable, devolvieron a mi ánimo abatido la calma.

No sé por qué a bordo se encuentra generalmente la más curiosa colección de tipos raros o ridículos, como he podido comprobarlo en mis viajes. Esta vez no faltaron. Los esposos Irías, la señorita Leonor Mezerville, ratos divertidos con un joven rico de San Miguel, que volvía a su casa después de diez años de estudios en París, el cual con el mayor desparpajo nos refirió su vida de estudiante y sus amores con una griseta. Había trabado estrecha amistad a bordo con un joven alemán, que no sabía más lengua que la suya, y como el salvadoreño sólo hablaba castellano y francés, fue para nosotros un misterio cómo se entendían, pues se referían largas historias en sus respectivos idiomas y las celebraban con risas. Luego un pasajero, víctima del mareo, empeñado en que yo acusara ante el capitán al médico del barco por haberle envenenado; y un joven nicaragüense que iba a seguir carrera de medicina, a quien le sustrajeron del camarote unos quesos de mantequilla y en toda la travesía no cesó de suspirar por ellos, y todavía en Acajutla, en el lanchón que nos condujo al muelle, murmuraba con tono dolorido “¡Ah, mis quesos!”

Como el Dr. Irías iba con una misión diplomática, en La Unión –a donde bajamos a almorzar– fue recibido por las autoridades del puerto. Era la primera tierra salvadoreña que yo pisaba y al punto me llamó la atención la gran diferencia de tipos, trajes, lenguaje y costumbres con los de mi país. No vi allí la chaqueta tradicional de mis coterráneos: la gente del pueblo gasta saco y cuello postizo. Las casas me recordaron las de las viejas ciudades de España y muchas de las que conocí en San José en mi niñez. Raras son las que tienen vidrieras; pero a ninguna le faltan rejas de hierro o balaústres de madera en las ventanas: los suelos carecen generalmente de entarimado y aún en muchas casas ricas son de ladrillos cuadrados.

Llamo más que todo mi atención el mercado, con frutas variadas y artículos nuevos para mí, como lo eran también sus nombres y las expresiones que se cruzaban entre vendedoras y compradores. Porque es de advertir que en El Salvador consideran como una ignominia que un hombre sano y robusto pase todo el día delante de una cesta de naranjas o chayotes. Las mujeres han excluido totalmente a los varones de los mercados y hasta las carnicerías están en manos de ellas y son ellas las que degüellan y destazan los cerdos. ¿Cuándo se hará lo mismo en Costa Rica, en donde centenares de hombres vigorosos pasan la semana *haciendo que venden*, en lugar de estar cultivando un suelo?

El vapor zarpó esa tarde y en la del día siguiente llegamos a Acajutla. El aspecto del puerto me impresionó desagradablemente. Excepto el hermoso muelle, no se divisaban elegantes construcciones, sino casas diseminadas, de pobre apariencia. Me dirigí a una especie de mercado que había debajo de un puente, para adquirir provisión de tabaco. Pedí como prueba un *diez* de puros y no me entendió la cigarrera: recordé entonces que ahí se trata de *reales*, y por uno de éstos me dieron tantos puros que no me cupieron en los bolsillos. Nueva dificultad con el cambio: entregué medio peso de plata y como la mujer me devolvió tres moneditas, le reclamé el *diez* que faltaba; pero me hizo ver que no eran *dieces* sino *reales*. En la venta cercana pedí un refresco y me preguntaron si quería una *chibola*: hice que la sirvieran para conocerla y me dieron una kola, idéntica a las que en Costa Rica fabrica Traube. El estrafalario nombre provenía de que las botellas se tapaban con una bolita de cristal y cualquier objeto redondo se llama por allá *chibola*.

Mis compañeros y yo nos encaminamos al único hotel del puerto, cuyo propietario era un alemán. Un caserón de madera, destartado y sucio, con los pisos podridos y los tabiques en ruinas: en los estantes de la cantina se veían apenas tres latas de salmón, ennegrecidas por los años, y una botella de aguardiente. No había ningún pasajero. Pedimos de cenar, y después de muchas carreras del acongojado teutón y de una espera de dos horas nos sentamos a la mesa los esposos Irías y yo. Creo que ellos recordarán todavía aquel banquete que nos sirvieron a la luz de dos velas de sebo puestas sobre dos botellas vacías: aquella sopa como agua, aquellos frijoles como balas y aquel salmón antediluviano. Cuando el posadero me enseñó mi dormitorio salí corriendo de aquella fúnebre casa, resuelto a pasar la noche al raso; alguien me dijo que en una casucha frontera daban alojamiento y allá me fui, manifesté mi deseo y me cedieron una hamaca puesta en fila en un amplio cobertizo con otras muchas, como los cois de los marineros. ¡Oh sorpresa! Mi vecino de *cama* se incorporó a mi llegada y reconocí en él a un antiguo amigo, el venezolano Lomónaco, que en Costa Rica redactó conmigo la revista *Pandemonium*. Venía de San Salvador para embarcarse con rumbo al Perú (en donde parece que hizo fortuna) y enterado del objeto de mi viaje me pintó el país con tan negros colores, que en toda la noche no pude cerrar los ojos. Sus últimas palabras me llenaron de espanto: “Le aconsejo como amigo que tome el vapor del Norte y se vuelva a su tierra: éste es un pueblo inculto, envidioso y localista”. Tentado estuve a seguir el consejo de Lomónaco; pero ya he dicho que estaba yo resuelto a no regresar a mi patria hasta que hubiera otro Gobierno.

Al día siguiente en la tarde llegué a la capital, en cuya estación me aguardaban varios compatriotas y algunos profesores salvadoreños. El director de uno de los colegios más renombrados de la ciudad –un joven profesor mexicano llamado don Luis Chaparro– no me permitió hospedarme en el hotel y me dio alojamiento en su casa durante quince días. Muy pocas veces he encontrado en mi vida un hombre tan simpático, un caballero perfecto.

Pocas horas después de mi llegada recibí la visita del Ministro de Instrucción Pública, el doctor José R. Pacas, de quien hablaré más adelante con el detenimiento que merece una personalidad tan conspicua.

El Ministro me enteró de un incidente que me causó verdadera pena: mi telegrama llegó trunco, y creyendo que yo había aceptado la propuesta de la Municipalidad de Cartago, habían nombrado como director del Liceo Santaneco que se iba a fundar, al poeta Carlos Imendia, con quien mantenía yo desde Costa Rica relaciones epistolares. Enterado de mi llegada, el gobierno revocó el acuerdo y nombró a Imendia director del colegio de Ahuachapán. Fui a visitar al poeta y no tuve el placer de encontrarlo. Murió dos o tres años después sin tener yo la satisfacción de frecuentar su trato ni siquiera la de conocerle personalmente.

El doctor Pacas me aconsejó que fuera al día siguiente a Santa Ana para que eligiera uno de los dos grandes edificios capaces de servir para la instalación del colegio. Fui, y en la estación de aquella heroica ciudad me aguardaba el Gobernador don Simón Avilés, quien me llevó en su carruaje a ver los dos locales y a recorrer la población. Elegí el más amplio, un antiguo cuartel de artillería situado a trescientas varas del mercado.

La noche que pasé en el mejor hotel de Santa Ana, ha dejado indelebles huellas en mi memoria. No bien había acabado de cenar (allá el almuerzo es *comida* y la comida de Costa Rica se llama *cena*) a las siete de la noche advertí inusitado movimiento en la fonda. Todos corrían azorados y en breve no quedó nadie en el comedor ni en la cantina. Me dirigí a doña Pepa, la propietaria, una española ya jamona, para inquirir la causa de aquel zafarrancho, creyendo que se trataba de alguna revolución, y con tono malhumorado me dijo: “Es que en el salón está el *General*”.

–¿Cuál general? le respondí extrañado.

Me condujo por un pasillo y al través de una vidriera vi en el salón, a un hombre enjuto, moreno, de mediana estatura, de rostro melancólico, sereno, frío, de mirada penetrante, que hablaba reposadamente, sin ademán alguno. Hacíanle compañía tres caballeros y detrás de su poltrona estaban en pie dos militares: delante había una mesita con vasos y una botella de coñac, y en el corredor pifaba impaciente un soberbio corcel negro. “–Es el general Regalado–” me dijo doña Pepa. Contemplé entonces con curiosidad a aquel hombre legendario, de quien había oído contar tantas hazañas y extravagancias; y aunque su aspecto era el de un modesto maestro de escuela, me sentí contagiado del temor supersticioso del público que llenaba poco antes el hotel y resolví aplazar para más adelante la visita al que era todavía 1904 el verdadero Presidente de El Salvador. En la cantina encontré nada menos que a mi compañero de viaje, el doctor Irías, Ministro de Zelaya, Presidente de Nicaragua. Venía a la *Meca* (como en lenguaje diplomático se designaba entonces a la ciudad de Santa Ana, residencia del *Profeta*), a conferenciar con Regalado; mas al

saber que el derrocador de los Ezetas estaba en la *semana de la copas* (cada mes destinaba unos días al maldito vicio) pidió a doña Pepa una cena y una cama en mi propio cuarto. Comimos y charlamos hasta las nueve y nos acostamos enseguida. A cosa de las doce llamaron a la puerta. Mi compañero dormía profundamente.

–¿Qué se ofrece?– pregunté. Oí ruido de espuelas y de un sable y me contestaron con enérgico tono militar:

–Dígale al doctor Irías que el General Regalado desea verle inmediatamente. Comunicué la orden al interesado, quien se vistió quien se vistió con visible mal humor, se ciñó un respetable revólver y salió refunfuñando.

Regresó agitado al amanecer y me dejó helado con estas palabras:

–Si usted no ha traído todavía a su familia, vuélvase a Costa Rica. Aquí va a ocurrir algo muy serio. Y se puso a escribir rápidamente unos telegramas en clave. Nunca supe lo que pasó en aquella conferencia ni se me ha ocurrido preguntárselo al doctor y general Irías, a quien no volvía a ver allá, si bien supe que él y Regalado fueron al fin buenos amigos.

Regresé al día siguiente a la capital y allí el Ministro me llevó a ver al Presidente Escalón. *Don Pepe*, como le llamaba todo el mundo, aunque físicamente parecido a esos generales franceses viejos, robustos, colorados y de bigote cano, cuyos retratos se encuentran a cada paso en las revistas, era al tratarlo lo menos militar posible. Me recibió cordialmente y sin ceremonias, me aconsejó que redactara inmediatamente mi contrato, pues en aquel país no era raro acostarse con un Gobierno y amanecer con otro, y añadió: “Póngase usted el sueldo que quiera, que por pesos más o menos no peharemos.”

Al día siguiente presenté al Subsecretario, el doctor Nicolás Aguilar, mi proyecto de contrato. El día que fui a Santa Ana oí en el tren una conversación entre una señorita, al parecer maestra, y un caballero joven que se acercó a saludarla.

Se lamentaba ella de que hubiesen trasladado a Imendia a Ahuachapán para dar la dirección del Liceo que se iba a fundar a un extranjero con el sueldo de *ochocientos pesos*. Él hizo un cumplido elogio mío, mientras yo sonreía para mis adentros pensando en la sorpresa que tendrían ambos si yo les dijera mi nombre. No fue esta la última vez que en el tren o en lugares públicos oí hablar de mi humilde persona; hay pocas cosas que causen más placer que el escuchar los juicios sinceros de la gente. ¡Tan acostumbrados estamos a las mentiras convencionales, a las adulaciones que nos dirigen los que a nuestras espaldas nos muerden!

Aquel diálogo fue una excelente lección para mí. Sabiendo que el director del Instituto de la Capital ganaba doscientos cincuenta pesos plata, en mi contrato me fijé como sueldo doscientos, aunque nadie advirtió que yo ganaba además ciento cincuenta como profesor. Ocurrió entonces lo de siempre: los mismos que en Santa Ana murmuraban porque yo había sido contratado por la

enorme suma de 800 pesos mensuales (según me contó mi paisano el excelente amigo Guillermo Quirós) cuando se publicó mi contrato fueron al colegio a decirme que eso no sería posible, que yo no podía abandonar mi patria por tan exigua suma.

La aprobación del dichoso contrato demoró quince días, por culpa del Subsecretario, el sabio Dr. D. Nicolás Aguilar. Todavía me parece verle con su espalda encorvada, su larga levita y su andar lento y reposado que nada ni nadie podía apresurar, Tipo perfecto del temperamento apático puro, don Nicolás no tenía ojos ni corazón sino para las ciencias naturales: carente de la energía de los caracteres activos, todo lo dejaba para mañana, y a no ser por la intervención del Ministro Pacas mi contrato no se habría formalizado nunca.

El Gobierno se mostró generoso en extremo; en lugar de las seis becas que yo proponía estableció diez, número que se elevó más adelante a veinticinco, aunque yo por consideración a la penuria del erario y por temor a que me juzgasen como un comerciante de la enseñanza, nunca tuve más de quince bequistas. El gobierno me daba, además, habitación, muebles, alumbrado, vajilla y pagaba los criados. Tuve como máximo 45 internos, aunque hubiera podido tener más de ciento, pues de todos los departamentos acudían padres de familia a poner a sus hijos y se disgustaban porque yo les decía que no había lugar. Sí lo había, pero el temor de que he hablado y el deseo de no molestarme mucho con la vigilancia de tantos alumnos, me hacían rechazarlos. Si yo hubiese querido hacer negocio, estaría rico, pues cada interno dejaba una utilidad mínima de quince pesos, dándoles excelente alimentación. En los cuatro años que dirigí el colegio me quedaban mensualmente unos mil colones enteramente libres; sin embargo, cuando regresé a mi patria, en lugar de cuarenta a cincuenta mil colones, traje apenas cinco mil, como referiré más adelante.

El lector me dispensará que en la relación de mi estadía en El Salvador sea algo minucioso; pero a ello me induce en primer lugar mi gratitud hacia aquel pueblo generoso que endulzó la amargura de mi ostracismo, y en segundo lugar mi propósito de dar a conocer entre nosotros algo de la vida íntima y de la psicología de la noble nación cuzcatleca.

Yo, que acostumbro decir la verdad sin ambages ni miramientos, no vacilo en declarar que la juventud salvadoreña vale más que la nuestra, si no por su inteligencia, sí por su disciplina, su carácter, sus prendas morales y aún por la cultura de su lenguaje y sus maneras.

Enojoso e interminable sería relatar todo lo ocurrido en los cuatro años que dirigí el colegio; mas, por lo que pueda interesar a los maestros, no quiero pasar en silencio ciertos procedimientos que allí puse en práctica. Exigí, ante todo, el aseo y ornamentación del edificio. En los corredores se colocaron cuadros al óleo o cromos, y bustos de yeso. Un día en la puerta de un aula encontré una porción de pedazos de papel: entré en la sala y pregunté quién los había arrojado (en esos cuatro años *jamás* negó ningún alumno su responsabilidad). Un niño se puso de pie y me dijo: “Yo fui”, mientras sus camaradas se ponían pálidos, esperando que le impusiera un fuerte castigo.

–“Recójalos y échelos en el cajón de la basura” –le contesté. No fue necesario más. Desde entonces jamás encontré un papel en patios ni corredores y me daba risa ver que en los juegos, cuando un alumno dejaba caer alguno, el que venía detrás lo recogía y llevaba al cajón de la basura.

Otra vez sorprendí a un muchacho que estaba grabando con una navaja su nombre en el tablero del pupitre; después de explicarle lo salvaje de su acción, le exigí que cambiara la tabla y tuvo que pagar al carpintero siete colones. Cuando entregué el mueblaje cuatro años después, *ningún pupitre tenía la menor raya*. En otra ocasión se presentó un niño y me dijo llorando:

–Señor Director, al pasar corriendo rompí la tinaja del agua filtrada.

–Pues compre usted una igual–, le repliqué.

Después rompieron muchas tinajas más y siempre encontraba yo nuevas: pero nunca pregunté quién las rompía. ¿Para qué? Jamás he visto jóvenes más disciplinados. Si un profesor plantaba a alguno de pie en los corredores, allí se quedaba hasta que le ordenaran retirarse. Un día a las cinco de la tarde, cuando salí de la Dirección para mi casa, encontré a un interno de pie cerca de un pilar.

–¿Qué hace usted ahí? le dije. ¿Por qué no fue a comer con sus compañeros?

–Porque el profesor X me plantó aquí y no me mandó retirarme.

–¿Pero a qué hora lo sacó a Ud.?

–A la una.

Para evitar que los alumnos fueran a trabajar a sus casas después de la salida, establecí un estudio de 3 a 4 p.m. a fin de que preparasen las tareas del día siguiente y dedicasen las tardes a pasear y las noches a la vida en familia.

Cada curso permanecía en su aula, sin necesidad de profesor vigilante.

Un día llegó a las 3 el Sr. Ministro Pacas y me preguntó:

–¿Ya se retiraron los alumnos?

–No, señor –le contesté– están estudiando.

–Pero no se oye ningún ruido.

–Es que estudian en silencio.

–Vamos a ver eso.

Llegó al aula del 1er. Año y buscó al profesor para saludarlo. Me miró extrañado y me dijo:

–¿Cómo hace usted para conseguir esto?

–Es muy sencillo –le repliqué–: ellos comprenden la ventaja de dejar hechas las tareas del día siguiente, y además, les he advertido que el que las termine y no tenga nada que hacer, puede salir al patio a jugar.

Durante dos años tuve inspectores para el internado; al tercero resolví suprimirlos y confiar en la honradez de los alumnos. Nombré jefes de dormitorio, no para mantener el orden, sino para cuidar del aseo y para que me avisaran si alguno enfermaba o si ocurría un temblor que tuviera cuidado con abrir inmediatamente las puertas. El portón del Colegio tenía la cerradura descompuesta, y no quise cambiarla: se cerraba de noche con un aldabón que cualquiera habría podido levantar para escaparse.

En dos años que estuvieron solos los internos, jamás hicieron ruido después del toque de silencio a las nueve, jamás se escapó ninguno, pues enfrente vivía un sastre que cosía hasta altas horas de la noche y que aborrecía a todos los muchachos, el cual me habría dado cuenta enseguida. Además, muy a menudo iba yo, a las 11 o a las 12, a pasar revista, calzado con zapatos de suela de hule, y siempre encontré a los internos durmiendo tranquilamente.

Recién abierto el colegio, me paraba yo en el portón y algunos salían a la acera a conversar conmigo. Les dije que no salieran a la calle, porque la gente podría creer que salían libremente a la pulpería vecina, y no fue necesario más.

Entre mi casa y el colegio había una puerta de comunicación; y como a la hora del recreo comía mi familia, quedaban los colegiales enteramente solos en su patio y podían salir a la calle; a menudo me asomaba yo por las rendijas de la puerta, desde la cual se veía el portón del colegio, y jamás ningún interno salió ni siquiera a la acera.

Cuando quedaron sin vigilante, llegó una tarde a mi oficina una comisión de los grandes a pedirme que los dejase ir a los conciertos (*retretas* en Costa Rica) que se daban jueves y domingos de 7 a 10 p.m.

Accedí fijándoles la hora: por ejemplo, les decía: “Esta noche volverán a las ocho y cuarto”; otra noche “a las ocho y tres cuartos”; otra “a las nueve y cuarto” etc. *Jamás llegó ninguno después de la hora fijada.*

En otra ocasión –lentos de timidez porque me tenían un respeto que rayaba en temor, aunque yo los traté siempre afablemente– llegaron unos internos a pedirme permiso para ir todos a bañarse al río (que estaba a dos kilómetros de la ciudad) por lo menos dos veces por semana.

–Tengan cuidado con los pequeños que no saben nadar– les contesté.

No hubo necesidad de más. Toda la ciudad comentó la buena conducta de aquellos cuarenta y cinco jóvenes que, formados de dos en dos, pasaban por las principales calles con sus toallas al cuello y en el mayor orden.

Cuando se acercaban los exámenes de 1904 me pidieron permiso para barnizar un cancel y varios muebles, y para estudiar hasta las diez de la noche.

La víspera de mi santo –el 4 de noviembre– oí a media noche algún ruido e iba a levantarme para inquirir la causa; pero como cesó, me quedé en la cama. Al amanecer todo el vecindario despertó alarmado por el estallido de sartas de bombas que los internos habían tendido alrededor

de la manzana, e inmediatamente comenzó a tocar una orquesta a la puerta de mi dormitorio. Me levanté enseguida y encontré en el corredor a todos los alumnos vestidos de gala: habían pasado toda la noche adornando el colegio con arcos de triunfo y guirnaldas. La fiesta duró todo el día: la orquesta del colegio tocó hasta la tarde, mientras las familias de los colegiales llegaban a saludarme, colmándome de regalos; y a la noche consiguieron que la Orquesta Nacional, compuesta de sesenta profesores, que sólo tocaba en las grandes solemnidades, me diera un magnífico concierto. Lo admirable es que los alumnos lo hicieron todo, sin solicitar la colaboración ni la suscripción de los profesores. Cada año se repitieron las mismas demostraciones de cariño; y la víspera de mi partida definitiva en 1907, llegaron a su colmo, pues mis discípulos, después de la fiesta, hicieron manifestaciones hostiles contra uno de mis enemigos gratuitos, de quien hablaré más adelante.

Tales rasgos caracterizan por sí mismos a una juventud. Pero hay más: después que me vine, durante cuatro o cinco años, todos los que habían sido mis alumnos me dedicaban desde allá su examen público de bachillerato (que se hacía con toda solemnidad, dedicándolo en elegante tarjeta impresa a los padres y a los profesores más queridos).

Jóvenes que después de cuatro años recuerdan con cariño al que fue durante uno su director, revelan una nobleza de alma no muy frecuente entre nosotros. No sólo los jóvenes: también los adultos me probaron con sus atenciones y servicios que en aquel país no reinan como en el nuestro la mezquindad y el egoísmo. En 1907 el gobierno suspendió el pago de sueldos y a duras penas pude sostenerme con la pensión de los internos no bequistas, sin retirar a estos últimos para no perjudicarlos en sus estudios.

Un día fue a visitarme el farmacéutico don Francisco Pacas, quien por corto tiempo había sido profesor del Liceo, y me dijo: –Sé que usted está en dificultades, porque hace meses no le pagan su sueldo ni las planillas de bequistas: yo tengo cuatrocientos pesos que pongo a su disposición.

Me obligó a aceptarlos y se enfadó porque quise extenderle un pagaré o siquiera un recibo: se los devolvería –me dijo– sin interés alguno y cuando buenamente pudiese.

Ese mismo año mi secretario encontró en el tren al ex-Presidente Escalón y habiéndole contado que yo trataba de imprimir un libro de Gramática, pero que pedían mucho por la edición, me dijo don Pepe: –Dígale a don Carlos que la impresión de esa obra corre de mi cuenta (Oferta que naturalmente no quise aceptar).

Aquí, donde he tenido tantos buenos amigos y discípulos, nunca he visto ofrecimientos tan espontáneos y generosos.

No se crea, por lo que he referido, que en El Salvador no hay espíritus ruines, localistas e intrigantes: éstos no faltan en ninguna parte, pero me cabe la satisfacción de decir que los que por allá encontré eran por lo general extranjeros vividores, guiados por mezquinos intereses. Uno de los que más encarnizadamente me hostilizaron, aunque en su trato se mostraba amable y lisonjero, fue el doctor don Darío González, director del Instituto de la capital y autor de varias obras de texto. Después supe que su inquina provenía del temor de que me dieran su puesto (dos veces se me ofreció y lo rechacé). Existía entonces la práctica curiosa de que todos los alumnos de los colegios



departamentales tenían que venir a examinarse al Instituto de la capital y ni los directores ni los profesores de dichos colegios podían presenciar las pruebas. Se preparaba una lista de preguntas que anticipadamente se daba a los alumnos del Instituto, y así resultaba éste como el mejor. Yo protesté contra ese ilegal procedimiento, pero no pude conseguir que me permitieran asistir a los exámenes de mis alumnos: presencié uno de física, de la clase que daba el doctor González, y observé que un estudiante dibujó la máquina neumática para explicarla, teniendo a su disposición un gabinete completo. Me permití interrumpirle y le dije que hiciera funcionar la máquina; pero el examinado no la *conocía*, aunque estaba allí a la vista. Esto ocurrió en el primer año de mi estada en El Salvador. Como en las vacaciones vine a Costa Rica, el Dr. González y sus profesores aprovecharon mi ausencia para hacerme la guerra, pero el Dr. Pacas puso término a las intrigas. Cuando regresé en febrero, y me enteré de los trabajos de zapa de mis gratuitos enemigos, decidí romper lanzas de una vez y escribí una acerba crítica de la enseñanza en aquel país, demostrando que el plan de estudios era absurdo y anticuado. La polvareda que mis artículos levantaron fue inmensa: el Dr. González, se vio obligado a salir a la palestra y mi contestación le obligó a guardar silencio. Salió a mi encuentro un señor Moré Cueto, con más ínfulas que ciencia, y también llevó su revolcón: en resumen, la prensa que al principio se me había mostrado hostil, se puso de mi parte y el gobierno reconoció que era preciso reformar el plan de estudios.

El Instituto de San Salvador estaba tan relajado, que una vez a mediodía un *interno* mató a otro en la casa de una mujer pública, por lo que el Dr. González fue removido y nombrado Inspector de 2a. Enseñanza. Entonces sí hizo un cumplido elogio de mi Liceo Santaneco en el informe que publicó en el *Diario Oficial*.

Cuando la Exposición Nacional de 1905, envié a ella más de doscientos trabajos manuales ejecutados por mis alumnos: varias guitarras y bandurrias, un violoncelo y otras obras tan acabadas, que hubo personas que creyeron que eran de manufactura extranjera. Como mi Colegio fue el único que presentó algo en el certamen, el Director de la Exposición, íntimo amigo del Dr. González y, por consiguiente, enemigo mío, colocó los objetos del Liceo Santaneco en un cuarto aislado y oscuro, de manera que el público no se enterara: un periódico habló del asunto, censurando la mezquina conducta del Director, *que no era salvadoreño*.

El tipo más despreciable, malo y cínico que encontré por aquellas tierras fue un sedicente doctor extranjero, de antecedentes algo oscuros, que por su servilismo incondicional había logrado varios puestos a la vez. Era mi vecino y con frecuencia conversé con él. Siendo profesor en un colegio que hubo en Santa Ana, sedujo a una vendedora de tortillas; pero los hermanos de ésta, hombres de pelo en pecho, le obligaron a casarse. Aquella mujerona de camisa de gola como nuestras campesinas, manejaba al pobre doctor como a un niño. El era el que vendía la leña al menudeo, él desherbaba la calle, él pasaba casi todo el día en la puerta, desgranando vainicas y temblaba como un infeliz cuando ella alzaba el gallo. Casi todos los días mandaba pedir a mi casa aceite para ensalada u otras menudencias de cocina. Servidor incondicional de todos los gobiernos, se prestaba como dócil instrumento para los actos más indignos: así cuando el desastre de Namasigüe, él, por ochocientos colones, escribió una relación enteramente falsa para defender al Gobierno: y como yo se lo reprochase, porque antes había criticado acerbamente conmigo la torpeza de aquella campaña, me contestó:

—¿Qué quiere usted? Hay que dar gusto a los que pagan. Palabras así retratan de cuerpo entero a un hombre.

Lo que yo no me imaginaba era que tenía en él un enemigo implacable; ni podía sospecharlo por las amabilidades que gastaba conmigo. Más tarde supe que su inquina provenía de que una vez le conté que entre mi sueldo y la pensión de mis internos me quedaban unos mil pesos mensuales enteramente libres; y como él había aspirado a la dirección del Liceo, tenía que envidiarme tan pingüe ganancia. Cometí la torpeza de apenarme de que creyeran los salvadoreños que yo intentaba enriquecerme en su país; por eso rechacé multitud de internos, por eso no cobré nunca la pensión de éstos en vacaciones, como es costumbre por allá, y renuncié a los seis reales que por el examen de cada alumno en cada asignatura me correspondían legalmente, dejándolos a beneficio de los examinadores; por eso gasté allí la mayor parte de lo que gané. Una vez, cuando la celebración de la fiesta de la patrona de la ciudad, (Santa Ana) llegaron a pedirme contribución las vendedoras del mercado y se introdujeron hasta mi dormitorio. Saqué del armario una caja que tenía con más de mil quinientos soles y repartí a puñados casi la mitad. Siempre vine a pasar con mi familia las vacaciones en Costa Rica (hice cinco viajes) y en estos paseos invertí la mayor parte de mis ganancias.

El último año de mi estada en aquella República, siendo Presidente un militarote ignorante y vicioso, no se pagó a ningún empleado público para hacer sentir la necesidad de un empréstito que el gobernante proyectaba, a fin de enriquecerse como sus antecesores. Solamente la querida del Presidente compraba en la capital los giros con el 50% de descuento. No quise sacrificar así los míos y al acabarse el año se los vendí al 33% al Administrador de Rentas de Santa Ana, que llevaba un apellido muy significativo: Verdugo. ¡Qué galería tan interesante de tipos podría hacer yo si contara con más tiempo y con la paciencia de los lectores!

Don José R. y don Manuel Pacas, modelos de caballeros integérrimos, rectos y sencillos, como aquellos que todavía se veían en Costa Rica hace cincuenta años, a cuyo lado sólo podría colocarse la figura venerable del Dr. Carlos Aragón que en los bailes vigilaba a los jóvenes y expulsaba sin miramientos al que cometía la más leve falta de respeto; el sabio Barberena que jamás dejaba de bendecir una copa antes de tomarla, murmurando misteriosas palabras; el poeta Gavidia, cuyo pensamiento mariposeaba de un asunto a otro, con quien jamás pude conversar formalmente; el eminente poeta Vicente Acosta, bohemio impenitente, a quien vi una noche dar todo el dinero que llevaba encima al dueño de un café para que dejara ir a dormir a unos pobres niños italianos que tocaban muertos de sueño, y que el día en que nos conocimos me llevó a su cuarto, me ofreció una hamaca, se tendió en otra, puso al lado de ambas dos botellas de ron y se durmió hablando de arte; el general Luis Gómez, Comandante y Gobernador de Santa Ana, hombre de muy escasa ciencia, pero que por su energía y sentido práctico recordaba a los primitivos conquistadores españoles: con economías del cuartel y empleando como trabajadores a los soldados de la guarnición, edificó un suntuoso Casino Militar (frente al Cuartel de Artillería) en donde los oficiales encontraban excelente servicio de mesa, biblioteca, billares y otros juegos, y música dirigida por el maestro Aberle; más aún, sin pedir un centavo al Gobierno levantó un soberbio edificio para una escuela de Artes y Oficios que pensaba poner bajo mi dirección, adquirió para ella diez hectáreas de terreno

y las hizo cultivar por medio de los soldados, para ayudar con su producto a la construcción cuyo plano trazó él mismo con admirable tino; y lo admirable era que carecía de esa cultura general de que tanto se alardea entre nosotros y que sólo produce teóricos y discursadores.

La figura culminante de aquella época era el General Regalado. Apenas una vez le visité, obligado por la gratitud, pues a él debía mi ida a El Salvador y apenas llegué me envió su atento saludo. Tuve la fortuna de encontrarle en el período seco, charlamos más de una hora y pude admirar su sentido práctico, su sagacidad y el profundo conocimiento que tenía de las cosas y personas de su país y del nuestro. Cuando me retiré, su edecán, el general alemán Müller, se deshizo en cortesías y llevándome aparte me dijo: “-Le aseguro a Ud. que nunca he oído al General hablar tanto, pues con las visitas es muy lacónico: se ve que Ud. le ha gustado”. Probablemente lo que le agradó fue mi franqueza, puesto que yo no tuve reparos en manifestarle todo lo malo que había advertido en su patria en los pocos días que contaba de estar allá, y a Regalado nada le disgustaba más que la adulación.

Después hablé con él en dos ocasiones: en un entierro y cuando al frente de dos mil hombres iba a la guerra con Guatemala, acompañado de mi amigo José Montúfar, guerra en la cual ambos encontraron la muerte. Opino que Regalado, exento del maldito vicio que le trastornaba, habría hecho mucho bien a su patria. Regalado fue un personaje legendario. Podría formarse un libro interesante con todos sus rasgos geniales, sus extravagancias, las aventuras en que puso en ridículo a sus enemigos políticos como Zelaya y Estrada Cabrera. Hombre de valor a toda prueba, sin nervios, de una puntería extraordinaria y de un don de mando natural, subyugó al pueblo y humilló a las clases elevadas que le odiaban y le urdían conspiraciones. Poco antes de su muerte tuvo un rasgo generoso conmigo: supo que yo estaba en dificultades para mi viaje anual a Costa Rica, porque no pagaban los sueldos, y un día recibí una tarjeta suya en que me decía: “He dado orden al Administrador de Rentas para que le paguen por adelantado sus sueldos de vacaciones”. (Entonces era apenas Inspector del Ejército, pero en realidad continuaba siendo el gobernante efectivo de la República). Muerto él, caídos los ministros que habían sido mis amigos y hostilizado yo por el nuevo Presidente Figueroa, quien quiso vengar las humillaciones que recibió de Regalado en las personas que habían merecido las simpatías de éste, resolví regresar a mi país, y en diciembre de 1908 me embarqué con mi familia y dije adiós a aquella tierra hospitalaria, a cuya magnánima juventud tuve la honra de servir durante cuatro años, en los cuales disfruté de una tranquilidad y unas atenciones que jamás encontré en mi patria.

AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

## II. EN EL MINISTERIO

En 1908 recibí en Santa Ana una carta de mi excelente amigo y antiguo discípulo D. Luis Anderson, Ministro de Instrucción Pública, en la cual me instaba para que regresara a Costa Rica. Ya de vuelta, me colocó de profesor en el Liceo de Costa Rica, “por corto tiempo”, me dijo, pues tenía algo mejor que ofrecerme. En efecto, en los primeros días de mayo me llamó a su despacho y me propuso la Subsecretaría de Instrucción Pública, cargo que no era de mi agrado, pues siempre he aborrecido los puestos en que es preciso renunciar a la independencia y plegarse a las exigencias palaciegas. Acepté, cediendo a sus instancias, y bajo la promesa de que se me dejaría amplia libertad de acción. Así fue en los primeros dos meses, en que preparé una nueva Ley de Educación Común, visité los colegios y muchas escuelas y fomenté la incipiente cocina escolar; pero desgraciadamente el Licenciado Anderson dejó el Ministerio y su sucesor, don Alfredo Volio, no hacía ni me permitía hacer nada sin la anuencia del Presidente. Por ese tiempo presentaron los señores Brenes Mesén y García Monge su “Proyecto de Programas”, inspirados en los de las escuelas de Massachussets, en los que confundieron el kindergarten con la escuela primaria propiamente dicha; y como fueron combatidos dichos programas por los Inspectores, presenté yo un proyecto más sencillo y adaptable a nuestro medio, el cual fue discutido, reformado y adoptado: mis programas rigieron hasta 1918 y si tenían grandes defectos, por lo menos no costaron nada al Estado, mientras que por el *Proyecto* anulado se pagaron miles de colones.

Con el Lic. Volio, Ministro del ramo, tuve grandes diferencias de criterio: como el Lic. D. Ricardo Jiménez expresara en el Congreso ideas muy acordes con las mías, se lo manifesté así al Ministro quien con gesto indignado me dijo: “¿Pero no oye Ud. los disparates que dice ese hombre?” Yo, entonces, tenía del Lic. Jiménez un concepto en extremo elevado, hasta el punto de que cuando leí en El Salvador sus valientes declaraciones dije: “Este es el único costarricense que tiene vergüenza”; y manifesté a su hermano D. Manuel de Jesús, en la capital de la república cuzcatleca, que para mí los dos cerebros mejor organizados de Costa Rica eran en primer lugar el de D. Cleto González V. y en segundo el de don Ricardo.

Desde aquel día advertí en el Ministro un notable cambio en sus relaciones conmigo; y como por otra parte, comprendí que no se me dejaba libertad de acción y que hasta se negó a enviar al Congreso un proyecto de Ley General de Educación que elaboré (publicado más tarde, en 1912, en la revista *El Foro*), perdí mi entusiasmo y solicité volver al ejercicio del profesorado. Cabalmente en

## AL TRAVÉS DE MI VIDA

EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

esos días un grupo de heredianos me propuso la Dirección del Liceo de aquella ciudad. Habiéndolo comunicado al Ministro, éste ideó una permuta y en virtud de ella el señor Brenes Mesén pasó a la Subsecretaría, y yo fui nombrado Director de aquel colegio.

Seis años desempeñé ese puesto sin que en ese tiempo me ocurriera nada digno de contarse. De los alumnos recibí numerosas manifestaciones de cariño y yo conservo de ellos los más gratos recuerdos, así como de la mayor parte de los profesores. La vida del Liceo fue regular y apacible y allí se realizó una labor seria, eficaz y silenciosa, en medio de las incomodidades del local, pues el edificio estaba casi en ruinas.

En 1913 tuve una pulmonía fulminante que me puso al borde del sepulcro, y en tal ocasión recibí de la sociedad de Heredia tantas muestras de aprecio...

*Hasta aquí lo escrito por don Carlos y que él no pudo revisar*

LA ISLA DEL TESORO  
EDITORIAL DIGITAL - IMPRENTA NACIONAL  
COSTA RICA

**-FIN-**



Imprenta Nacional  
Editorial Digital

[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)

COSTA RICA